

DESPLEGADO

OCTUBRE

1932

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO: Angel VASSALLO — NUEVOS PROLEGOMENOS A LA METAFISICA: II. *La significación del idealismo y del pragmatismo para la Metafísica.*

Augusto BUNGE — LA REVOLUCION RUSA: VI. *La organización soviética.*

Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: III. *Legendas y relatos.*

Amado ALONSO — EL ARTICULO LLAMADO DETERMINANTE.

José GONZALEZ GALE — EL PROBLEMA DE LA POBLACION: X. *El momento presente.*

Aníbal PONCÉ — INTRODUCCION A LA PSICOLOGIA DE LA PERSONA: I. *La unidad en psicología.*

AÑO II
NUM. 4

Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

BUENOS AIRES

DESPLEGADO

ESPASA-CALPE. S.A.

tiene en venta las siguientes obras:

Obras Completas de JOSE ORTEGA Y GASSET

Magnífico volumen, de 1500 páginas, en el que se contiene toda la obra escrita hasta ahora por el ilustre pensador español.

Precio, en tela \$ 27.50

Edición de lujo, en 2 vol. con la firma del autor \$ 75.—

Amiel

por el Dr. GREGORIO MARAÑON

"Un estudio sobre la timidez" intitula el autor a este profundo y bello trabajo biográfico y científico sobre Enrique Federico Amiel.

Precio: \$ 3.—

Una política 1930 - 1932 por MANUEL AZAÑA

Interesantísima recopilación de todos los discursos políticos del jefe del gobierno español pronunciados desde el advenimiento de la República.

Precio: \$ 4.—

Los Visionarios por PIO BAROJA

Esta última novela del gran escritor vasco es un interesantísimo cuadro de la agitación obrera en los campos de Andalucía.

Precio: \$ 2.50

Historia Literaria de Europa desde el Renacimiento por PAUL VAN TIEGHEM

Precioso compendio, rico en datos y seguro en el juicio, realizado con una clara habilidad didáctica, que constituye una excelente obra de estudio y de consulta.

Precio: \$ 4.—

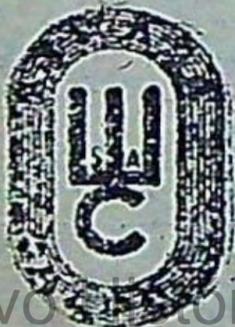
De venta en:

ESPASA-CALPE S.A.

MONTEVIDEO 22

BUENOS AIRES

y en todas las principales librerías.

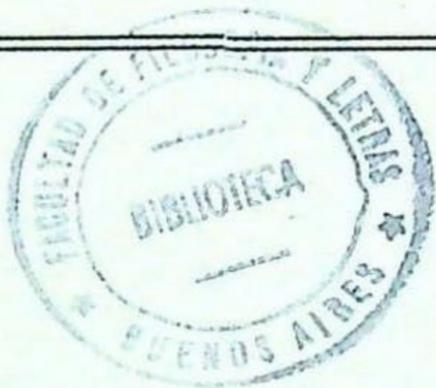


CURSOS Y CONFERENCIAS

AÑO II. — N° 4

Octubre de 1932

Buenos Aires



Nuevos Prolegómenos a la Metafísica

Por ANGEL VASSALLO

II .

LA SIGNIFICACION DEL IDEALISMO Y DEL PRAGMATISMO PARA LA METAFISICA

La "Crítica de la razón pura" de Kant podría leerse sin acordarse uno del hombre. La razón pura es una fina y consistente estructura lógica, una máquina montada lista para funcionar ciertas condiciones. Es de esta estructura lógica que se engendra para Kant — según vimos en la lección anterior — la problemática metafísica.

Ahora bien: el tránsito de la "Crítica de la razón pura" a la "Crítica de la razón práctica" se produce haciendo irrupción un elemento que la razón pura no necesita, al parecer, para funcionar; un elemento sensible, no puro, la facultad apetitiva, la acción, la voluntad. Con la voluntad aparece el problema moral. Kant no dice si el problema moral es un problema de la voluntad o un problema de la razón pura. Lo único que él sabe es que no colonizada por la razón pura, la voluntad es mera *naturaleza*, sus determinaciones están necesitadas sensiblemente, empíricamente, patológicamente. ¿Puede la voluntad dejar de ser necesitada patológicamente? No es necesario probar esa posibilidad. Nosotros descubrimos, en efecto, de

hecho, *la realidad* de la ley moral, la cual entraña contradecir — cuando sea necesario — la determinación patológica de la voluntad. La ley moral es la razón pura en su uso práctico. Cuando la razón pura se aplica al hecho natural que es la voluntad — en esto consiste su uso práctico: no usarse para conocer, sino para obrar — entonces surge la ley moral. La Razón Pura es capaz de dictar a la voluntad una ley que la arranca a la *necesidad* del orden natural.

Pero decir razón pura es lo mismo que decir *universalidad*: la universalidad es una nota común a todos los conceptos puros o categorías.

Determinarse patológicamente quiere decir determinarse por la representación de un fin, de un objeto material, en el fondo, por el placer o el dolor. Determinarse moralmente no puede querer significar sino “poder determinar a la voluntad por la eficacia de la simple *forma* de la universalidad”. Es decir que “la razón pura es por sí sola práctica y da al hombre una ley universal que llamamos ley moral”.

Así el principio supremo de la moralidad es éste: “obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre como ley universal”.

La moralidad de la acción consiste en cumplirla por la sola consideración a la universalidad de su forma. De aquí se derivan: la *autonomía de la voluntad* y el *formalismo*. Autonomía de la voluntad quiere decir que la voluntad encuentra su ley en conformarse a la simple forma de la universalidad de la razón pura. El principio de la ética no puede ser sino formal. Toda ética material, es decir, que proponga fines concretos a la voluntad, señale objetos a la acción, es *heterónoma* y, por tanto, inmoral. Porque la moralidad no consiste en hacer esto o aquello, sino en el sentido con que esto o aquello se hace. Y este sentido no puede darse sino en una mera forma que acompaña al obrar, que para Kant es la forma de la universalidad de la razón pura.

Pero tenemos entonces al hombre dividido: por una parte se determina por motivos sensibles, patológicamente y contrastando con esa determinación empírica encuentra en él la ley moral como uso práctico de la razón pura. De ahí que la moralidad se presente como *deber*, como un *imperativo*, como el mandato de lo que en el hombre es más que natura-

leza. Pero contrastar a la sensibilidad, no es nada menos que contrastar al determinismo de la experiencia, sujeta al inexorable principio de causalidad. En el universal determinismo de la experiencia, la voluntad que se determina por la razón pura *emerge como causalidad absoluta*, entraña libertad.

De aquí se deriva esta grave consecuencia: la razón pura que en su uso especulativo debía limitarse a una realidad empírica; ahora, en su uso práctico nos brinda una *realidad metaempírica*, el reino de la libertad.

El dualismo de realidad sensible y realidad inteligible que diera origen a la metafísica, se traslada ahora del cosmos al hombre; es el dualismo de la naturaleza sensible, empírica o fenomenal y la naturaleza suprasensible, metaempírica o noumenal del hombre; el dualismo entre naturaleza y libertad — ¿por qué no decirlo? — entre apariencia y realidad. Kant dice textualmente: “*la naturaleza suprasensible, en cuanto podemos formarnos un concepto de ella, no es más que una naturaleza bajo la autonomía de la razón pura práctica*”.

Aquí Kant tocaba un nuevo sentido del concepto de *realidad*, la realidad no ya como existencia, como cosa, sino como una ley de la voluntad. Pero como para él la metafísica seguía siendo el establecer por medio de la razón pura la realidad como existencia de Dios, la libertad y la inmortalidad, en vez de profundizar esa realidad de la libertad, intenta reedificar de nuevo en la “*Crítica de la razón práctica*” lo que antes había destruido. Dios, la libertad y la inmortalidad son “*postulados*”, es decir, objetos que debemos pensar como existentes porque implícitos en la ley moral. No vamos a seguir todo el proceso de la demostración. Dejemos de lado la libertad: ella es algo más que un *postulado*; es indisoluble de la ley moral, es una *realidad*, pero una realidad, que no es cosa sino que habla el lenguaje de la voluntad. Pero Dios y la inmortalidad, ¿son verdaderamente postulados de la ley moral kantiana? De esto cabe dudar. Antes, Kant ha dicho que la moralidad consiste en el carácter categórico e imperativo del deber, es decir, en obrar por el solo respeto a la forma universal del precepto. Ahora, cediendo a una flaqueza insólita excogita el ideal del “*sumo bien*” como coincidencia de virtud y felicidad. Y como quiera que dicha coincidencia no se da en el mundo de la experiencia, el ideal del sumo bien exige, postula, un ultramun-

do: una inmortalidad o pervivencia del alma y un Dios justo que restablezca aquella armonía.

No vamos a criticar la fundamentación de los postulados y este inesperado espíritu de contador público de que Kant aparece de pronto poseído; esta urgencia en equilibrar el debe con el haber, la virtud con la felicidad. Y el espectáculo curioso que resulta: la realidad inteligible, el ser perfectísimo y realísimo (*quo majus cogitare nequit*) depende de esta ética de los negocios de un burgués honorable.

La contradicción de todo esto con las profundas páginas de la "Crítica de la razón práctica", en que se elaboran los conceptos de *deber*, *autonomía* de la voluntad e *imperativo categórico*, salta a la vista. Pero con todo, los postulados nos dan una certidumbre meramente subjetiva, *no científica*. Empero, el hecho de vincular el problema metafísico a la voluntad, tiene para nosotros, extraordinaria trascendencia. Con quedar todavía en la problemática metafísica de la "Crítica de la razón pura", hemos avanzado en un nuevo terreno. Sobre ese terreno procede ahora el Idealismo.

Pero antes de entrarnos por ese camino, considero oportuno y conveniente para la mejor inteligencia de lo que va a seguir, una digresión sobre cómo entendemos la significación histórica de Kant.

La filosofía anterior a Kant está orientada, en general, hacia la *existencia*, la *sustancia*, la *cosa*. El sujeto, el espíritu es espectador, es aquello que conoce y lo conocido está fuera de él como existencia, como cosa; esto es la realidad. El centro de gravedad de la importancia pasa por la existencia, la realidad. Y todo el valor del sujeto está en ser *expectador*; en *emigrar* hacia el objeto, en *anonadarse* ante la realidad y perderse en ella.

Hay una frase en *Nietzsche* que dice casi todo lo que queremos decir aquí: "*Vuestra voluntad de verdad es como una voluntad de imaginar un mundo ante el cual poder arrodillaros*".

Cierto, si hay una concepción del espíritu en que el espíritu es más que eso, la vigencia de ese espíritu no está ausente en los constructores de la metafísica tradicional; pero es lo cierto que en sus manifestaciones explícitas, aquella metafísica tiende

a la *exterioridad*, es decir, a manifestarse en términos de exterioridad, de *cosa*; cuando formula v. gr. el problema metafísico como la exigencia de un *trasmundo*, de una existencia *metaempírica*.

Kant señala el advenimiento de un concepto expreso del espíritu en que se niega el camino de la exterioridad, en que el sujeto es algo más que expectador. Esto se encuentra de un modo inseguro, primero, en la "Crítica de la razón pura", donde el sujeto, el yo, es formal; él es la posibilidad de las formas que posibilitan la experiencia. Pero aunque formal y vacío, el acento recae sobre el sujeto, del que lo conocido — la experiencia — depende. El espíritu ya no consiste en ser expectador, sino en cierta manera y aunque formalmente, en ser el creador del objeto. Esta creatividad puramente formal, esta vacuidad del espíritu, se llena de contenido en la "Crítica de la razón práctica". Aquí — según lo acabamos de ver — la razón pura en su uso práctico se hace voluntad moral. El sujeto no crea, ahora, un mundo que le es existencialmente extraño, sino que es él mismo ese objeto, un objeto que es una realidad *metaempírica*: tal es la realidad de la libertad; la realidad apriisionada en la acción moral y libre. La realidad — en el nuevo concepto que aquí se insinúa — no es *cosa* sino — por decirlo así — acción; está presa en la acción humana.

Desde este punto de vista, *Hegel* pudo decir con razón que "la principal eficacia que ha tenido la filosofía kantiana consiste en haber *despertado la conciencia de la absoluta interioridad*".

Podemos pasar ahora a algunas reflexiones sobre la significación del Idealismo y del Pragmatismo para un concepto de la Metafísica como el que nos hemos propuesto sugerir.

De varias maneras puede definirse el Idealismo. Aquí, en conexión con lo que vamos diciendo, diremos que el Idealismo es una profundización de la "Crítica de la razón práctica". Vimos cómo Kant trasladó el dualismo de mundo sensible e inteligible, de apariencia y realidad, del cosmos al hombre y lo arraigó en el interior del yo, en la voluntad. Con el Idealismo, la filosofía se *convierte definitivamente a la interioridad*.

Vuelve a tener vigencia la sabiduría agustiniana: *in interiore*

hominem habitat veritas. El problema de la realidad no es el de un transmundo allende lo sensible. La voluntad aparece en Kant como *el núcleo más valioso del ser* ("nada hay en el mundo o fuera de él más grande que una buena voluntad"), y sin embargo no está fuera del yo, *sino que es su más pura intimidad*.

El sujeto que conoce, en quien se engendra la insatisfacción de lo sensible que creaba el problema metafísico, es, también, el contenido más valioso del ser. En el yo, en la personalidad, el ser y el conocer coinciden.

El Idealismo reitera — madurada por los siglos — la posición de Sócrates. Contra los presocráticos que andaban buscando el principio del cosmos, el *arqué*, él descubrió e hizo objeto de la filosofía la esfera del hombre, el orden moral. Se dice en las historias de la filosofía que Sócrates es el padre del Intelectualismo, y esto porque descubrió el concepto, el universal. Bien pudiera ser así — aunque una definición rigurosa de esa afirmación cambiaría no poco su inteligencit ordinaria.

Pero el único universal que a Sócrates le interesa, es el imperativo ético que va haciendo reconocer a cada conciencia, libremente, en su interior. A eso se reduce el universal de Sócrates. Pero universalidad no es sinónimo de Intelectualismo para nosotros. Si el Intelectualismo tiene algo que ver con algunas fórmulas en que hemos entendido figurar su intención primera (*una actitud ante el ser que consiste en tenerlo delante; una voluntad de imaginar un mundo ante el cual poder arrodillarnos; un colocarse en la pendiente de la trascendencia*), entonces Sócrates es el gran negador del Intelectualismo griego, tanto del presocrático como el de Platón y Aristóteles. Ellos inventaron lo del intelectualismo de Sócrates que ahora repiten los preceptistas. Pero el mundo de Sócrates es un mundo de determinaciones axiológicas, un mundo donde recurren tan sólo los conceptos de bien, de virtud, de bienaventuranza y belleza interior. En otros términos: un espíritu se define por su más alta esperanza y basta una superficial familiaridad con las fuentes que hablan de Sócrates, para advertir que su más alta esperanza no consistía en estar delante de lo que después fué el "primer motor" de Aristóteles, ni de cualquier otra *arqué*

presocrática, sino en una vida penetrada como por un resplandor de divinidad, fijado en la acción.

Como el antiguo, el nuevo socratismo se inicia sobre bases prácticas en la filosofía de *Fichte*.

Para *Fichte* hay dos posiciones filosóficas fundamentales: *Dogmatismo e Idealismo*. El Dogmatismo es el sistema de la metafísica prekantiana. La realidad es una existencia, una cosa que está frente al sujeto, *independiente* del sujeto y *más que él*. El centro de gravedad está en la cosa. El sujeto depende de la cosa. Para el Idealismo, el sujeto, el Yo es lo *primero*. Kant intentó demostrar que se da en el hombre una causalidad absoluta, la libertad, que contrasta con toda la necesidad de la experiencia. El Yo es autónomo: "una rueda que gira sobre sí misma", "un primer movimiento". No sólo no es creación de la experiencia, sino que el Idealismo, en su entusiasmo, ha querido hasta *deducir* la experiencia del Yo, *crearla*. Esta es una manera excesiva de decir. Si dijéramos, *deducir del yo el conocimiento incluso del ser empírico*, entonces nos acercáramos a la verdadera intención del Idealismo. Ahora bien: es necesario decidirse entre Dogmatismo e Idealismo.

Estando a una pura consideración teórica, frente a frente el Yo y el No-Yo, no hay más razón para decidirse por el uno que por el otro. Pero la intromisión de la esfera práctica resuelve la elección a favor del Idealismo. Es el deber quien nos hace ver en nosotros el dualismo de naturaleza y libertad. La ley moral emerge de la naturaleza contrastándola. La libertad es lo primero en orden a la realidad. Es nuestra realidad más inmediata y segura y vive en lucha con lo sensible. Ella puede decir: "el mundo (de la experiencia) es el material sensible del deber". La *verdad* del ser empírico, el cual nos asombra — diría Aristóteles — y hace nacer el problema metafísico, no se resuelve buscándole otra realidad, como un transmundo; se define solamente por la vida del yo, por la ley moral. Cuando decimos que el mundo es el material sensible del deber, hacemos entrar la experiencia en los fines del Yo, la calificamos éticamente y con ello *tenemos del mundo empírico un conocimiento superior al de la intuición sensible y al de la ciencia*. La verdad no está fuera del Yo como una cosa a que el sujeto deba conformarse; la verdad debe *hacerse* en el sujeto como la conciencia de un valor infinito

del Yo que sólo se da como fijado en las determinaciones de la acción.

Fichte ha potenciado el momento práctico del Idealismo. Sobre ese fundamento, Hegel ha insistido en el aspecto del conocimiento, *ha intentado un nuevo racionalismo*.

La esencia del espíritu, del Yo, de lo humano, es el *saber*. Pero el saber no es saber — como representación — de un objeto o realidad situados fuera del sujeto — supuesto éste de la metafísica prekantiana — sino el saberse del sujeto mismo. No es *ciencia* sino *conciencia*. El problema metafísico no es el del establecimiento de una realidad como existencia fuera del Yo y colocada allende la experiencia, sino la exigencia de la conciencia absoluta del yo que procede sobre bases prácticas. La realidad es esta conciencia absoluta, no una cosa. Esta conciencia noumenal apunta ya en Kant como cuando dice en el fragmento ya citado: “la naturaleza suprasensible, en cuanto podemos formarnos un concepto de ella, no es más que una naturaleza bajo la autonomía de la razón pura práctica”.

Pero en Kant, tiranizado por el problema metafísico como un problema de existencia, tiranizado por la ecuación realidad = existencia, hasta la ley moral supone una cosa (la facultad apetitiva) a la que se aplica, *ab extra* la razón pura. Está la razón pura y está el hecho natural de la voluntad. Cuando ésta se deja conformar por la razón pura en su universalidad, surge la moralidad. Y es esa razón pura incorporada al hecho de la voluntad que nos da la conciencia noumenal.

En Hegel esta concepción se afina. La razón no es un artefacto construido antes de la voluntad, v. gr.: se hace *pari passu*, con la marcha de la voluntad, del Yo. La razón vive compenetrada con él. La razón, el saber, duerme en la sensación, v. gr.: se despierta y se realiza en la actividad jurídica, ética, estética, religiosa. Todas estas formas de la actividad del Yo, son un saber y una inteligencia.

En la Filosofía, en la Lógica de Hegel, todo este saber es sabido a su vez; de implícito se hace explícito. Pero la razón es anterior a la filosofía. La filosofía tiene tras de sí toda la vida del espíritu llegada a su madurez. Ella sobreviene en la plenitud de los tiempos, para formular conceptualmente todo eso. Ella es el ave nocturna de Minerva, que inicia su

vuelo en el crepúsculo. En el crepúsculo de toda la vida y de toda realidad, que ella no puede regir ni crear.

“Para nosotros — dice Hegel — la verdad no es un objeto facticio: el sujeto mismo debe llegar a ser *verdadero*”, a través de un necesario y trabajoso proceso que es la dialéctica. Y la verdad del sujeto es como la conciencia de un *valor infinito*. La vieja metafísica sólo es vieja — dice Hegel — respecto de la historia de la filosofía, pero considerada en sí misma, existe siempre, es esto: la consideración meramente intelectualista de los objetos de la razón. Consideración intelectualista, actitud ante el ser que consiste en tenerlo delante, voluntad de imaginar un mundo ante el cual poder arrodillarse, todo esto quiere decir tendencia hipostática, tendencia a transformar en existencias o cosas los momentos de la dialéctica del espíritu orientado hacia la conciencia de un valor infinito. Pero decir valor infinito es como mentar el aspecto práctico del Yo; es hablar el lenguaje de la voluntad. No podemos discutir aquí el papel de lo práctico en la filosofía de Hegel. No podemos analizar tampoco en qué medida y con qué derecho Fichte y sobre todo Hegel han sabido hallar en lo práctico un rico contenido cognoscitivo. Digamos tan sólo que sólo una caricatura puede presentar el pensamiento de Hegel como árido y abstracto. La razón de Hegel tiene sus fuentes en el Yo, en la vida profunda del sujeto. Así el Idealismo hegeliano nos libertó de la servidumbre de la cosa, del objeto. Destruyó el prejuicio del realismo intelectualista que no ve en el sujeto sino un espejo para copiar el objeto y fuera de eso, el sujeto es la esfera de lo arbitrario, de lo cambiante, de lo convencional y sin ley, de la *insignificante subjetividad*, sin valor ni parte para determinar la esencia del ser. Y frente a esa subjetividad desvalorizada, está la realidad *sólida*, pesada, indiferente al humor del sujeto, el mundo armonioso y legal del cosmos o de cualquier otra realidad metaempírica concebida con los rígidos contornos existenciales.

Y toda la gloria del sujeto consiste en emigrar hacia esa realidad, en *anonadarse* ante ella y *representarla*.

El Idealismo osó destruir este prejuicio. En los caminos de la desdeñada subjetividad él quiso erigir la objetividad verdadera. De aquella pobreza, de la frágil subjetividad, el Idealis-

mo hegeliano hizo, como dice el verso de Baudelaire, "el trabajo de sus manos y el amor de sus ojos".

Al éxtasis ante el tamaño del cosmos y al infinito matemático, Hegel prefirió el infinito sabroso y concreto de lo humano, de la historia. El es el padre de las ciencias hoy llamadas culturales.

Sólo las entrañas de lo humano eran suficientemente profundamente como para tentar su mirada al águila. Pese al juicio de la barbarie filosófica que le siguió, la filosofía de Hegel es una filosofía de la vida, un pleno sistema de la inmanencia. Lo que pasa es que la vida tiene profundidades que espantarían a cualquier modesto vitalista que se atribuyera la exclusividad, la especialidad de lo vital.

Y cuando empiezan, el modesto vitalista comienza a gritar la confusión, la obscuridad y la abstracción.

Al lado del Idealismo, nuestro programa incluye el Pragmatismo como un nuevo grado significativo en el proceso hacia un concepto de la Metafísica como el que nos proponemos insinuar.

Esta inclusión parecerá extraña a algunos. El Pragmatismo es doctrina que no ha gozado de favor en los círculos de la filosofía profesional. No hay profesor que no haya sabido demostrar acabadamente, a su parecer, la enorme equivocación que es el Pragmatismo. Nosotros vemos la cosa de muy otra manera. No podemos hacer una exposición exhaustiva de las principales tesis pragmatistas; nos limitaremos a señalar cómo entendemos, en general, su significación para la Metafísica.

El Pragmatismo es una protesta sistemática — un poco retórica, un poco popular y con una constante punta de paradoja — contra la actitud intelectualista en la formulación y solución de los problemas de la filosofía.

Lo que no puede entrarle en la cabeza al Pragmatismo, aquello que forma el objeto de su más bella y obstinada negación, es el pretendido ideal de un *conocimiento puro*, de una *razón pura*, de una *pura teoría* y de cualquier pureza o virginidad de este tipo.

En este punto el Pragmatismo suscribiría el pensamiento sagaz de Nietzsche en el capítulo del "Zaratustra", titulado precisamente "Del conocimiento puro": ved lo que yo llamo el

inmaculado conocimiento: *el no querer de las cosas sino estar delante de ellas*".

La peculiar relación en que están en el conocimiento puro, el objeto y el sujeto, no es una relación primitiva, originaria. El conocimiento, en efecto, tiene tras de sí la *voluntad* de conocimiento. Y la voluntad de los pálidos ascetas del conocimiento puro es una voluntad *desviada, decadente, aberrante inhumana*.

El conocimiento puro, de otra parte, es una imposibilidad psicológica. El conocimiento humano, nuestro conocimiento, el conocimiento *del que conoce*, el pensamiento *del que piensa*, del que busca entre gemidos, como dice Pascal, está penetrado, informado y movido de emoción y voluntad que son *lo primero* en el hombre.

El conocimiento supone la voluntad de conocer y la voluntad de conocer está ordenada a la práctica, a la vida. Todo conocimiento — y el conocimiento metafísico en especial manera — entraña una regla de acción. La voluntad de verdad entraña la exigencia de una conducta en que se resuelva y realice el destino humano. "El Pragmatismo, dice Schiller, es una protesta sistemática contra la pretensión de ignorar la finalidad en el conocimiento".

Este primado de la práctica sobre la teoría — o mejor dicho, sobre la teoreticidad intelectualista — es lo que destaca el nombre de Pragmatismo. *Pragma* en griego es acción, práctica. Y tal es el nombre que ha difundido, sobre todo, el norteamericano W. James.

Y la misma intención lleva el nombre de *Humanismo* con que Schiller, el profesor de Oxford, ha designado una doctrina sustancialmente idéntica a la de James. El nombre Humanismo quiere recalcar el aspecto que parece olvidado por el Intelectualismo, la verdad evidente al punto de constituir un truismo de que el conocimiento en el hombre no es la operación de una razón pura, como un artefacto montado, hecho y dado en la personalidad; sino que el conocimiento es una función en que está toda la personalidad con la plenitud de sus elementos prácticos y emocionales; una función vital en que está comprometido esencialmente el destino del hombre.

¿"Qué sabe decir la filosofía en torno a la conducta?" — pregunta Schiller. ¿La coloca en lo alto, la exalta sobre un pe-

destal o la deprime para que sea pisoteada por los hombres superiores (del conocimiento puro)? En otros términos, ¿cuál es la relación entre la teoría y la práctica de la vida? del conocimiento con la acción? de la razón pura con la razón práctica? Es necesario — continúa — optar entre estos dos extremos: o la conducta es toda la vida, o no es nada; o es la sustancia de todo o es la visión de un sueño”.

El Pragmatismo ha criticado con agudeza la noción intelectualista y tradicional de la verdad como una adecuación o correspondencia del objeto con el intelecto; el acuerdo de las representaciones con el objeto. Ha hecho una crítica sagaz del inconcebible supuesto de un objeto independiente del sujeto y conocido sin embargo por él, en virtud de un proceso que pasa en el sujeto solamente; y del supuesto aún más difícil, de un sujeto que no es más que aquello que conoce al objeto, estando fuera de él y que, sin embargo, sabe como si fuera al mismo tiempo él mismo y otro que estuviera entre el sujeto y el objeto, cuándo hay la correspondencia en que consiste la verdad y cuándo ese acuerdo falta.

Para el Pragmatismo, la verdad no supone correspondencia entre un sujeto y un objeto. La verdad es una *regla de acción*. La verdad es lo mismo que el *valor lógico*. Nosotros atribuimos el carácter de verdaderas a aquellas proposiciones que juzgamos revestidas de valor lógico. Pero el valor lógico, para el Pragmatismo, no vive independiente. Para atribuir el valor de verdad a una proposición, debemos someter esa proposición a una *verificación ética*. Debemos sancionarla con las exigencias prácticas de toda nuestra personalidad. La verdad no es una relación estática entre sujeto y objeto, exteriores el uno al otro, sino que debe hacerse trabajosamente consultando a toda la personalidad.

La razón, la lógica, es un instrumento de la vida y de la acción. Ya lo dije Peirce: el pensamieto en actividad busca el reposo del pensamiento: y el pensamiento sólo puede reposarse en una *creencia* de donde pueda engendrarse una actitud práctica. El Pragmatismo no es más que *un método*. Quiere dar un *criterio* de la verdad y ese criterio lo pone en los resultados prácticos de una afirmación. Quiere dar los medios de una asimilación práctica del patrimonio intelectual de la filo-

sofía; devolver a las fórmulas *teoréticas su sentido vital* originario.

A ese concepto de la verdad va anejo en el Pragmatismo otro concepto de realidad. El proceso de la verdad que se hace es también un hacerse de la realidad (*the making of reality*). Lo importante no es establecer la realidad objetiva como existencia. Así como la verdad del Pragmatismo es una verdad humana, cuya importancia está en servir de regla a la acción; así también lo importante en el problema de la realidad como problema humano no está en poder demostrar acabadamente la existencia objetiva — como cosa — de una realidad sino en *vivirla, haciéndola* en nosotros. No quiere esto decir que el Pragmatismo pretenda secuestrar la realidad a favor del sujeto. “El Pragmatismo — dice Schiller — admite una base de hecho, una base real (v. gr. un mundo exterior). Pero la metafísica tradicional hace de esa base real una realidad primaria que le sirve de estímulo para formar el concepto de una realidad real, de una realidad metafísica que sólo puede satisfacer al intelecto puro. Pero el intelectualista no cae en la cuenta de que la base real sobre la que construye ya está *irremediabilmente viciada* para servir de sostén al templo que quiere erigir a su ídolo: el intelecto puro; porque en esa motivación de una realidad real — por oposición a la realidad aparente que le sirve de base — nuestros deseos, intereses y emociones (nuestras exigencias prácticas) — juegan el papel dominante”. Tal es la base ética de la Metafísica que el Humanismo de Schiller quisiera ver reconocida.

“En lugar de gastar nuestro ingenio, dice Schiller, en conciliar concepciones que nosotros mismos hemos hecho contradictorias, adoptemos el punto de vista opuesto — al del intelectualismo — el de una verdad esencial y absolutamente dependiente, es decir, dependiente de la vida humana y subordinada a sus exigencias, hecha por nosotros y vinculada a nuestra experiencia. Es esa verdad así concebida la que engendra en el proceso de su hacerse, de una manera inmanente, lo que se llama *realidad, absoluto, trascendente*.”

La llamada existencia objetiva de esa realidad — en el sentido del Realismo Intelectualista — es un problema que no preocupa al Pragmatismo, ya que su solo enunciado de-

nuncia un concepto de la realidad como cosa que el Pragmatismo repudia.

La definición pragmática de la realidad implica que sólo le interesa al Pragmatismo en cuanto somos nosotros mismos esa realidad.

En otros términos: aun en el supuesto intelectualista de una realidad independiente del sujeto, ella no le interesaría al Pragmatismo en cuanto es tal realidad o existencia objetiva que está frente al sujeto: sólo le interesaría su conciente aceptación en nosotros, es decir, en la medida que penetre nuestra acción, y en que *se deje vivir* en nosotros. "¡Y la necesidad de esa *aceptación* nuestra para que pueda significar algo para nosotros, ya es fatal para la quimera de una realidad independiente de nuestra voluntad".

El hombre hace la verdad y la realidad, entonces. Y si hubiera de erigirse una renovada trascendencia, ya no sería una trascendencia intelectualista, una cosa ante la cual se está como mero espectador, sino que erigida por el método de la inmanencia sería función de una vida, parte de una vida, en que se agotaría su sentido.

Con esto, con lo expuesto hasta aquí, debemos dar por trazada la sumaria perspectiva histórica que hemos querido dar al pensamiento de Mauricio Blondel.

De más está decir que somos los únicos responsables, no tan sólo de las reflexiones hasta aquí expuestas, sino también del considerarlas como una adecuada introducción al pensamiento de Blondel. No ignoro, en efecto, que Blondel ha criticado duramente al Idealismo y ha repudiado en varios lugares el Pragmatismo, nombre éste que ya Blondel había acuñado para su filosofía — según él mismo lo dice —, desistiendo de emplearlo cuando vió el sentido desviado que cobraba por obra de James.

Pero es seguro que el Idealismo y el Pragmatismo que Blondel ha criticado son cosas muy distintas a los que en nuestro programa llamamos de la misma manera. Es decir, que Blondel ha fijado su atención en aspectos del Idealismo y del Pragmatismo que nosotros consideramos inesenciales.

LA REVOLUCION RUSA

Por AUGUSTO BUNGE

VI

LA ORGANIZACION SOVIETICA

1. — *Concepto de la "organización económica"*

Por organización económica entiendo el conjunto de las funciones de dirección y control del trabajo técnico, en la producción, el intercambio y la distribución, y los agentes de dichas funciones.

También en los países de economía individualista puede hablarse de una organización económica. No sólo porque la tienen propia todas las empresas que explotan alguna forma de trabajo asociado de hecho por la relación de empleado a empleador. El mercado, y las relaciones que determina, es una organización también a pesar de su variabilidad y su fluidez. Además, la competencia por un lado, y los progresos de la mecánica y de los métodos de trabajo por otro, se encaminan como resultado final a los *trusts* y *cartells* tendientes a someter el mercado a su control. Y en una esfera más alta, las fuertes asociaciones capitalistas determinan la política, dictan una legislación y una acción financiera tendientes a salvaguardar y acrecer sus privilegios a expensas de las masas; por ejemplo, por el

proteccionismo aduanero; y a reprimir los movimientos de la clase obrera en su lucha por mejorar de condición, o a desviarlos de su dirección histórica mediante concesiones parciales a sus minorías más inteligentes y activas.

Se llega así en cierto modo, dentro de la economía individualista, a la *socialización del trabajo por la máquina y por su organización perfeccionada*, pero sólo como fuente de provecho individual de los propietarios de los medios de trabajo. Se llega así también a una especie de *economía dirigida* y a una *política dirigida*. Pero la subsistencia del mercado no permite limitar sino episódicamente la acción de su ley fundamental. No puede impedirse el surgimiento de nuevos competidores; es materialmente imposible ajustar la producción al consumo y acrecer el consumo indefinidamente, única base posible del crecimiento indefinido de la producción que impone el régimen capitalista, único medio de evitar las crisis periódicas resultantes de la emancipación de la producción relativamente al consumo, característica de ese régimen.

Economía dirigida pero no planeada, y dirigida anárquicamente hacia rumbos a menudo opuestos por el tira y afloja de intereses contrarios.

El régimen capitalista individual no puede llegar a una organización económica propiamente dicha por ser uno y otro término incompatibles. Una economía planeada — como se ha propuesto en Estados Unidos — implica la negación de las bases fundamentales del capitalismo individual, por ser éste la negación de toda posibilidad real de economía planeada.

Organización económica propiamente dicha no puede ser sino aquella cuyas funciones sean regidas por intereses concordantes, porque sólo de ellos puede surgir una homogeneidad de conjunto dentro de la heterogeneidad de las partes, y adaptable sin graves trastornos a las fluctuaciones ocasionales, por la interacción solidaria de sus diferentes elementos y funciones como en un organismo viviente.

Una organización económica propiamente dicha no es necesariamente socialista en su integridad. Puede constituir un sistema de capitalismo de Estado con la propiedad de la tierra, siempre que sea lo bastante poderoso para ejercer su

control sobre los intereses particulares o de grupo que subsistan o surjan en su seno.

¿Cuán coherente, poderosa y eficiente no ha de necesitar serlo, si quiere subsistir, una organización económica como la Unión Soviética?

Tratemos de *ver* lo que expresan las siguientes cifras: 40.000 fábricas, de las cuales las 2.500 más grandes, muchas para más de 10.000 obreros, han sido levantadas o están por terminarse, a partir de 1929, en el territorio de 15.000.000 de kilómetros cuadrados que abarca el primer plan quinquenal; 5.500 "fábricas de cereales", de carne, de manteca, etc. y 250.000 colectivas campesinas, con una superficie de 100 millones de hectáreas de cultivos; y el monopolio del comercio exterior, etc., sin contar las funciones del aparato estatal propiamente dicho.

La organización económica soviética debe imprimir las directivas generales y controlar el trabajo de 20 millones de obreros (cifra calculada para este año) y no menos de 40 millones de campesinos asociados, el intercambio de sus productos, la provisión de las cooperativas de consumo (casi único aparato distribuidor para todas las ciudades) y así sucesivamente . . .

Es nada menos que la industrialización de todo un continente, la transformación de las masas campesinas de más de setenta naciones que lo pueblan en un conjunto progresivamente asimilado a la técnica moderna, forjándose sobre esa base una cultura de tipo hasta ahora desconocido en el mundo.

Semejante obra sería imposible sin un sistema directivo y de fiscalización económica y estadística eficiente por lo menos en sus líneas generales, sin contar la necesidad imprescindible de una intensa cooperación de masas, movida por una convicción capaz de sobreponerse a los inevitables contratiempos de todo experimento social en un campo enteramente nuevo, y en gigantesca escala.

¿Es eficiente la organización industrial soviética? Niéganlo en bloque algunos de sus enemigos. Muy diferente es la información que se cosecha en las obras de fondo de economistas de reputación mundial, como los profesores Maurice Dobb, Calvin Hoover y Friedrich Pollock, y la que dan visitantes serios y honestos como el norteamericano Knicker-

bocker, el español Díaz Retg, los franceses Pierre Dominique y Joseph Dubois y todos los visitantes alemanes. Hasta en una obra manifiestamente tendenciosa, violentamente antibolchevista y bastante tonta, como la del profesor Paul Haensel, el autor afirmó desde 1929 que el plan quinquenal (en cuya elaboración ha participado) se habría de realizar "seguramente", lo que implica reconocer la eficiencia de la organización económica soviética.

Veamos lo que puede deducirse de los hechos más salientes.

2. — *La organización industrial*

Formas de empresas industriales. — La organización industrial soviética es el resultado de un proceso que tiene no poco parecido con el de un crecimiento o proliferación, si se la estudia en su desarrollo histórico y en las formas adquiridas por las explotaciones industriales y sus asociaciones entre ellas.

[La tentativa de organizar las industrias directamente desde arriba hacia abajo, impuesta por el caos industrial resultante de la toma de posesión de las fábricas por los obreros y de las guerras civiles, sólo pudo tener el resultado político de establecer el control del Estado. Pero el fracaso de los *glavki* desde el punto de vista técnicoeconómico, seguido de una creciente descentralización administrativa, determinó, bajo el control de una dirección general, un desarrollo espontáneo y progresivamente ordenado.

El tipo más primitivo de industria rusa, la doméstica campesina *kustar*, tiene una importancia insospechable entre nosotros, como la tiene en otros países de largos inviernos que durante cuatro a seis meses hacen imposible el trabajo en los campos. De los cuatro millones que trabajan temporarily o permanente en la industria *kustar*, dos millones estaban asociados en cooperativas ya en 1930 según el profesor Hoover.

El Estado Soviético ha favorecido la colectivización de la industria *kustar* por razones económicas y políticas concordantes con las del impulso de la colectivización agraria. Lo ha hecho por los mismos métodos: créditos para la forma-

ción de talleres cooperativos, también llamados *arteli*, en los que se introducen métodos mecánicos y la división del trabajo; y se tiende a perfeccionarlo por la educación técnica y artística, ésta basada en los motivos tradicionales.

Administran empresas industriales propias las cooperativas de consumo, asociadas en un gran organismo federativo con su órgano central, el *Centrosoyus*.

Las principales empresas de las cooperativas de consumo se refieren hasta ahora a la alimentación, que seguirá siendo en los próximos años el gran problema de la población urbana soviética: panaderías, molinos, fábricas de conservas, para preparar alimentos cuya elaboración se termina en las casas de los que así lo prefieren, o se completa directamente para consumirlos en los grandes comedores colectivos anexos, de los que algunos pueden servir decenas de miles de comidas diarias.

La calidad de estos alimentos preparados en gran escala parece muy variable. Algunos visitantes los han encontrado groseros e insípidos, y servidos desordenadamente en locales sucios y mal olientes. Hans Siemsen y otros, en cambio, han encontrado también establecimientos muy buenos y baratos, mucho más limpios que las fondas para obreros de las grandes ciudades occidentales.

Había algunos sindicatos industriales mixtos, de los que poco a poco el Estado ha ido redimiendo las acciones. Algunas empresas han sido erigidas con créditos de millonarios norteamericanos, por ejemplo, la inmensa usina Ford de automóviles en Nishni Novgorod. Ford vendió el derecho a utilizar sus patentes por una suma de 30 millones de dólares, y ha abierto créditos enormes.

Todos los tipos de empresas tienden a concentrarse gradualmente en tres: las cooperativas de producción de los pequeños artesanos, las industrias de las cooperativas de consumo y las empresas del Estado, que pueden serlo de la Unión Soviética, de las repúblicas independientes o de las repúblicas y regiones autónomas. Las más importantes corresponden al gobierno de la Unión.

En contraste con la organización que detallé de los *glavki*, se formó durante la N. E. P. un sistema libre, autárquico. Todas las empresas de un mismo ramo, en una

misma o varias regiones, formaron un trust. Como esos trusts necesitaban tratar entre ellos, para el intercambio de materias primas y el de maquinarias, y necesitaban al mismo tiempo simplificar el mecanismo de venta al consumidor, constituyeron los llamados "sindicatos", que al mismo tiempo que vendían recíprocamente los productos de cada trust, los entregaban al público por intermedio de la unión de cooperativas, o aún en el mercado libre, mientras lo hubo de cierta importancia.

Los sindicatos, constituídos originariamente con acciones suscritas por los trusts y las cooperativas, han evolucionado hasta ser simples organizaciones administrativas, emanadas de los mismos trusts y con intervención de la dirección general. Son actualmente las "combinaciones", en ruso *Obedenie*.

Las *Obedenie* coordinan el trabajo entre los diferentes trusts, se informan de lo que necesita cada uno de ellos y de lo que pueden proveer los trusts asociados y las otras combinaciones. Hay un número grande de *Obedenie*. Están en relación en cuanto al control de la producción, con el Consejo Económico Nacional, *Vesensha*, el cual, a su vez, está en relación con el comisariado (ahora Consejo) de la defensa y de la producción, el S T O que forma parte del *Sovnarkom*, y con el *Gosplan*.

Administración de las fábricas. — Las fábricas son autónomas para su gestión interna. El director tiene plenos poderes, con la responsabilidad inherente a los mismos, en el ejercicio de sus funciones técnicoadministrativas. Trabaja en colaboración con el Comité Obrero, en la medida en que éste la aporte, pero sin desmedro de sus facultades. Cuando el director es un técnico extranjero—caso frecuente en las fábricas de industrias nuevas— es nombrado directamente por el S. T. O. En los otros casos, lo es por el *Obedenie*, por el trust, o hasta por el *Vesensha*. Pero los nombramientos de directores soviéticos son hechos previa consulta al *Rabotshkom* de la fábrica, emanado de la Unión Gremial, y que está bajo la influencia directa de la "célula" comunista de la misma fábrica.

El *Rabotschkom* tiene el derecho de objetar un nombramiento, y ha habido casos, según Hoover, en que ha conseguido llevar su apelación, con resultado positivo, hasta el *Vesensha* y aun al mismo S. T. O. Klaus Mehnert relata un hecho

al que me referiré más adelante, demostrativo de que, si bien los obreros no tienen más ingerencia que un posible veto en el nombramiento de los directores, y tampoco la tienen en la gestión técnica de la empresa, excepto la colaboración que acepte el propio director, puede su protesta fundada determinar la remoción de directores ineficientes y su iniciativa transformar los métodos de trabajo.

Función propia del *Rabotschkom* es velar por la disciplina entre los compañeros de trabajo que representa, por el cumplimiento de las leyes de protección del trabajo, y demás condiciones que afectan al bienestar de los obreros.

Los Comités, y el conjunto de los obreros, participan en medida creciente en las actividades de su fábrica y en las funciones que ésta desempeña en el conjunto de la industria. Esto hace de la mayoría de las fábricas soviéticas actuales algo muy diferente, según los observadores más minuciosos, de las fábricas capitalistas cuyos perfeccionamientos técnicos siguen.

La autoiniciativa obrera. — La autoiniciativa de los obreros se manifiesta no sólo en la acción de las "brigadas de choque", a las que he de referirme especialmente más adelante y en las demás formas de "emulación socialista", tendientes a anteponer al estímulo de la ganancia el del honor y la voluntad solidaria de creación. Dillon, Mehnert, Hodann y otros, dejan constancia del gran número de iniciativas surgidas espontáneamente entre los propios obreros, para mejorar el rendimiento y la calidad del trabajo, y aún de inventos importantes hechos por simples obreros.

Los dirigentes soviéticos favorecen en todas formas la colaboración obrera. Su estímulo es una consigna cuya aplicación suele perder no poco tiempo a las oficinas técnicas de cada gran fábrica, y aún a los institutos de investigaciones superiores.

Como ejemplo característico, citaré el que relata Klaus Mahnert del obrero Sorokin, simple peón semianalfabeto de 22 años, fundador de una "comuna" de trabajadores de su misma edad en una explotación de bosques. Llamado con sus compañeros a una gran fábrica, descubrió en su marcha numerosas fallas que le impedían alcanzar las cifras de producción que le estaban fijadas por el plan de acuerdo con sus posibilidades de rendimiento. La solidaridad creada entre esos jóvenes

por la vida en común les indujo a hacerse cargo de los trabajos más usados, sin limitación de jornada, en los sitios en que más fallaba la tarea. Recibidos al principio con desconfianza vecina a la hostilidad por los demás obreros, su ejemplo no tardó en hacerse contagioso. Estudiaron en común las fallas, propusieron reformas a la dirección, con el único resultado de que Sorokin y su comuna fueron chicaneados por ello, al punto de que se les ordenaban las tareas desagradables en que pudieran ser menos útiles. La "comuna" de jóvenes hizo oír su protesta en los órganos superiores, probó sus cargos, y el director, burócrata rutinario, fué removido. Los métodos de trabajo fueron totalmente reorganizados por la nueva dirección y la fábrica no tardó en satisfacer con creces lo que debía esperarse de ella.

Tenemos así, en un movimiento típicamente "dialéctico", por un lado un régimen de hierro en cuanto a la dirección de conjunto, no sólo en lo político sin en lo económico. Penas terribles para los saboteadores y negligentes, la de muerte en juicio sumario para los administradores ladrones especialmente si lo son de víveres. La sombra de la *Guepeu* se cierne constantemente sobre todos. Por otro lado, plena libertad de iniciativa y de crítica, dentro del severo marco político trazado por el régimen; una libertad infinitamente superior a la del más modesto taller del mundo capitalista, aún en las más gigantescas empresas, que por ella son rumorosas como colmenas y, a menudo, como mitines callejeros. Y esta libertad, función de una creciente conciencia económica solidaria.

¿Hacia un "socialismo de guildas"? — Quienes hayan leído las obras del economista inglés G. D. H. Cole y demás estudiosos del "socialismo de guildas", concepción anterior a la Revolución Rusa, encontrarán sorprendentes analogías entre el movimiento de autoiniciativa, emulación y control de las nuevas formas de trabajo soviético y el auspiciado con anticipación por esos socialistas.

Las diferencias son de forma y no de fondo, como puede percibir las quien haya leído mi folleto sobre "Democracia Burguesa y Democracia Obrera", publicado en 1920. De las "guildas" ha habido un ensayo con gran éxito en Inglaterra, en la industria de la construcción, cuando ella era posible.

En el pensamiento del socialismo de "guildas", los direc-

tores deberían ser elegidos por la totalidad de los trabajadores asociados, desde los técnicos hasta los peones, en dos organizaciones entrecruzadas, por ramos de industria y por oficios. Esta es la diferencia.

La analogía es el sentido de comunidad, de iniciativa, de amor y responsabilidad por el propio trabajo, que los socialistas de guildas niegan al capitalismo de Estado por igual que al capitalismo privado.

También la guilda debería tener una autarquía subordinada al interés colectivo. De propiedad colectiva — es decir del Estado — deben ser el suelo, las instalaciones y los medios de trabajo. La propiedad colectiva sería un obstáculo al desarrollo del egoísmo corporativo.

La representación de la colectividad — el parlamento económico, funcional, y el parlamento político — dictaría las normas del precio al que debería producirse, y la calidad y cantidad de lo producido, pero no el *cómo* habrá de serlo, como lo hacen el S T O y el *Gosplan* para cada fábrica y *Kombinat*.

La oposición entre el régimen de autoiniciativa de las masas y de férrea disciplina impuesta por una entidad ajena a ellas, como es la *Guepeu*, indica, si hay una lógica en los procesos históricos, que no puede continuar indefinidamente, y debe resolverse en una "síntesis" que armonice esa "tesis" y "antítesis": un régimen flúido de autodisciplina al par que de autoiniciativa.

Tal evolución es imposible, desde luego, mientras la Unión Soviética se encuentre de hecho en estado de guerra: en el interior, por las marchas forzadas de la obra planeada; en el exterior, por los peligros que la amenazan desde el Este, y aun los del Oeste. Pero las fuerzas en interacción son manifiestas. Es manifiesto que el régimen soviético no pretende imponer la sumisión servil a los obreros, sino suscitar en ellos, por el contrario, la colaboración más activa posible y el sentimiento de la dignidad y la responsabilidad del trabajo, porque *en tal sentido se hace toda su propaganda*, y a ello propende con toda evidencia la propia organización del trabajo. Si tal hicieran pretendiendo sólo sumisión, los dirigentes estarían locos de atar. Por último, si la Italia fascista necesita, para sostener su régimen, un millón de individuos armados, ¿cuántos necesitaría la Rusia Soviética, con cuatro veces más población, y

dispersa en un territorio treinta veces mayor si se descuentan las regiones despobladas?

Por otra parte, es harto sugestivo que quienes sólo quieren ver el lado de la coerción y pretenden representar el régimen de trabajo en la Unión Soviética como un régimen servil, son los mismos que cantan loas al "Estado Corporativo" mussoliniano — el más atroz tipo de servidumbre — o auspician solapadamente toda reacción de tendencia fascista.

3. — *La organización agraria*

Detallar la organización económica de las nuevas entidades de producción agraria me parece innecesario.

Los *sovjoses*, como empresas directas del Estado, equivalen a fábricas en la organización de su trabajo. Los de cada ramo forman *trusts*. Por ser más simples y menos múltiples las formas de producción agraria, es más directa su conexión con los órganos superiores de control: el comisariado de agricultura, la comisión del *Gosplan* y el Consejo Económico Nacional.

. *La organización de los koljoses.* — Las explotaciones campesinas colectivas son de organización mucho más compleja. De ellas podría decirse que en su forma externa se asemejan más al socialismo de guildas, al mismo tiempo que se distancian más de él en su espíritu y en su forma interna. El *koljos* es regido por la asamblea de los socios. La asamblea elige al comité directivo y al director administrativo y técnico, delibera y resuelve sobre las clases y rotación de los cultivos, las adquisiciones de todo género, las obras a construir, la forma de pago del trabajo, etc.

La organización del trabajo se hace sistemáticamente en forma planeada. Antes de iniciar las labores, se ejercitan las diferentes "brigadas" en la forma de trabajar en común. La primera partida de los tractores para roturar, la de máquinas sembradoras y luego las cosechadoras, se organiza como un desfile teatral, que reemplaza las viejas fiestas campesinas de la siembra y la cosecha.

Cada trabajador tiene designada su tarea, sea que la elija él mismo o se la consigne la dirección.

Pero la autonomía es muy relativa en los *koljoses* nuevos. Además, en todos, el plan propio de siembras y crías debe atenerse a las líneas generales que reciba, lo mismo que el plan de producción de una fábrica.

Cada *koljos* actúa bajo el control de la "célula" que haya formada en su seno, o de la dirección local del partido, la que media con frecuencia en los conflictos internos. De este control resulta que los *koljosi* donde no hay comunistas o cuyo espíritu es hostil al régimen soviético actúan sometidos a una tutela que motiva protestas, o es resistida pasivamente, con grave perjuicio para los resultados de la labor común.

De cuán torpe puede llegar a ser esa clase de tutela, se encuentra un ejemplo en el bello libro de Tretyakow, en el capítulo "Un *koljos* enfermo". La incapacidad de su dirigente y de la comisión había creado entre los asociados, a consecuencia de repetidos fracasos, un estado de "angustia colectiva", que paralizaba los trabajos. El secretario del comité comunista de la zona, un joven atolondrado y demasiado imbuído de mando, no supo ver esa aflicción, habló a los campesinos "arrastrando el sable", y lo hubiera desquiciado todo incurablemente de no acudir un dirigente bolchevique, quien estimuló a los campesinos a expresarse libremente, descubrió así las raíces del mal y los socios que serían más capaces de enderezar la situación — entre ellos una mujer anticomunista —. La mediación de ese dirigente consiguió así impedir la disolución del *koljos*, que volvieron a él los que ya se retiraban, y que el trabajo se normalizara casi de inmediato.

Los *koljoses* de cada zona están confederados entre ellos en los comités seccionales, a fin de coordinar el trabajo de cada uno.

Los *koljoses* que se asocian en *Kombinat* son a su vez organismos federativos. Su vastedad — de 20.000 hasta 100 mil y más hectáreas — crea de esa manera una superposición con el comité de la federación seccional, que hace de ésta un rodaje supérfluo.

Todas las federaciones de *koljoses* están ligadas entre ellas por el *Koljoscentr*, que es para las cooperativas de producción agraria la imagen especular del *Centrosoyus* para las cooperativas de consumo.

Las "chinchas de oficina". — Entre las organizaciones

agrarias, las de distribución y las industriales han desaparecido en principio las "vallas verticales" que tanto contribuyeron al fracaso de los *glavki*. Pero "en principio" solamente.

Subsisten vallas de hecho por el exceso de complejidad de los organismos administrativos oficiales, que causa en ocasiones incontables perjuicios, por la ineficiencia, la falta de sentimiento de responsabilidad, la negligencia de no pocos funcionarios soviéticos. Tretyakow relata animadamente las dificultades sufridas en el *Kombinat* del Cáucaso en que trabajó, por no conseguirse bujías de repuesto para los viejos tractores Ford; las marchas y contramarchas que el mecánico más entusiasta tuvo que hacer de oficina en oficina, de ciudad en ciudad, con la pérdida de jornadas de trabajo y los gastos consiguientes, hasta que por propia iniciativa saltó por sobre todos los obstáculos hasta conseguir las bujías directamente de la fábrica, en un último viaje de más de 2.000 kilómetros. Cuenta también la desesperada indignación de un grupo de campesinos que hace un largo viaje con cerdos cebados para entregarlos, por orden del comprador oficial, en la oficina de una ciudad absurdamente alejada, para encontrarse, una vez llegados los cerdos en miserable estado y carneados, porque no se les quiso proveer de alimento, que el funcionario tampoco quería recibirlos porque le faltaba el papelito de cierta confirmación superior. Los campesinos obtuvieron, por fin, que se les indemnizara la pérdida de peso de los que llegaron vivos, y se les pagara también los carneados que se habían podrido por no querer recibirlos el mismo que los había encargado. Pero la pérdida del alimento para quienes lo necesitaban en alguna otra parte, y el disgusto de los proveedores, no eran indemnizados por la exoneración del burócrata inconsciente.

Esa clase de burócratas de pura cepa zarista en sus características debe abundar en la Unión Soviética, para que se haya difundido la calificación de "chinchas de oficina". Stalin, Molotov y otros, han denunciado en varios discursos ejemplos concretos, en diferentes campos de la administración.

La "autocrítica" es pues una realidad. No hemos visto hasta ahora un ministro argentino que reconozca públicamente un solo caso personal de ineptitud, y por eso las cosas siguen siempre lo mismo en nuestra administración: los gobiernos cambian, pero aunque cambien las personas de los empleados,

no se percibe ningún cambio en las viejas rutinas y las superposiciones oficinistas.

4. — *La organización del planeamiento*

La organización del trabajo productivo, tanto industrial como agrario, está indisolublemente ligada a la del planeamiento.

Si comenzamos desde arriba hacia abajo, siguiendo el esquema que acompaña a esta exposición, veremos en relación inmediata con el S T O a la comisión del *Gosplan* de la Unión, formada por más de mil técnicos y economistas, dividida en una serie de secciones. El *Gosplan* central es cabeza de una vaste gerarquía de corporaciones análogas, en cada república, en cada región autónoma, que actúan como órganos informativos y de control.

El *Gosplan* central está también en relación con los diferentes comisariados. Necesita estarlo con el de comercio para los artículos que considere necesario importar, y para las exportaciones destinadas a pagar dichas importaciones. Está también en relación con el comisariado de agricultura, con el de cultura, el de previsión social, y así sucesivamente con otros.

El *Gosplan*, poco a poco, está convirtiéndose en la primera autoridad económica del país, simplificándose al mismo tiempo en su organización el *Vesensha*, que tiende a ser una oficina técnica del S T O.

El *Gosplan* está en relación con los *Obedenie*, de quienes recibe los informes y a quienes proporciona las directivas generales.

Los *Obedenie* están en relación, a su vez, para la venta, con los *koljoses*, a los cuales venden y de los cuales compran; y están en relación con la gran organización central de las cooperativas de consumos.

Todos los trabajadores están en principio obligados a asociarse a las cooperativas de consumo, lo mismo que los de la industria están obligados a agremiarse en las uniones obreras. Las cooperativas están en relación con el *Gosplán*, porque es él quien puede enterarlas de los artículos de que podrán proveerse.

La elaboración de los planes. — Sobre esa base, veamos:

cómo se elabora un plan quinquenal y cada plan anual, y cómo ha podido llegarse a establecer las "cifras de control". Será indispensable ahorrar detalles, porque serían tediosos para los no economistas.

El *Gosplan*, por intermedio del *Vesensha*, requiere a todas las *Obedenie* datos de la producción que creen puede desarrollar cada trust asociado en el año próximo, de las necesidades que tendrán, de materias primas, maquinarias, obreros, fondos, y hasta de especialistas en diferentes ramos, de los recursos con que puede contar cada uno, la expansión que podrían tener las industrias asociadas, etc. Las *Obedenie*, hecha la correspondiente investigación, preparan sus informes con los técnicos especialistas de que carecen los trusts, los envían a los trusts con algunas directivas, y éstos a su vez a las diferentes fábricas asociadas en cada uno.

En las fábricas están por una parte los dirigentes y el *Rabotschkom* por otra, quienes toman en sus manos, en colaboración creciente, el problema del plan rojo. El comité obrero discute el plan en todos sus detalles, y muchas veces ha sucedido — eso está no sólo en los autores bolcheviques sino también en los antibolcheviques honestos — que han ampliado las cifras de producción propuestas por el *Gosplan*. Por ejemplo, para los altos hornos de Magnitostroi han sostenido a fines del año pasado que pueden producir un 40 ó 50 por ciento más de lo que se requería para este año; se comprometieron a hacerlo y lo están realizando. Altos hornos calculados para producir 800 toneladas diarias cada uno, están produciendo 1200 debido a la iniciativa directa de los obreros que trabajan en ellos.

Todos los datos de cada una de las industrias son enviados otra vez hacia arriba. Vueltos al *Gosplan*, se elabora con ellos el plan general.

Propósitos de la economía planeada. — Es indispensable equilibrarlo todo, y conseguirlo es una de las principales dificultades de la economía planeada, cuando, como actualmente en la Unión Soviética, el propósito es crear todo un gigantesco organismo industrial y de producción diversificada en un inmenso territorio, formando al mismo tiempo, en breve plazo, millones de trabajadores técnicamente capacitados.

En el sistema capitalista de producción e intercambio,

la función reguladora y de relativo equilibrio entre los diferentes ramos de producción es desempeñada automáticamente por el mercado. El exceso relativo de un producto dado no tarda en reflejarse en un descenso de su precio que tiende a limitar su producción: la escasez de otro, reflejada en un ascenso del precio, tiende a intensificarla. El equilibrio determinado por las oscilaciones del mercado es inestable, y no puede resistir a las crisis periódicas a que está sometido el régimen capitalista por virtud de su ley fundamental, el provecho, que determina la acumulación anárquica del capital reproducido por determinada industria en la misma o en formas afines, con independencia de las necesidades del consumo. La "sobreproducción" a que así se llega detiene el proceso, pone en la calle a multitudes crecientes de trabajadores desocupados, y la disminución de la capacidad de consumo de estas masas cierra progresivamente el círculo, en ondas más extendidas, y hace irradiar la crisis industrial a los ramos de producción agraria. Hasta que se produce un nuevo reajuste a costa de la ruina de miles de empresas, y de la miseria fisiológica y aún la muerte de centenares de miles de trabajadores.

La economía planeada tiene por objeto dirigir la producción paralelamente al consumo, intensificándola sólo en el grado y a medida que el consumo aumente, en unos aspectos por evolución espontánea, en otros acreciendo deliberadamente la capacidad de consumo de las masas. Es la superioridad de principio de la economía planeada y dirigida, relativamente a la economía capitalista, fundamental y necesariamente anárquica porque cuando llega a intentarse dirigirla como con el proteccionismo aduanero, ello es en beneficio de determinados favorecidos, a expensas del conjunto.

Sensibilidad de la economía planeada. — El fino y deliberado ajuste de la economía planeada, sus procedimientos de previsión por extrapolaciones, la hacen más vulnerable a los errores ocasionales, como es más vulnerable el organismo de un vertebrado que el de un artrópodo.

Las crisis fatalmente periódicas de "sobreproducción", desocupación, liquidaciones ruinosas y brusca miseria de masas son imposibles en la economía planeada. En cambio, se está en permanente riesgo de crisis de producción en determi-

nado ramo si flaquea uno cualquiera de los otros de que éste depende.

Si se quiere producir en cierto plazo determinada cantidad de toneladas de maquinarias de diferentes clases, es necesario disponer de determinada cantidad de hierro, de acero, de hulla, de metales de color, etc. Una falla en el plan de producción de hulla paraliza los altos hornos, una en los materiales de construcción retarda las obras y desequilibra todo.

Se explica así que sean miles de personas las que tengan que intervenir, cada una en su especialidad, hasta que un número limitado de economistas y técnicos combine y reajuste unas a otras las cifras parciales en un conjunto. Tal industria pretende desarrollarse con exceso; se le explica que no es posible porque no se producirá la cantidad necesaria de hierro, o de algodón, productos químicos, etc., para ese desarrollo. Del equilibrio depende el éxito del plan. El fracaso en una de sus ramas amenaza con un fracaso total.

En parte ha sucedido con el fracaso relativo de los transportes, que ha ocasionado graves dificultades en la construcción de las grandes fábricas y viviendas más alejadas, y obligado a algunas a crear, al lado de la usina, fábricas de cemento y talleres de carpintería, etc., con resultados variables.

Las cifras de conjunto forman el plan provisional que debe aprobar la autoridad superior, es decir el XIK y el partido comunista, verdadero gobierno. El partido sanciona directivas generales, sobre cuya base recién se elabora el plan definitivo. Es pues, un complejísimo proceso de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, repetido dos veces. Ello significa, — dado que hay cerca de 40.000 fábricas, aunque de ellas solamente pocos miles importantes, y 20 millones de obreros de los cuales un número creciente participa en cada una de ellas en la elaboración de los planes quinquenales y anuales — que intervienen centenares de miles de personas. Y necesitan intervenir activamente, porque es necesario que los trabajadores, tanto los dirigentes como los propios obreros, estén imbuidos de la responsabilidad social que asume cada uno para que pueda realizarse un esfuerzo convergente y concordante de tan colosal envergadura.

Grado de eficiencia. — Es un mecanismo pesado sin duda, a pesar de que se ha eliminado varias veces, en la medida

posible en las circunstancias, el exceso de burocracia. Que es un mecanismo eficiente se deduciría de lo que dice el profesor Calvin Hoover, en la página 41 de su libro: "A pesar de la ineficiencia y el burocratismo que implica la centralización, debe reconocerse el hecho de que el sistema industrial soviético ha demostrado su capacidad para adaptar y retocar las formas tomadas al capitalismo para sus propios fines. *La comparación con la forma de organización industrial en un país capitalista no sería desfavorable a la industria soviética en ningún respecto.* Si se consideran las ramificaciones de compañías administradoras (sistema yanqui) compañías accionistas, trusts de capitalización, sindicatos contribuyentes (al capital), bolsas, agencias y así sucesivamente, debe admitirse que la organización de la industria capitalista no es simple, ni directa ni de escaso costo". Al final de la página siguiente resume su impresión diciendo: "No se puede eludir la conclusión de que la presente forma de organización es adecuada para conducir los procesos de una producción en muy grande escala a la extensión necesaria para la provisión de los productos básicos que constituyen el nivel de vida del obrero moderno".

5. —*La organización técnicoeducacional*

El problema del desarrollo de la producción crea el problema de lo que en el mundo capitalista llamamos mano de obra. Se necesitan obreros, y un número creciente de obreros capacitados en un país en que hace 15 años eran analfabetos los tres cuartos de la población masculina y más del 90 por ciento de la femenina. Es pues un doble problema, de cultura y de preparación técnica.

Se trata de resolverlo calculando el número de obreros capacitados necesario en cada ramo de industria, para crearlo en el menor tiempo y con el mínimo de esfuerzo posible. Así se ha producido una interesantísima reforma de la educación general y de la educación técnica.

En cuanto a la segunda, el problema no consiste solamente en la capacitación técnica especial. El obrero ruso es de origen campesino; vienen directamente de los campos las nuevas masas de millones necesarias para las nuevas fábricas. Más que ningún otro, el campesino ruso es tardo de movi-

mientos, lento de percepción aunque de clara inteligencia natural, y extraordinariamente descuidado. Debe comenzar por aprender a *moverse*, por apreciar la importancia del ritmo y del orden. La *psicotécnica* ha producido en la Unión Soviética una creación admirable con su centro en un instituto de Moscú que Díaz Retg describe brillantemente en su libro.

La educación técnica no se basa en las escuelas llamadas politécnicas: es casi exclusivamente *monotécnica*. Pero al mismo tiempo es universal en el sentido de la instrucción primaria. Se ha llevado la escuela a la fábrica en vez de hacer remedos de taller en las escuelas, que siempre tienen resultados desastrosos. Hace poco conversaba con un amigo de la Universidad de Tucumán, y le preguntaba si todavía seguía dilapidándose el dinero y perdiendo tiempo en hacer funcionar un pequeño "ingenio modelo", que resultó modelo sólo por lo pequeño e ineficiente. Me informó que se había renunciado porque en el primer año del funcionamiento regular hubo una pérdida considerable. Actualmente los estudiantes practican la sacarotecnia trabajando en los ingenios.

Es lo que se hace con método en Rusia: la escuela está al lado de la fábrica, y debe construirla la misma fábrica, la que debe preparar en ella y por el aprendizaje práctico en sus talleres un cierto mínimo de obreros hábiles.

El nuevo sistema no funciona, por supuesto, sin inconvenientes. Parece que al iniciarse la fabricación de tractores, todos salían inservibles. El acero producido en la Unión Soviética sería, según algunos, de calidad inferior. El exceso relativo de obreros recién sacados del surco para trabajar en fábricas nuevas entorpece el desarrollo de la producción y es causa de que salgan muchas piezas inservibles.

Lo mismo sucede con los tractores una vez en el campo. Se dice que en el gran sovjos *Gigant* del norte del Cáucaso los tractores no han durado hasta ahora más de dos a tres años; esto es calificado de "negligencia criminal". Pero ello es propio de toda iniciación reciente en la vida industrial. En cuanto a los tractores y camiones en la Argentina, personas que conocen la vida de nuestras campañas afirman que en la Pampa y el sud de Córdoba no duran por lo general más de dos a tres años.

Al mismo tiempo que enormes masas de obreros capaci-

tados se necesitan especialistas. Tratan de formarlos apresuradamente, intensivamente, pero también necesitan contratarlos para que sirvan de maestros. Hay en la Unión Soviética gran número de ingenieros norteamericanos y alemanes, sobre todo de estos últimos, pero también franceses e italianos. Según algunos autores, habría en la actualidad más de 15.000. Los rusos trabajan como discípulos de ellos, tratando de emanciparse cuanto antes. Los fuertes sueldos que deben pagar en valuta extranjera, que sólo puede obtener el Estado ruso por medio de exportaciones, los llaman "cuota de aprendizaje". Es una de las capitalizaciones necesarias para lograr su independencia industrial.

Pero es falso que todo se haya hecho sobre la base de técnicos extranjeros, tan falso como decir que nosotros no tenemos industrias propias porque los fundadores de las nuestras han sido inmigrantes. En todos los países del mundo, las nuevas industrias han sido introducidas por técnicos extranjeros. Pero el hecho es que el aprendizaje se está haciendo activamente; hay decenas de miles de técnicos rusos que los propios técnicos extranjeros declaran competentes en su ramo. Hay construcciones gigantescas como el ferrocarril *Turksib*, llevado a cabo irreprochablemente por técnicos rusos. Una de las enormes turbinas de 90.000 caballos ya instalada en Dnieprostroi ha sido construída integralmente en Rusia. Los teléfonos automáticos se fabrican en la Unión Soviética y, según testimonio que cita Knickerbocker en su último libro sobre Alemania, los directores de la fábrica alemana que provee las máquinas para hacerlos han verificado que los obreros rusos obtienen de ellas el rendimiento máximo.

6. — *La organización financiera*

El plan general financiero. — No es posible un plan semejante sin una vasta y compleja organización financiera. Para no entrar en su análisis, veamos sus resultados en las cifras del plan financiero para el año en curso, halladas en un reciente artículo de Günther Stein en el diario demócrata alemán *Berliner Tageblatt*. La experiencia del primer semestre demuestra que dichas cifras son reales.

La economía que llaman socializada, las empresas del Es-

tado, tanto industriales como agrarias, aportan 17 mil millones de rublos, que forman el 39,6 por ciento de las entradas. Las contribuciones a los seguros sociales, 3.600 millones. He citado en una conferencia anterior los fondos de los seguros sociales para el año pasado, que fueron 2.600 millones. En un solo año aumentan, pues, en más del 30 por ciento. Los impuestos están calculados en 16.700 millones. Es un aumento enorme, indicio de que sigue pesando sobre la población una carga exagerada, relativamente a lo que podría ya obtener del aumento de la producción, porque para el año pasado no pasaban de once mil millones. Los "recursos de la población", suman 5.500 millones.

El total general es una cifra fantástica, de 43.800 millones de rublos. Si tenemos presente que para este año la renta nacional está calculada en 49 mil millones, quiere decir que sólo quedan fuera del control del Estado y de la redistribución social 6 mil millones, una fracción pequeña de la misma.

En cuanto a los egresos, la industria socializada, que aporta 17 mil millones, percibe 27.700 millones de rublos; 21 mil millones como capitalización y 6.700 millones como "financiación", o sea, como subsidio a las industrias nuevas que producen pérdida o que todavía no han llegado a producir beneficio. Este rubro comprende también los ferrocarriles y los correos y telégrafos. El total de los recursos del Estado para la economía socializada es el 64,3 por ciento, incluso también para la colectivización del campo.

Para "gastos sociales y culturales", se están destinando 9.200 millones de rublos, sólo el 21 por ciento del plan financiero. Calculada sobre la población, esta cifra es inmensa si la comparamos con la de cualquier país del mundo. Comprende los gastos de instrucción, excepto los que deben hacer directamente las fábricas en sus escuelas, los gastos del seguro social los de maternidades y de hospitales, comprendidos de hecho en el seguro social.

A "administración y defensa" se destinan 4.300 millones de rublos solamente. No puede haber pues el enorme exceso de burocracia de que hablan los antisoviéticos más apasionados. No puede considerarse exagerado un presupuesto a la vez militar y civil de 4.300 millones de rublos en un país de 21 millones de kilómetros cuadrados con 165 millones de habi-

tantes. Es un presupuesto administrativo y militar más bajo que el nuestro.

Como reserva, se han previsto 1.500 millones, por posibilidad de error de cálculo o de algún déficit o gasto imprevisto.

De estas cifras se deduce, dado que la renta nacional calculada es 49 mil millones, que se sigue capitalizando este año el 42 por ciento del producto del trabajo. Ese 42 por ciento está representado por los 21 mil millones dedicados a la industria y a la agricultura. Lo demás no es capitalización sino *redistribución de recursos*, obtenidos de diversas maneras.

Redistribución social. — La redistribución de los recursos obtenidos de la "economía socializada" se realiza a expensas de los consumidores. La economía socializada produce 17.000 millones y percibe 27.000 millones, de los cuales capitalizados 21.000 millones, pero no los percibe cada industria en proporción a lo que produce. Se ha calculado que en la Unión Soviética las industrias de producción de medios de consumo producen dividendos hasta de 15 a 17 por ciento, mientras que las industrias de producción de medios de producción: del petróleo, minería, hierro, maquinarias, etc., producen dividendos más bajos, del 5 al 10 por ciento. Significa esto que la organización soviética calcula a precios poco superiores a los de costo los productos que intercambian los *trusts* de la industria pesada, la agricultura y las industrias en general; pero al consumidor se le carga un precio notablemente superior al de costo para lo que necesita para la subsistencia. Esa es en mi entender la explicación del elevado precio de los productos industriales en la Rusia de hoy.

No podemos conocer esos precios con exactitud para el año 1931 ni para 1932, porque las cifras encontradas en los libros y revistas difieren notablemente unas de otras. Puede orientarnos algo Paul Haensel, nada sospechoso de parcialidad soviética, con los números índices de precios de los productos agrarios y de los industriales en Rusia comparados con los diferentes países de gran industria como Inglaterra, Estados Unidos y Alemania del año 1913 a 1928. De acuerdo con estas cifras, los productos agrarios rusos tenían en 1913 precios del 70 por ciento de los vigentes en Estados Unidos el mismo año. En cambio, los de la industria llegaban al 169 por cien-

to. Existían pues ya en ese entonces las "tijeras". Por una parte, se compraba a los campesinos sus cereales a un precio más bajo que el del mercado universal, y se les vendía los productos de una industria muy fuertemente protegida a precios mucho más elevados que los vigentes en el mercado interno de un país proteccionista como Estados Unidos.

En 1928, los precios relativos de los productos agrarios suben al 78 por ciento de los de Estados Unidos, porque en ese país descendían. Pero el precio relativo de los productos industriales había subido en promedio al 233 por ciento de los vigentes en Estados Unidos, en ese mismo año en que se inicia la crisis de deflación de precios. El aumento de los precios industriales fué, pues, hasta 1928 del 38 por ciento; el de los agrarios, de 11 por ciento.

Las cifras soviéticas indicarían que, en términos generales, las "tijeras" tienden a cerrarse. Pero subsisten, aunque actualmente en un grado menor que la abertura producida en Estados Unidos.

El campesino soviético debe, pues, vender baratos sus productos y comprar caros los que le provee el Estado. Ha continuado así latente el conflicto de la ciudad y del campo en la Rusia de hoy, porque lo que puede sacarse en claro de los informes contradictorios es que, si ha bajado el precio de los productos industriales, ha sido sólo moderadamente.

Los precios siguen representando impuestos ocultos. Y hemos visto cuán considerablemente ha subido el total de los impuestos, cuyo rubro principal es el impuesto a las transacciones, "renta" que deben pagar todas las cooperativas. De manera que la suba de los precios ha de seguir bastante cerca al aumento de los salarios.

¿Inflación o impuestos ocultos? — Se pretende interpretar la carestía como "inflación". Se aduce en apoyo de este aserto que el rublo no tiene cobertura efectiva, sino oro y valores extranjeros de un 15 por ciento de la cantidad circulante, los que no pueden ser exportados, y que se cotiza en las "bolsas negras" de los países vecinos en la quinta parte o la décima parte de su valor. Esto es una conclusión absurda.

No puede cotizarse una moneda al valor real de compra que pueda tener cuando no se la admite en ningún mercado del mundo y su salida y entrada al país está prohibida, bajo gra-

ves penas. El que compra rublos en el exterior sabe que tiene que correr el riesgo enorme de reimportarlos a Rusia, único sitio donde pueden valer algo. Forzosamente tiene que indemnizarse con un margen de ganancia enorme, para cubrir el margen de riesgo.

En el régimen económico soviético, el rublo ha dejado de ser moneda. No es un *valor de cambio*, como las monedas que circulan y se cotizan de un país a otro; es un simple *signo de precios internos*, denominador común de los valores en circulación.

Sólo puede apreciarse el valor del rublo *por su valor de compra en Rusia*, comparado con el de alguna otra unidad monetaria en su respectivo país, o con el que tenía el rublo antes de la guerra. La comparación de los precios de los artículos industriales vigentes en la Unión Soviética en 1928 con los Estados Unidos en el mismo año y con los de 1913 indicaba un valor de compra reducido para ellos en 40 por ciento el año 1928. Según la mayoría de los informantes, el valor de compra actual del rublo sería del 50 al 70 por ciento de antes de la guerra. Pero los salarios nominales han aumentado en mayor proporción.

Mercados y valores diferentes. — Hay en realidad diferentes valores de compra del rublo. En el mercado de las cooperativas de consumo, que no es un mercado en sentido capitalista, los artículos racionados — que son todos los esenciales — vendidos con tarjeta, tienen precios relativamente moderados. Pero son casi todos "deficitarios", relativamente a la acrecida capacidad de compra. Los que deseen proveerse fuera de las cooperativas de lo que no encuentran en ellas en cantidad suficiente, y a veces en ninguna, y los que por no ser obreros o empleados no tienen derecho a tarjetas, deben hacer sus compras en los almacenes soviéticos, o en el mercado libre.

El mercado libre, restablecido en 1921, y que subsiste pero en proporción decreciente, por la extensión progresiva de las organizaciones cooperativas y de su capacidad distribuidora, tiene por base el derecho de los campesinos y de sus organizaciones colectivas de vender libremente sus excedentes de productos. Deben vender al Estado cantidades determinadas de sus cosechas de cereales, papas, y los otros alimentos esen-

ciales que produzcan, una vez deducidas las reservas para la siembra y para el propio consumo, y pueden disponer libremente del saldo, cuando lo hay. De igual manera, pueden los artesanos vender libremente los productos de su industria, deducido lo que deban entregar al Estado como impuesto o amortización de los créditos recibidos.

Los precios de este mercado libre suelen ser exorbitantes en las más grandes ciudades, a favor de la mayor escasez en ellas. Este debe ser el "comercio libre" que últimamente un diario grande ha descubierto que existe en la Unión Soviética, saludándolo como un retorno a la economía individualista, cuando es su último residuo, aunque sin duda ha de subsistir largo tiempo.

En cuanto a los almacenes soviéticos, los hay de dos clases. Para los extranjeros hay en las grandes ciudades los del trust distribuidor llamado *Torgsin*, que vende hasta artículos importados, de excelente calidad, pero de precios más excelentes todavía. Es éste un medio de importación de divisas extranjeras. Para los ciudadanos soviéticos hay almacenes oficiales de precios "blandos", pero bastante duros relativamente a los de las tarjetas para compras en las cooperativas. La cantidad comprable está pues en esos almacenes limitada por el precio. Es en cierto modo un método capitalista de obtener provecho, pero destinado al ahorro nacional.

En las nuevas ciudades de las regiones apartadas, adonde no ha llegado aún la organización cooperativa o no ha alcanzado extensión suficiente, los almacenes soviéticos venden a precios más bajos, actuando como proveedurías requeridas por las circunstancias.

Las diferencias del valor adquisitivo interno del rublo son así considerables cuando se pasa del mínimo controlado de subsistencia o no se tiene derecho al mismo por ser "rentista", o "burgués".

Según Joseph Dubois, los primeros cien rublos del salario representan un valor real de cien rublos para los que ganan 300; para el que desee comprar algo más, por ejemplo, un par de calzado supletorio en los almacenes soviéticos, ese tiene que pagar un precio tal que el segundo centenar de rublos no le representa sino 20 rublos. Puede haber exageración en la cifra, pero la da como una explicación. Si esa persona

desea un tercer par de calzado — segundo par de calzado supletorio, puesto que el primero lo compra con tarjeta — difícilmente podrá conseguirlo en un almacén soviético, y deberá buscarlo en el mercado libre de la industria campesina; allí cien rublos no valen sino diez: la mitad o menos que en los almacenes soviéticos. Los precios del mercado libre son en general, en las grandes ciudades, el décuplo de los precios cooperativos.

Hasta hace poco los visitantes extranjeros que no fueran obreros no podían hacer sus compras en las cooperativas. La vida les salía en consecuencia carísima. Parece que en la actualidad se ha acordado a los corresponsales extranjeros el derecho de proveerse en las cooperativas mediante las correspondientes tarjetas. Pues no puede tener otro sentido la noticia telegráfica últimamente publicada, de que dichos corresponsales han sido sometidos a racionamiento; el único que existe es el de las tarjetas de aprovisionamiento a bajo precio. He aquí otro ejemplo de la tergiversación periodística a que se ha referido el profesor Dobb...

Si es que hay tendencia a elevar los precios, sería consecuencia fatal de la escasez de mercancías, que es, como he dicho, escasez relativa. La mayor capacidad adquisitiva de los salarios es más virtual que real porque su aumento nominal no está en proporción con la cantidad de productos, dado que la Unión Soviética es de hecho un mercado cerrado. Sólo se importa lo que quiere la comisión del Gosplan por creerlo indispensable, pero se trata siempre de exportar lo más posible, no sólo para pagar las importaciones, sino para tener un saldo que se convierta en dólares, libras esterlinas o francos oro saldo que se necesita para hacer frente a los sueldos de los 15.000 técnicos a quienes se paga la mitad en divisas extranjeras.

No se trata pues de inflación, sino de un doble proceso de ahorro indirectamente coercitivo y de aumento de la capacidad de consumo en mayor medida que la de producción. O sea, un proceso inverso al que sufren en estos momentos los países capitalistas, de "exceso de producción" por disminución de la capacidad de consumo. Si en éstos hay crisis porque sobran cosas por falta de compradores, en la Unión Soviética la crisis consiste en escasez de cosas por exceso de compradores. Esto es lo que permite al industrial-Estado cargar los pre-

cios, no para provecho propio, sino para aumentar el haber nacional.

Lejos de existir una inflación, la cantidad circulante es escasa. Según el último balance del Banco del Estado, la emisión es de 5.100 millones de rublos. Para 165 millones de habitantes no es mucho. Podemos reconocerlo en un país donde hay literatos y aspirantes tardíos a tales que, haciendo retórica sobre economía y finanzas, demuestran que se necesita "plata fresca" porque no hay en circulación sino 1.200 millones para 12 millones de habitantes.

Los altos precios de los consumos menos necesarios o superfluos son pues impuestos ocultos y no inflación, lo mismo que los altos precios de los artículos de estanco en los países de economía individualista donde los hay. Pero es evidente que han estirado la cuerda hasta el más extremo límite humanamente posible, con una audacia nunca vista, a fin de seguir acreciendo la capitalización colectiva con todos los aumentos de la renta nacional.

Los empréstitos. — Esto explica las condiciones en que se emiten los empréstitos, en sumas que han sido, según los años, de mil quinientos a tres mil millones de rublos. Su tipo de interés es muy alto: del 10 al 12 por ciento. Parte de las emisiones son empréstitos-lotería: el interés es reemplazado por sorteos periódicos con premios hasta de diez veces el valor del título.

¿Por qué es tan alto el tipo del interés y se busca también el atractivo de los sorteos? Un inteligente compañero muy entendido en finanzas ha coincidido conmigo. El tipo del interés del capital financiero no está regido solamente por el "interés rutinario del capital" aplicado; el mismo Marx, que ha dado esta definición en la primera parte de su obra maestra, ha aclarado en las siguientes que esa es la *tendencia*, pero no una ley exenta de variantes. Es determinado también por la acumulación privada de dinero. Si ésta llega a exceder las oportunidades de colocación remunerativa, el interés del capital financiero desciende por debajo del rendimiento medio del "capital rutinario" (cuya forma típica podríamos considerar en nuestras condiciones el producido por casas viejas). Inversamente, si las acumulaciones privadas están por debajo de las necesidades de capital para el trabajo productivo, el tipo

de interés del capital financiero puede ser muy superior, y hasta duplicar y aun más el del capital rutinario. Tuve ocasión de observar este hecho en Alemania, en 1928.

Ahora bien: en la Unión Soviética el plan quinquenal y la eliminación casi completa de la economía privada han suprimido toda acumulación digna de tal nombre en manos particulares. Tanto más que la legislación no permite poseer valores (en títulos de renta o en casa-habitación) de más de 10.000 rublos. Sólo quedan disponibles para los empréstitos los excedentes de salarios o sueldos sobre el límite que reduce a la décima parte el valor de compra del rublo.

Al aliciente del alto interés o de premios equivalentes se agrega la intensa propaganda, de la que se encargan especialmente los diarios, las juventudes comunistas, los afiliados al partido y no pocos obreros, pertenezcan o no a "brigadas de choque". Los empréstitos no son forzosos, pero el que, pudiendo, no se suscribe a ellos, sufre una fuerte presión moral de su *entourage*. Se llega a publicar en pizarras o en los "periódicos murales" los nombres y caricaturas de los que, percibiendo determinado salario o sueldo y no teniendo sino tales o cuales cargas de familia, no han suscrito o lo han hecho sólo en una suma inferior a sus posibilidades.

Según los visitantes más objetivos, la gran mayoría de los obreros tiene a orgullo contribuir a un empréstito para la *piatiletka*, a fin de poder terminarla en cuatro años.

Este es uno de los aspectos de la movilización de masas. Nos ocuparemos de ella en el siguiente y último capítulo.

Antes, tratemos de dilucidar, a la luz de los hechos expuestos y de algunos conceptos fundamentales de la teoría, si la actual organización económica soviética es, como lo pretenden algunos, un nuevo Moloch capitalista en manos de la oligarquía bolchevique, o, como lo pretenden otros, la realización efectiva del socialismo, cuando no del comunismo.

7. — Se está "edificando el socialismo"?

Un poco de "doctrina". — Los siete años de economía planeada transcurridos desde 1926, y especialmente los cuatro años cumplidos del plan quinquenal, son llamados por los bolcheviques "la edificación del socialismo". En su concepto, la

transformación de un país agrario en país de gran industria, la extensión del capitalismo de Estado a toda la industria mecánica, la colectivización progresiva de la pequeña industria en cooperativas de producción, la socialización del mercado interior por las cooperativas de consumo, la de la producción agraria por las explotaciones directas del Estado y los *koljoses* y *kombinat* campesinos, la propiedad nacional del suelo, el monopolio del comercio exterior por el Estado, no son socialismo sino un complejo de *transición* hacia el socialismo.

La hipertrofia del Estado determinada por la asunción de todas las funciones de control y dirección de la producción y el intercambio, el propósito de extinguir todas las diferencias de clases y, con ello, las clases mismas, sustituidas por una masa solidaria de trabajadores libres; tal hipertrofia es acentuada en la Rusia Soviética no sólo por la industrialización a marchas forzadas sino por la extensión y el ahondamiento intensivo de la cultura entre las masas y su "educación socialista".

En el lenguaje bolchevique, el poder soviético expresa la dictadura del proletariado con el partido comunista como su vanguardia. Declaran esta dictadura una fase necesaria de transición hacia el socialismo.

Es una aplicación, a las condiciones rusas, de la teoría del "Manifiesto Comunista", cuya dialéctica es interpretada de otra manera por la socialdemocracia occidental y los socialdemócratas rusos que la siguen.

Lo fundamental de la concepción dialéctica marxista es la asunción del poder por el proletariado, para crear su propia organización estatal, que no detalla, tendiente a dirigir la política por una serie de medidas "dictatoriales", hacia la socialización de los medios de producción y de intercambio. La "dictadura del proletariado" sería el instrumento de la "expropiación de los expropiadores", como dice en *El Capital*. En el Manifiesto, Marx no afirma la necesidad de la violencia, aunque alude a ella. En su libro sobre "la revolución y la contrarrevolución en Francia" anota incidentalmente la previsión de "25 años de guerras civiles e internacionales" que habría que afrontar para llegar al triunfo definitivo del Socialismo. Engels, en el prefacio puesto al Manifiesto Comunista después de las primeras victorias electorales socialistas en Ale-

mania, declara que los armamentos modernos hacen imposibles las insurrecciones proletarias y el derecho de voto las hace innecesarias.

El Estado sería la máquina de coerción de la clase o clases dueñas del poder sobre las otras clases. Desaparecidas las diferencias de clases una vez que se haya llegado al período de la socialización integral, el Estado tendería a desaparecer, a medida que hiciera innecesaria su función coercitiva la desaparición de las luchas de clases por la extinción de estas mismas, o por su fusión en una sola clase.

Engels, en el *Anti-Dühring*, ha definido la evolución del Estado hacia el Socialismo como la sustitución del "gobierno de los hombres" por la "administración de las cosas".

La concepción dialéctica de la historia (cada cosa contiene o crea de sí misma su negación) consiste pues, sumariamente expresada, en que de la lucha de clases tiende a surgir la negación de las clases; del poder coercitivo de la dictadura, la desaparición del poder.

Juan B. Justo, concienzudo traductor de la primera parte de *El Capital*, que ha polemizado, con un tanto de trivialidad, contra la aplicación a la teoría histórica socialista del movimiento dialéctico de Hegel, expresa sin embargo en otra forma el mismo pensamiento central en el encabezamiento del capítulo sobre Política en su *Teoría y Práctica de la Historia*: "No aparece la fuerza sino a intervalos en la superficie de las relaciones humanas, pero siempre ha estado ella, en potencia, obligando a los hombres a cooperar. Detrás de los amos, de los terratenientes, de los mercaderes, de los empresarios, que han dirigido y dirigen la técnica y la economía, han estado y están los gobiernos, los hombres que dictan las leyes y obligan a los otros a cumplirlas. Relaciones políticas son esas relaciones de coerción, y actividad política es el ejercicio de esa coerción legal sobre otros hombres que deben someterse a ella". En otros capítulos de su obra desarrolla la evolución histórica hacia el socialismo como el camino de esa cooperación forzada hacia la "cooperación libre".

Lenin, en sus obras y en su acción, ha destacado la función del Estado como agente de la coerción de una clase social sobre las otras. Ha acentuado al mismo tiempo la teoría de la violencia, en contra del marxismo socialdemocrático de

tipo occidental. El "marxismo leninista" declara a la democracia una "ficción burguesa" para engañar y mantener oprimido al proletariado, y que ella no puede ser para éste el camino de la conquista del poder porque, aun cuando el proletariado políticamente organizado llegara a conquistar la mayoría electoral, las clases poseyentes no cederían el poder y se valdrían de todos los medios, incluso la violencia, para conservarlo en sus manos. El "Estado burgués", por ser una máquina sólo construída para la coerción de las clases desposeídas por las clases poseyentes, debe ser destruído por el proletariado, reemplazado por su propio aparato estatal, como único medio de conquistar y conservar el poder.

Contrariamente a este concepto, la socialdemocracia aspira a utilizar el Estado, tal como está constituído, como instrumento de la revolución social, transformándolo gradualmente en la medida en que ello fuere necesario, y se propone conquistar el poder político por los medios legales del sistema democrático, mientras éstos no sean suprimidos.

La oposición entre el bolchevismo y el socialismo democrático es por lo tanto fundamental en cuanto al método y la táctica, pero ella deriva de una oposición en el modo de concebir la historia. La finalidad a que uno y otro quieren llegar por tan diferentes caminos es la misma.

Lenin no podía prever otro aspecto del "movimiento dialéctico de la historia": *la evolución hacia el fascismo de las clases poseyentes en los países donde ellas han demostrado menor capacidad política y especialmente en los más agitados por la crisis.* El fascismo es la implantación de una *dictadura de los poseyentes*, apoyada en la pequeña burguesía y el *Lumpenproletariat* (los "rotos") mucho más violenta y demagógica que lo que Marx llamara "demagogia bonapartista", forma de gobierno, según él, predilecta de la pequeña burguesía (de la que forman parte en la Europa occidental los empleados, incluso en su afinidad política).

La violencia fascista, al destruir la democracia, hace imposible la lucha de clases pacífica y legalitaria; la polariza forzosamente en los dos extremos. Plantea así un dilema cuyo único otro término es la violencia de los oprimidos para libertarse de la violencia de los opresores. El fascismo aparece de tal manera ciegamente empeñado en dar la razón a la

interpretación leninista del marxismo contra su interpretación democrática, porque pretende imponerla por los hechos. Bajo el pretexto de "combatir el comunismo", la violencia fascista lo crea aun donde no existe, porque enrola en sus filas, por imposición de su "fatalidad histórica", a las clases obrera y campesina que se propone — no "liquidar" porque con ello ce- garía sus fuentes de existencia— sino someter en su provecho a esclavitud con otro nombre, como en la Italia de Mussolini.

Ha escrito Justo en su dedicatoria: "*La masa laboriosa y fecunda, sincera aún en el error, hasta en la rebelión santa... tiene en sus manos su propio porvenir, y, si no lo modela en conciencia, entrará con dolor en el molde que la ciega fatalidad le dé*".

El fascismo encarna en su forma más brutal la "ciega fatalidad", sólo posible cuando y donde "la masa laboriosa y fecunda" no ha sabido modelar, "en conciencia", su propio porvenir, y hasta ha llegado a renunciar a hacerlo cuando tenía virtualmente el poder en sus manos...

Las masas laboriosas de Rusia entraron con dolor en el molde que les dió la ciega fatalidad del zarismo y de la guerra mundial y civil. Están forjando un molde propio en la nueva organización económica, de la que quieren hacer instrumento de la dirección inteligente de su historia.

¿Un Termidor? — La hipertrofia del Estado Soviético inherente a sus múltiples funciones económico -sociales; el poder personal de Stalin —como el de cualquier otro que debiera tomar en sus manos la palanca central de la formidable máquina— ha inducido a algunos rusos emigrados a tomar por su cuenta el anuncio de Trotzky en su polémica, de que la Revolución Rusa era conducida por Stalin a un Termidor. Pero lo han hecho interpretándolo al revés.

Según Trotzky, la fase económico-política a que había llegado la NEP en 1925-26, con la formación de un neocapitalismo agrario y mercantil cuyo poder económico era punto de partida inevitable de una creciente influencia política, esa evolución que según él era favorecida por Stalin con fines de predominio personal, señalaba a éste como cabeza de un movimiento contrarrevolucionario de hecho, tendente al retorno del capitalismo privado como base de una dictadura de tipo bonapartista. En cambio, el grupo Stalin acusaba a Trotzky

de veleidades napoleónicas, sobre el prestigio que conservaba en el ejército rojo como su organizador y principal agente de la victoria contra los ejércitos blancos y las intervenciones de los aliados. Stalin ha atribuído luego la oposición trotskista a los modos de ver generados por la NEP en los intelectuales más afines, por sus actitudes mentales y sus costumbres, a la clase neocapitalista.

Contrariamente a estas interpretaciones de base económica, los emigrados rusos aludidos califican de "Termidor" el incremento del poder soviético en sí mismo como resultado de la economía planeada integral, y no discriminan entre el poder personal de Stalin y el impersonal de la organización. Es una interpretación realmente pueril sino, tendenciosa, y evidentemente antisocialista.

La realidad es que la economía planeada integral, el inmenso aparato técnicoeconómico, y la gigantesca conscripción de fuerzas morales de las masas sin la cual tan pesado aparato no podría moverse y hasta se derrumbaría por su propio peso, es todo lo contrario de un régimen de poder personal (sin negar que lo acuerda enorme, automáticamente, a quien lo encabece) y es todo lo más opuesto posible a una contrarrevolución tendente a reimplantar el capitalismo privado.

¿Es el socialismo? —No quiere ello decir, sin embargo, que el régimen actual pueda ser asimilado al socialismo. Es, en verdad, una "edificación del socialismo" si se prescinde del aspecto político de dictadura, más que de una clase, de una máquina de partido, lo que rechaza el socialismo democrático. Pero no puede negarse, sin demostrar la mayor ceguera, que es *socialismo en potencia*, de rasgos moldeados por las condiciones históricas de Rusia. Llegará a ser socialismo actual en la medida en que su obra cultural y de economía planeada pueda seguir la trayectoria que se le ha trazado, sin incurrir en nuevas violencias estériles.

Con todos sus errores, es una realización inmensa desde ahora, aun sin filosofar sobre las posibilidades más próximas. Inmensa sobre todo si se la compara con lo hecho por la socialdemocracia alemana cuando tuvo el poder en sus manos y, según uno de sus teóricos, se negó a aceptar la herencia del ca-

LA REVOLUCIÓN RUSA

pitalismo por considerarlo en quiebra, declarándose dispuesta a aceptarla una vez que el propio capitalismo la saneara.

De manera que cuando hablemos de "socialización", de "sector socializado" en Rusia, no entendamos sino lo virtual de su contenido actual, y no tomemos al pie de la letra a los economistas no socialistas que califican directamente como "socialismo" y hasta "comunismo" esas realizaciones, sobreentendiendo que así califican la *tendencia* que han comprobado.

Lo dicho, y las cifras de cómo se distribuyen los gastos en el plan financiero, demuestran el grueso equívoco de los que, por razones de polémica política, hablan de una oligarquía usufructuaria del mayor valor producido por el trabajo ruso. Como hecho accesoriamente demostrativo del error, basta tener presente que ningún afiliado comunista puede percibir un sueldo o salario superior a 300 rublos mensuales, y que son funcionarios la minoría de los afiliados.

Alguien se dirá acaso: ¿no han anunciado algunas agencias telegráficas que se está volviendo a la economía privada en la Unión Soviética, ante el fracaso de la economía colectiva?

En cada crisis se ha estado anunciando la bancarrota del régimen; así como Trotzky ha sido asesinado cada quince días de 1919 a 1921, y ha muerto otras tantas veces en una orgía; y esto ocurría cada vez que algún ejército blanco o algún invasor aliado sufría una derrota; así como veinte veces los campesinos sublevados han estado a las puertas de Moscú, y todo el continente soviético en plena descomposición...

Debemos pues concluir, basados en una ya larga experiencia histórica, que lo único que significan esas "noticias" es una de dos cosas: o bien que se prepara o se desea preparar una nueva intervención cuyo brazo armado sería ahora el imperia-lismo japonés o bien que se quiere ocultar a los trabajadores del mundo el triunfo ya asegurado del plan quinquenal.

La posibilidad de un retorno a la economía privada en las condiciones actuales ha sido juzgada por el profesor Hoover, en 1930, cuando la colectivización agraria era todavía un grueso interrogante para quienes la seguíamos desde lejos (por mi parte con no poco escepticismo).

He aquí sus palabras, tomadas de las páginas 327-28 de su libro:

“Después de la gran hambre de 1921 y la introducción de la Nueva Política Económica, fué usual decir que el comunismo había fracasado, y que debía esperarse el retorno de Rusia, sea por una violenta deposición del poder soviético, sea por una evolución gradual, a un sistema capitalista según el modelo del mundo occidental. De acuerdo con esta interpretación, la revolución rusa era prácticamente un duplicado, en tiempo y lugar diferentes, de la revolución francesa...”

“Los acontecimientos del año pasado, sin embargo, *han eliminado definitivamente (have definitely disposed of) toda posibilidad de que el sistema económico soviético pueda evolucionar hacia una forma semicapitalista.* La casi completa destrucción de la propiedad privada, la aniquilación de los Nepmans y su comercio, la nacionalización efectiva de la tierra, la “liquidación de los *kulaki* como clase”, han conducido a la proximidad del espesor de un cabello la realización del comunismo completo.”

Hoover, como hombre de ciencia, sólo tiene en cuenta en la frase citada el hecho y la tendencia fundamentales, sin interesar a sus propósitos la discusión teórica y política sobre lo que pueda entenderse por socialismo y por comunismo.

Tampoco significa esta cita la afirmación de que haya desaparecido ya definitivamente en Rusia el mercado en el sentido de la economía individualista.

Subsistencia del “mercado negro”. — Los hechos y las estadísticas enunciados en las conferencias anteriores indican que el mercado libre privado ha quedado reducido a una proporción ínfima en el total de la distribución en la Unión Soviética. El mercado libre reconocido legalmente deriva del derecho de venta de los campesinos y pequeños artesanos de sus excedentes de productos. Este mercado libre, aunque pequeño en el conjunto, tiene importancia en las aldeas y en las zonas más alejadas de los grandes centros. Su base es la *relación* directa del productor individual o colectivo y el consumidor individual. Debe hacerse esta diferenciación, porque las cooperativas significan también una relación directa del productor al consumidor, pero este último es en su respectivo *colectivo y no individual.*

Las estadísticas no pueden registrar otro mercado: el clandestino formado por los que pretenden seguir actuando

como intermediarios privados entre el productor y el consumidor.

¿Cómo es posible la subsistencia de esos intermediarios privados con una gran organización de cooperativas?

Ello se explica por dos razones. Hemos hecho notar ya las deficiencias de la organización distribuidora de las cooperativas, consistente no sólo en su escasez relativa, sino en las dificultades resultantes de la insuficiencia de los medios de transporte y de los diferentes cuerpos burocráticos que son los eslabones entre la producción y la organización distribuidora.

Además, la escasez es un permanente estímulo a las maniobras de acaparamiento de medios de subsistencia. Mientras las cooperativas no dispongan en abundancia de los productos de primera necesidad y, a causa de ello, éstos puedan venderse en el mercado libre a precios varias veces superiores, existe la tendencia permanente en los productores, — y en los propios funcionarios, — de negociar esos productos para conseguir venderlos en el mercado libre con la enorme ganancia consiguiente.

Mientras haya productos deficitarios, tiende a subsistir el "mercado negro" de los mismos. Durante el comunismo de guerra, el mercado negro formado por los "hombres de bolsa" salvó muchas veces la situación de los habitantes de las ciudades, cuando fallaba el sistema distribuidor de la comisaría de subsistencias. De igual manera, la "bolsa negra" es una operación conocida en todos los países cuando sus respectivos gobiernos pretenden limitar con una acción artificial la libertad de intercambio de determinados valores con el objeto de rebajar o elevar artificialmente sus precios.

Tenemos ante la vista un ejemplo en la Argentina en el mercado de divisas extranjeras. Mientras el gobierno tiene fijado por intermedio de la comisión de control de los cambios el dólar a 3.88, quien lo necesite en cantidades superiores a las autorizadas por esta comisión debe pagarlo en las agencias de cambio a cerca de \$ 5.—. La libra esterlina (oro) se cotiza en ellas a más de \$ 20.—.

En Francia, cuyo gobierno intentó trabar las importaciones rusas con medidas que resultaron contraproducentes, y de consecuencias desastrosas para los exportadores franceses a la Unión Soviética, existe una "bolsa negra" de los créditos

soviéticos que toman los industriales, como la describe Knickerbocker en su libro sobre el comercio soviético. Semejante "bolsa negra" no existe, en cambio, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Italia, donde los respectivos gobiernos garantizan hasta el 75 por ciento de los créditos otorgados por los productores locales a las entidades importadoras del gobierno soviético.

En los Estados fronterizos de la Unión Soviética la "bolsa negra" del rublo es consecuencia de la prohibición de importarlo o exportarlo, resuelto por su gobierno como medida de defensa contra las maniobras bajistas que debe temer con razón. De igual manera existe el "mercado negro" de los que, a favor de la escasez de determinados productos, los substraen para revenderlos a más altos precios.

Es el mismo "mercado negro" que durante la guerra enriqueció a los *pescicani* en Italia y los *Schieber* en Alemania. En la situación de la Unión Soviética, tiene la agravante de que las maniobras ilegales implican, en unos casos, el robo directo de productos, y en otros la sustracción de ellos a su circulación en la forma normal que no ofrece dificultades. Los funcionarios oficiales o de las cooperativas sorprendidos en el delito, como ladrones de valores sociales, son tratados con máxima severidad. Muchos de ellos han sido fusilados en el último año por asimilarse su delito al de "contrarrevolución". Los que sin robar esos valores los distraen de su circulación normal en provecho propio incurrirían en la represión máxima del código penal, que es la prisión de 1 a 10 años que se aplica a los homicidas que no sean delincuentes políticos.

Tal es por lo menos lo que informa el servicio telegráfico al enviarse a la imprenta este trabajo. Es verosímil, dada la situación de escasez creada por la mala cosecha del año pasado. Lo gracioso es que el mismo diario que había anunciado pocas semanas antes con júbilo el retorno de la Unión Soviética a la economía privada, al mercado libre, se manifestara a tan corto tiempo horrorizado de que se reprimiera el "mercado negro".

Es harto dudoso que estas medidas de represión puedan tener resultado positivo, así como nunca lo ha tenido la pena de muerte para los homicidas.

Elas demuestran que la "edificación del socialismo" en la Unión Soviética es un proceso largo, y que no puede sobreponerse a las realidades económicas de las circunstancias del momento.

Conclusión. — Esto coincide con una deducción de Klaus Mehnert al final de su libro en la página 261, que hago mía como conclusión de este capítulo:

"Sólo el presente que está ante todos los ojos puede ser descrito; todo lo demás son hipótesis personales sin fundamento. Sin embargo, estoy convencido de que la verdadera prueba del bolchevismo se producirá sólo después de terminar el período de construcción; que sólo cuando haya disuelto la atmósfera de lucha y de escasez, de fortaleza sitiada, del "alcanzar y sobrepasar", de la construcción de casas, serán reconocibles el modo de ser y las posibilidades del socialismo".

ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG
(CURSO 1932)

III

LEYENDAS Y RELATOS

Cuando después de "Nos enfants" y "Abeille" se leen las leyendas y relatos contenidos en "Le Puits de Sainte Claire", en "L'étui de Nacre" y en "Clío", el paso de unos libros a otros no sorprende. En cambio, si en seguida de "Fanchon" y "À travers champs" se lee, por ejemplo, "Les dieux ont soif" ocurre a muchos hacerse esta pregunta: ¿no son Frances distintos los que han escrito unas y otras obras? Y ¿cuál es el verdadero?

Algunos atribuyen la diferencia a las distintas épocas en que France escribió sus libros. Esta afirmación no da en lo justo, puesto que hacia los 40 años France era ya el mismo estilista y el mismo agudo pensador de los días de su jubileo; — y "Abeille" y "Nos enfants" proceden de aquellos años. Además, France no empezó a leer a los 40 años: su rica cultura y su fino gusto comienzan a formarse en los años tempranos de su adolescencia. France no ha sido de aquellos que han llevado escondido durante largos años el fuego de la inspiración que un día ha de manifestarse con fuerza. Otros lecto-

res, mas avisados, entroncan lo que ellos llaman la evolución o el cambio de France en sus relaciones con Mme. de Caillavet. No voy a reeditar todo lo que el año pasado dije a este respecto, aunque me refería al caso especial de la colaboración de Mme. de Caillavet en la obra de France. Es natural que cualquier persona a quien estimamos ejerce influencia sobre nuestros hábitos, obligándonos — sin resistencia por nuestra parte — hasta hacer ocupar nuestra atención en vidas y hechos que hubiéramos dejado de lado.

No. Las diversas notas que se escuchan en las obras de France no provienen de distintos pianos. Es también un solo ejecutante el que armoniza sonidos; a veces, hay otro que le acompaña. Es cuando se necesita trabajar a cuatro manos. Cuando una quinta mano es necesaria para dar vuelta la hoja, Brousson la pone: es la coma, el acento, el dato. Pero Brousson se envanece con su tarea. Se cree un France, o superior a France. Cuando éste muera publicará un par de libros para demostrarlo. Tratará de exhibir en ellos un France tacaño, libidinoso, fonográfico, zurciendo con hilos prestados los agujeros de su inteligencia. El, Brousson, será la víctima, el pobre secretario explotado, despedido, él, que ha llevado de un lado a otro durante ocho años a "Jeanne d'Arc" en una bolsa repleta de anotaciones. ¡Oh! el mundo sabrá la verdad que él lleva escondida en su pecho prudente desde 1908, o antes, hasta 1924. Durante 16 años Brousson ha sido tan bueno que no ha querido disgustar al maestro echando gotas de hiel en su desayuno. No ha querido disgustarlo y tampoco ha querido arriesgar un éxito seguro de librería anticipándose a la muerte de aquél a quien iba a deber su popularidad. Brousson conocía también esas dos fieles diosas que guardaban el sueño de France: la Ironía y la Piedad. Brousson tenía miedo de su bondad terrible. Su alma de sacristán se estremecía y no se atrevía a echar a vuelo las campanas.

He leído los dos libros de Brousson sobre France: son interesantes, ingeniosos. Ha querido Brousson sorprendernos con un France en paños menores, por si acaso creíamos que el Dios France estaba revestido de alas y plumas y que su vida ordinaria era un poema cálido y brillante como algunas páginas de "Thaïs". Pero Brousson se ha quedado corto; mejor dicho, ha errado el camino. Cuando él se tomaba el productivo tra-

bajo de arrastrar a France a la calle en zapatillas, France se había desnudado del todo en sus libros. Y Brousson no lo había visto. Brousson ha creído que el France eligiendo postales pecaminosas, por ejemplo, era el único, el legítimo France. Si en lugar de creerlo ha querido explotar la credulidad de otros, entonces ha sido un miserable. Y dan tentaciones de creerlo.

No, hay, pues, ninguna obra de France que lo caracterice con exclusión de otras: "Les désirs de Jean Servien" puede considerarse, sin exageración, como una autobiografía, salvo lo concerniente a los detalles escénicos; sin embargo, no revela a un France más legítimo que el de "Les opinions de M. Jérôme Coignard". Es que todos sus libros son distintos aspectos de su rica personalidad. Predomina en unos el escepticismo; en otros, la ironía; en aquellos, la ternura y el ensueño. Pero ninguno por sí solo vale todo France. Si decimos después de leer tal o cual libro: éste sí que es el France verdadero, es porque así como se nos presenta está más cerca de nuestro pensamiento y lo sentimos con más viveza. No quiero decir con esto que no haya notas que estén dadas en France con más frecuencia que otras, lo que puede determinar un juicio sobre su obra; ni que no haya otras, a las que pocos prestan atención, y que no obstante revelan la dirección natural de su mirada.

El estudio de France a través de su obra es el más seguro guía para llegar hasta él. De otros autores, posiblemente, será necesario reunir más antecedentes que los de sus libros para conocerlos: habrá que indagar lo que con alguna jactancia llaman algunos biógrafos; el hombre; habrá que estudiar el medio en que actuó, los desengaños sufridos, la escuela, la mujer y los hijos que tuvo, su miseria o su riqueza, sus amistades, su régimen alimenticio, sus deudas, sus neurosis, el funcionamiento de sus glándulas, para ir después de ese rodeo a la obra misma, la que se nos presenta entonces como un complicado producto de laboratorio. ¡Hemos comprendido, al fin, la obra, el hombre, la sociedad en que él vivió y en la que aquella se produjo! El ejercicio es interesante. Se ha hecho un poco de historia, de literatura médica, de sociología. El autor del estudio puede sentirse, quizás, orgulloso de su honesta tarea. El no ha omitido detalle y todo está debidamente ajustado a la verdad. ("La verdad en el arte

—dice France— se llama poesía”). El procedimiento no es desdeñable. Vale para aquellos que pusieron en sus vidas la obra que no llegaron a escribir. Pero no vale para los que como France están del todo en sus obras. Cuando France une su voz para defender la justicia a través de la inocencia de Dreyfus parecen revivir en él dos pequeños cuentos salidos de su pluma veinte años antes: Fanchon, apenada por la injusticia, y “L'ècurie de Roger”, a quien France aconsejaba montar dos corceles en su viaje por el mundo: uno, el coraje, el otro, la bondad. Siempre que France se ha acercado a la multitud ha sido para llevar hasta ella algo de sí mismo, no para acomodar sus palabras a los pasos de aquella. Por eso que sus alocuciones tienen todas el mismo tono, el mismo espíritu; no hay en ellas nada de improvisado; sus libros ya lo han dicho o lo dirán más tarde. Lee, con su voz sin brillo, sin énfasis, sin arrebatos. Y sus palabras llegan al corazón de las multitudes porque salen del corazón mismo de France. El no es político, él no sube a la tribuna para hablar según la temperatura del ambiente. No es, tampoco, el apóstol que predica para imponer su credo. El tiene un instintivo horror a los apóstoles. Y sabe que puede confiarse más en la clemencia del tiempo que en la de los hombres.

Cuando abandona a la multitud, y se recoge en Villa Saïd ningún cambio ha sufrido él. De ninguna falsa afirmación tiene que desprenderse. En lugar de soñar sentado en su butaca, ha soñado en público. Eso es todo. Podría, así, sin violencias, sin disimular su pensamiento ni mudarlo, volver a escalar la ruta salvaje del Monte Oliveto para escuchar de labios de Padre Adone Doni los hermosos relatos que componen “Le puits de Sainte Claire”. Son las vidas simples y llenas de candor las que lo atraen. El Franciscano Adone Doni, “encanecido en el estudio, guardaba el humor riente y fácil de un ignorante”. “Yo gustaba — dice France — su hablar suave, su bello lenguaje, su pensamiento docto e ingenuo, su aire de viejo Sileno purificado por las aguas bautismales, su instinto de mímica cumplida, el juego de sus pasiones vivas y finas, el genio extraño y encantador del cual estaba poseído... Rarezas de pensamiento y de humor lo habían separado del mundo y arrojado en la soledad... Tenía riqueza de espíritu. Le faltaba solamente el sentido de lo

común y de lo ordinario. Vivía en las imágenes del pasado y en el sueño del porvenir. La noción de los tiempos presentes le era absolutamente extraña. Despreciaba demasiado la razón humana. . . . El gobierno de los Estados le parecía una enorme bufonada de la cual reía sin ruido, decentemente, como hombre de gusto. Los jueces civiles y criminales le asombraban un poco. Miraba los militares con una indulgencia filósófica. No tardé en descubrir en él contradicciones flagrantes. . . . El Reverendo Padre Adone Doni era un dulce soñador" (1).

Así nos lo muestra France, con tal gusto y cariño que, por momentos, da la impresión de que está hablando de sí mismo.

De los cuentos que sobre la ruta del Monte Oliveto, junto al pozo llamado de Sainte Claire, hizo el Padre Adone Doni a France, el más bello, el más profundo de todos es "L'humaine tragédie"

Fray Giovanni, de la orden de San Francisco, habita en una santa casa de la Villa de Viterbo, profesando la pobreza. Vive humilde y olvidado, ignorante y simple. Teme obrar porque el esfuerzo es doloroso y vano. Teme pensar porque el pensamiento es malo. Es humilde, sabiendo que el hombre no tiene nada en propiedad de lo que pueda gloriificarse, y que la soberbia endurece los corazones.

Viendo que Fray Giovanni tiene costumbre de despojarse de sus ropas para dárselas a los pobres, el guardián del convento se lo prohíbe en nombre de la santa obediencia. Fray Giovanni, un día, camino del convento, ruega a un pobre que le pide limosna que le arrebatase su ropa ya que el guardián le ha prohibido cortarla en dos para darle la mitad. Y Fray Giovanni continúa su camino, desnudo, bajo la lluvia de nieve.

Al llegar la noche golpea la puerta del convento. Y entra, ensangrentado y manchado de fango. Sonriente, dice:

—Un ladrón bienhechor ha tomado mi ropa y los niños me han juzgado digno de jugar con ellos.

Pero los hermanos se indignan porque él ha osado atravesar la ciudad en un estado tan poco honorable.

(1) "Le puits de Sainte Claire" p. 7, 8.

—No teme — dicen ellos. — exponer a las risas y a la vergüenza la santa orden de San Francisco. Merece un muy rudo castigo.

La Asamblea de Hermanos se reúne. Fray Giovanni está de rodillas en medio de todos. Unos quieren que sea puesto en prisión o suspendido en una jaula en el campanario de la iglesia. Otros, que se le encadene como a un loco.

Pero la luz se hace en el espíritu del general de la Orden. El descubre en las obras de Fray Giovanni una celeste simplicidad.

La ley se quiebra. Fray Giovanni está a salvo.

Otra vez, Fray Giovanni reza arrodillado delante del altar bajo el cual San Francisco reposa en una artesa de piedra. Mientras que medita, el sacristán viene a pedirle que cuide la iglesia. Fray Giovanni lo promete y continúa su meditación. Una pobre mujer entra y pide una limosna por el amor de Dios.

—No tengo nada, responde Fray Giovanni — pero el altar está cargado de ornamentos.

Corta con su cuchillo todas las campanillas de plata de una lámpara de oro y se las dá, diciéndole:

—He aquí campanas que no son sino vanos ornamentos. El verdadero adorno de este altar es el cuerpo de San Francisco que reposa desnudo bajo la losa, con una piedra por almohada.

Y Fray Giovanni es censurado en la tierra por los hombres apegados a las riquezas. Pero es encontrado digno de alabanzas a la mirada de la bondad divina.

La vida simple y llena de candor de Fray Giovanni sufre una duda: ¿puede un ignorante amar a Dios con tanto amor como un sabio?

El hermano Buenaventura, el Doctor Seráfico, General de la Orden, lo tranquiliza. Colmado de alegría, Fray Giovanni clama a los que pasan:

—Mujeres pobres, simples e ignorantes: vosotras seréis colocadas en el cielo bien por arriba del hermano Buenaventura.

Y el hermano Buenaventura al escuchar el discurso de Fray Giovanni sonríe, entre los lirios del jardín.

¡Bello fragmento éste de "L'humaine tragédie". Sabo-

reándolo, llegamos sin esfuerzo a la raíz de la ironía de France. El hermano Buenaventura sonriendo ante el discurso ingenuo de Fray Giovanni, discurso lleno de admirable fervor, es France contemplando las esperanzas del hombre con sus ojos llenos de bondad y sus labios sonrientes de ironía. La ironía tiene en France un significado especial que no podemos descifrar con ayuda del diccionario, ni comparándola con la burla irónica, ni con la ironía sarcástica, ni con la moral pintada de ironía que hallamos en muchos otros. La ironía de France no es la sentencia del pensador ante el espectáculo del mundo. France no condena: absuelve. No lo hace inspirado en la mediocre fórmula de "errar es humano". No es afecto a escuchar las voces de las inspiraciones. El sabe que a las voces que brotaban del bello corazón de Juana de Arco, voces divinas, se mezclaban otras, astutas e interesadas. Y Juana creía de buena fe que todas provenían del cielo. Si France se hubiese inspirado en principios, si hubiese tomado de su mano alguna ley para justificar su ironía, la riqueza abundante de su obra sería el arma moderna más terrible que el hombre que medita tendría a su alcance para volver contra sí mismo. Tal es la suma de miserias que halla a su paso. Pero de la lectura de su obra no sale acongojado el espíritu sino sonriente. Y sin embargo, hay en ella páginas escritas con la misma cálida desolación que es la nota honda de la "Imitación de Cristo" y del "Eclesiastés". Sólo que France no se inspiró ni en la amargura del placer, ni en el amor, sino en la bondad. *La bondad es, pues, en France la verdadera savia de su ironía.* Por eso es que siente una viva simpatía por el alma simple y candorosa de Fray Giovanni. Fray Giovanni hace el bien con alegría, sin reclamos, sin sentencias.

Yendo Fray Giovanni cierta vez al hospital de Viterbo a cuidar a los leprosos dice a uno de ellos, llamado Lúcido:

—Amigo Lúcido, amado cordero del señor: mientras que aquí se respira la peste, nosotros aspiramos, en los jardines de Santa María de los Angeles, el perfume de las flores.

Venid conmigo a la casa de los hermanitos. Veréis y gustaréis allí el bello cielo y seréis consolado.

Cuando llegan a la puerta del convento y el guardián ve la cara lívida del leproso, rechaza a ambos.

Fray Giovanni baja la cabeza y solicita del guardián permiso para quedar fuera y participar su comida con el leproso. Y mientras que ellos comen, el guardián viene a acompañarlos y dice:

—Fray Giovanni, perdonadme el haberos ofendido. Vengo a participar vuestra comida.

El cariño con que France ha escrito este fragmento de la vida de Fray Giovanni, aclara un punto importante del pensamiento de France acerca del cristianismo. Si en "Les noces Corinthiennes" al afirmar su amor a la luz y a la belleza debía considerar en ese plano a Jesús como "el espectro que viene a turbar la fiesta de la vida", (2) en "L'humaine tragedie" le seduce este abatimiento de la soberbia y de la impiedad. ¡Pero cuidado! No quiero lanzar con esto la buena nueva para el mundo católico de que bajo su clásica robe de chambre France llevaba un hábito de Franciscano. No. Tranquilícense sus compañeros socialistas. France no creía que la felicidad fuera posible en ninguno de los mundos. Porque lo comprendía es que se acercaba: tanto al hombre inflamado por la esperanza de un porvenir mejor, como al ingenuo que creía en la perfección. France no se acerca al leproso en "L'humaine tragedie", pues no tiene espíritu caritativo. A quien se acerca es al hermano guardián, y sobre todo a Fray Giovanni. A France no le interesan las miserias del cuerpo sino la grandeza de las almas. Y esa grandeza de alma, que el sufrimiento casi siempre realiza, es lo que acerca a France al cristianismo.

Claro está que, llegado el momento, habría que depurar previamente la realidad y el concepto, pues dentro de los valores actuales sería imposible negar que, por ejemplo, Rockefeller o el Juez Thayer tienen espíritu cristiano.

Cierto día, Fray Giovanni pasando por una montaña de la cual algunos hombres sacaban piedras, escucha de labios de uno de ellos el relato de sus miserias. El cantero le interroga:

—Monje, ¿qué vez allí alto sobre la colina?

—Hermano, veo los muros de la ciudad.

—¿Y más alto?

—Veo los techos de las casas que dominan las murallas.

—¿Y más alto?

(2) II Parte Scena IX.

—Las cimas de los pinos, las cúpulas de las iglesias y los campaniles.

—¿Y más alto, aún?

—Veo una torre que domina todas las otras, coronada de almenas. Es la torre del Podestá.

—Monje ¿qué ves sobre las almenas de esa torre?

—Hermano mío, sobre las almenas de esa torre no veo nada más que el cielo.

—Yo, dice el cantero, veo sobre esa torre una figura horrorosa y gigante que esgrime una maza, y sobre esta maza veo escrito: Iniquidad. Y la iniquidad está elevada sobre los ciudadanos sobre la torre de los magistrados y de las leyes.

Fray Giovanni le habla, entonces, del buen San Francisco que ha dejado sobre la tierra una fuente de consolación en la que todos los hombres pueden refrescarse. De sus propias manos San Francisco construyó la casa consagrada a la memoria de San Damián. "El trabajo será alegre cuando no sea pagado. El oro inícuo es el único que hace la desigualdad en los repartos".

Al oírlo, el miserable cantero piensa:

—Este hombre vestido de un sudario ceñido con una cuerda dice cosas nuevas. Yo no veré el fin de mis miserias y he de morir de fatiga y de hambre. Pero moriré feliz, puesto que mis ojos, antes de apagarse, habrán visto el alba del día de la justicia". (3).

¡Hermoso sueño del hombre ! Pero es posible que ese alba sea la última que contemple la humanidad. Es nuestro secreto temor y por eso la aguardamos con impaciencia.

El alma simple y cándida de Fray Giovanni ha de irritar pronto la hipocresía y la soberbia de los dueños de las ciudades.

Una cofradía de sesenta ancianos amasa en Viterbo honores y riquezas y profesa la virtud. Son los "Amigos del bien". Tratan de persuadir a los pobres de que hagan el bien a fin de que ningún cambio sobrevenga en la ciudad. Y todos los meses otorgan recompensas. Felicitan a los sirvientes que han servido a sus dueños sin recibir salario y celebran a los ancianos que no teniendo pan no lo han pedido. Y la multitud los aplaude.

Pero cierta vez, en una sesión pública de las que los "Amigos del Bien" realizan para premiar la virtud, Fray Giovanni tiene la osadía de preguntar en alta voz:

—¿Qué es el bien?

Descubierto entre la multitud, Fray Giovanni recibe los ultrajes de ésta y los escabeles que se rompen en su cabeza.

Pero el decano de los "Amigos del Bien" impone calma. Quiere confundir a Fray Giovanni. "El conocimiento del bien — dice — lo tienen en sí mismos los hombres virtuosos. Los buenos ciudadanos llevan en sí el respeto a las leyes. Aprueban lo que ha sido hecho en la ciudad para asegurar a cada uno el goce de las riquezas adquiridas. Sostienen el orden establecido y se arman para defenderlo. Porque el deber de los pobres es defender el bien de los ricos. Es así que se mantiene la unión de los ciudadanos. Y esto es el bien. . . Eso es lo que debe aprender ese hombre ignorante y grosero". (4).

Parece, en verdad, una escena de nuestros días. Quizás se razone hoy con mayor sutileza, pero la verdad es la misma, la claridad, idéntica.

Pero Fray Giovanni proclama las palabras saludables. El bien no está en el hombre, puesto que el hombre ignora qué es lo bueno, cuál es su naturaleza y su destino. El bien es hacer la voluntad de Dios. Las leyes del hombre participan de su malicia y de su imbecilidad.

Y Fray Giovanni es conducido a la prisión por haber hablado en contra de las leyes de la ciudad y es encadenado a un grueso pilar. Dos hombres están sumergidos con él en las tinieblas. Los dos han conocido y proclamado la injusticia de las leyes. Uno quiso abatir la República por la fuerza. Cometería muertes ejemplares y pensó purificar la ciudad por el hierro y el fuego. El otro esperaba cambiar los corazones: había empleado discursos persuasivos. Inventor de leyes sabias, confiaba en la belleza de su genio y en la inocencia de sus costumbres para imponerlas a sus conciudadanos.

Este último le dice a Fray Giovanni:

—Hermano, si alguna vez somos puestos en libertad, puesto que tú piensas como yo, me ayudarás a persuadir a los ciudadanos que deben establecer sobre ellos el imperio de las leyes justas.

(4) p. 167, 168.

Y Fray Giovanni le responde:

—¿Qué importa que la justicia esté en las leyes si no lo está en los corazones? Y si los corazones son injuriosos ¿de qué servirá que la igualdad reine en la ley? No digáis nunca: “Estableceremos leyes justas y daremos a cada uno lo que le es debido”. Pues ninguno es justo y no sabemos lo que conviene a los hombres. Ignoramos igualmente lo que es bueno y lo que es malo. Cada vez que los príncipes del pueblo y los jefes de la República han amado la justicia, han hecho perecer muchos hombres. . . . Mientras los hombres queden avaros y crueles, volverán crueles las leyes más dulces y despojarán a sus hermanos con palabras de amor. . . . No opongáis las leyes a las leyes. . . . todo lo que está escrito sobre las tablas de la ley lo está en letras de sangre”.

El prisionero que había cometido muertes ejemplares y preparado la ruina saludable de la ciudad, aprueba las palabras de Fray Giovanni. “Hay que destruir a la ley por la violencia y obligar a los ciudadanos a vivir en seguida en una bienaventurada libertad” — dice—

Fray Giovanni lo rechaza. “La violencia crea la violencia — dice —. Hay que guardarse de querer la misma felicidad pública con demasiada fuerza y aspereza, de temor que se deslice alguna crueldad en el deseo. . . . No es con el cuchillo en la mano que hay que convidar a nuestros hermanos al banquete de la justicia y de la mansedumbre. La mesa donde todo el mundo recibirá su parte es necesario levantarla sobre el campo de Marte por la virtud de la gracia y de la buena voluntad. . . . No castigemos los malos por temor de volvernos semejantes a ellos. (5).

En esta escena de la prisión está resumido el drama sin solución de la vida social y de la naturaleza misma del hombre. Toca al arduo problema del obrar y el pensar en relación a la conducta. Los tres prisioneros sumergidos en las tinieblas son tres fragmentos de nuestro propio espíritu. ¿Quién no ha confiado alguna vez en el poder transformador de las leyes, en la eficacia de la violencia, o en el milagro del amor? Y cuando del deseo se pasa a la experiencia ¿quién puede negar que el alma humana es un abismo de horrores? La bienaventuranza reservada a los inocentes no es un artificio de las

religiones: es el gran suspiro de alivio del pensamiento atormentado.

Conducido ante los jueces, Fray Giovanni proclama que no hay buenos ni malos entre los hombres. Todos son desgraciados. "Invocando la justicia — dice a sus jueces — juráis en vano, porque no hay justicia entre los hombres".

Para no temer nada es necesario ser dulce, tener el alma simple y el corazón puro.

Vuelto a su prisión, mientras Fray Giovanni medita en ser mártir de la verdad y morir por ella, recibe la visita de Satán. La hora angustiosa de la duda suena para Fray Giovanni. El gran contradictor llena de confusión su espíritu. ¿Cómo es la verdad?

¡Mágico remedio para los fanatismos!

Conducido de nuevo ante los Jueces, Fray Giovanni es condenado a muerte bajo la acusación de haber fraguado, con sus dos compañeros de celda, un complot contra el orden establecido. Un insigne doctor que se encuentra entre los jueces demuestra a Fray Giovanni por qué debe estar él contento de ser estrangulado por la justicia. Los hombres sin justicia son como bestias salvajes, mientras que por ella se manifiesta su nobleza y su dignidad.

En la madrugada de la ejecución, Satán vuelve a penetrar en la celda. El deseo de ser mártir se ha disipado en Fray Giovanni. Quiere respirar el día bajo los pinos de las montañas. Satán lo libera.

Fuera ya de la prisión, Fray Giovanni pregunta:

—¿Quién eres, tú que envías sueños a los hombres y libertas prisioneros? Tienes la belleza de una mujer y la fuerza de un hombre. Te admiro y no puedo amarte.

Satán le responde:

—Me amarás desde que te haya hecho daño. Los hombres no pueden amar sino a aquellos que les hacen sufrir. No hay amor sino en el dolor.

La inquietud estremece el alma y la carne de Fray Giovanni. No conocía el pensamiento y Satán se lo ha dado. No conocía la incertidumbre. Ahora, es desgraciado. Y contemplando a su compañero, bello como el día y la noche, le dice:

—Es por tí que sufro. Te amo porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, el esplendor y la cruel-

dad de las cosas, porque eres el deseo y el pensamiento . . . Se, veo, siento, deseo, sufro. Te amo por todo el mal que me has hecho. Te amo porque me has perdido.

E, inclinándose sobre la espalda del angel — dice France al final de "L'humaine tragedie" — Fray Giovanni llora.

Menos sombría pero tan amarga es la íntima experiencia de France. El pensamiento es nocivo por lo que corroe y lo que atormenta. Pero es la única fuente de belleza que posee el hombre. Sufrimiento y amor, a la vez. La desolación nos espera, ineludiblemente, al fin de cada uno de nuestros caminos. Pero el esfuerzo en recorrerlo, formarlo, embellecerlo nos hace adorable el pensamiento que lo dirige. Y el hombre no puede renunciar a ello. Aun en la más atormentada de nuestras horas, sólo un momentáneo olvido de cómo vivimos puede inducirnos a renunciar a todo por la paz de la ignorancia. En cuanto despertamos, nuestra cabeza se inclina como la de Fray Giovanni sobre la espalda del contradictor. Goza y se desespera. Compréndase bien cuál es la atracción que ejercen sobre France las almas simples y llenas de candor. Si se mantuvieran tales, si no fuera posible en ellas otra cosa, si la esterilidad fuera el secreto de su inocencia, France no se hubiera acercado con humana simpatía a ellas. Si añoramos la simplicidad es porque el abismo humano nos atrae, abismo que bordea sin sospecharlo el alma inocente que puede sepultarse en él. Tal ascendiente tiene en el hombre lo voluptuoso. Las lágrimas de Fray Giovanni son de dolor y goce, a la vez. Es "la voluptuosidad de perderse" de que habla France en "Les dèsires de Jean Servien".

Con ser "L'humaine tragedie" un relato escuchado y repetido por France, el sello personal de éste, que es su real valor de originalidad, se nota de inmediato. France tuvo una gran simpatía a San Francisco, a cuya orden perteneció Fray Giovanni. En "Les opinions de M. Jèrôme Coignard" define a éste como al más sabio de los moralistas, mezcla maravillosa de Epicuro y de San Francisco de Asís. Ambos son — dice — "en mi sentir, los dos mejores amigos que la humanidad sufriente ha encontrado en su marcha desorientada. Epicuro libertó las almas de vanos terrores y las instruyó a proporcionar la idea de la felicidad a su miserable naturaleza y a sus débiles fuerzas. El buen San Francisco, más tierno y más

sensual, las condujo a la felicidad por el sueño interior, y quiso que a su ejemplo las almas se expandieran con alegría en los abismos de una encantada soledad. Fueron buenos los dos: uno en destruir las ilusiones engañosas, el otro en crear ilusiones de las que uno no se despierta más". (6).

El poder de reflexión que había en France, y que es la cuna de su legendario escepticismo, le impidió soñar hasta el límite de la ilusión. Su gusto por lo maravilloso, de que dió tantas pruebas, no fué otra cosa que un afán de sueño contenido.

* * *

Hojeemos un momento, ahora, "L'ètui de nacre", otro de los libros de leyendas y relatos de France. Allí está "Le jongleur de Notre-Dame", el más difundido de todos. Alma simple y llena también de candor la del juglar Bernabé, que abrazó el estado monástico deseoso de poder todos los días rezar el oficio a la Virgen a quien él tenía una especial devoción. Ingresado en el convento, Bernabé se lamenta pronto de que su ignorancia le impida loar a la Virgen con el arte de sus otros hermanos que escriben, pintan, tallan. Y no sabiendo de qué mejor modo honrarla, lo hace con su propio arte de juglar: delante del altar de la Virgen con la cabeza hacia abajo y los pies en el aire, juega con sus seis bolas de cobre y sus doce cuchillos. Y la Virgen desciende las gradas del altar para enjugar el sudor que brota de la frente de su titiritero.

No celebra aquí France la recompensa a las almas inocentes, sino la belleza de los espíritus llenos de candor.

"Le procureur de Judée", otro de los relatos, muestra lo que los acontecimientos del pasado deben a los siglos posteriores y que la fisonomía y esencia de aquellos es un trabajo lento y prodigioso que no nace con el hecho mismo que se celebra.

Poncio Pilatos, anciano y retirado de los negocios públicos, se encuentra un día con Aelius Lamia, a quien conoció en Siria, en los días lejanos en que aquél era procurador de Judea. Largamente conversan de los más importantes hechos

(6) Prefacio, p. 7.

de su gobierno: del Imperio romano, de los judíos, de los samaritanos, de todas las luchas sufridas.

—“Frente a los dioses inmortales — dice Pilatos — juro no haber ofendido una sola vez, en mi gobierno, la justicia y las leyes. Pero soy viejo. Mis enemigos y mis delatores han muerto. Moriré sin haber sido vengado. ¿Quién defenderá mi memoria?

Gime y se calla. Su amigo Lamia le responde:

—Es sabio el no poner ni temor ni esperanza en el porvenir incierto. ¿Qué importa lo que pensarán de nosotros los hombres? No tenemos otros testigos ni otros jueces que nosotros mismos. Tranquilízate, Poncio Pilatos, con el testimonio que tú mismo te das de tu virtud. Conténtate de la propia estima y de la de tus amigos. Por lo demás, no se gobierna a los hombres únicamente por la dulzura. Esta caridad del género humano que aconseja la filosofía tiene poca parte en las acciones de los hombres públicos”. La conversación de Lamia y de Pilatos trae enseguida a nuestra memoria la condena de Jesús de Nazareth. El ¿“quién defenderá mi memoria” de Pilatos, es un gemido de su conciencia, una secreta esperanza suya?

Al día siguiente, Lamia y Pilatos vuelven a encontrarse y esta vez la conversación se extiende sobre los Judíos. Pilatos sonríe un momento ante la idea esbozada por Lamia de que un Dios pueda venir de Judea. Pilatos detesta los judíos. Considera que no pudiendo gobernarlos es necesario destruirlos y destruir por completo Jerusalén.

Su amigo Lamia se explica sus resentimientos y sus presentimientos siniestros. Pero él, Lamia, que ha vivido en Jerusalén mezclado al pueblo ha podido descubrir virtudes oscuras que no ha visto Pilatos. En realidad no es que haya sentido viva simpatía a los Judíos. Las Judías, en cambio, le han agradado mucho. Y recuerda, entonces, una judía de Jerusalén hermosa como Cleopatra que danzaba sobre un tapiz a la luz de una lámpara. Un día desapareció. Largo tiempo Lamia la buscó en los callejones y tabernas, hasta que, por azar, supo que se había unido a un pequeño grupo de hombres que seguían a un joven Rumasturgo Cabito, llamado Jesús de Nazareth, crucificado por no sabe qué crimen. ¿Te acuerdas, Poncio, de ese hombre? pregunta Lamia.

Poncio Pilatos, frunce las cejas y lleva la mano a su frente como aquél que busca en su memoria. Después, tras algunos instantes de silencio:

—¿Jesús? — murmura — ¿Jesús el Nazareno? . . . No me acuerdo”.

La verosímil respuesta de Pilatos no es histórica pero sí es humana. Nos choca porque los siglos han magnificado el acontecimiento. Si el cristianismo no hubiera logrado su preeminencia, la respuesta de Poncio Pilatos la veríamos más ajustada a la verdad.

Condición de la historia es la de crearse a sí misma, como resultante de una sucesión y una combinación de hechos. No hay una historia única. Los pueblos la tienen o la pierden, no según sus buenos o malos historiadores, sino según la continuidad o la fragmentación de los acontecimientos.

En “Sur la pierre blanche” Gallion, procónsul de Achaia, a la pregunta de su amigo Apolodoro de “quién herederá el rayo que hace vacilar el mundo”, contesta diciendo que él puede nombrar el sucesor de Júpiter.

No bien acaba de hablar, un oficial de la basílica, se presenta ante él y le advierte que los litigantes lo esperan en el Tribunal. El asunto es muy pequeño, a juicio del oficial. El jefe de la sinagoga pide justicia contra un hombre de Tarso que todos los sábados habla en la Sinagoga contra la ley judía.

El asunto es pequeño, en verdad. Pero de Pablo de Tarso arranca todo el fulminante poderío de la iglesia cristiana. ¿Se ha equivocado Gallion? ¿No ha podido ver claramente que a un paso suyo estaba el apóstol a quien tanto debía temer un día Roma?

No. Gallion sabe que no vale la pena esforzarse en conocer el porvenir que los dioses reservan a los hombres. El porvenir lo van haciendo los mismos siglos.

* * *

El escaso tiempo de que dispongo me impide hablarles con calma de algunos otros relatos contenidos en “Le puits de Sainte Claire”, “L’ètui de nacre” y “Clío”. Considerarlos

atropelladamente por llenar unas páginas más, sería contribuir también por mi parte a sumar algunos errores a los ya numerosos que existen respecto a la obra de Anatole France.

El caso de France es uno de los más curiosos en literatura. No se puede negar que se le ha leído mucho. Lo atestiguan las numerosas ediciones de sus obras en idiomas diversos, pero, en verdad, se le ha comprendido poco. Me adelanto a advertirles que no tengo la pedantería de proclamar que estoy haciendo el descubrimiento de France. Lo que puedo afirmarles es que lo he leído también de corazón. Como habría que leer a todos a quienes queremos comprender. Lo que ocurre es que no todos nos atraen por ese camino. Y así se consolidan y se petrifican los juicios; así vamos arrastrando en nuestros días una larga serie de caretas, creyendo que son rostros humanos. France merece que se le lea con el menor número de preconcepciones posibles sobre su obra y sobre su persona. A menos que seamos tan ricos como para arrojar al agua el tesoro contenido en sus obras. Y desgraciadamente, no debemos hacerlo porque la miseria es todavía el mayor patrimonio del hombre.

Setiembre 29 de 1932.

El artículo llamado determinante

Por AMADO ALONSO

*La tarde era triste.
La nieve caía.
De blanco sudario
la tierra cubría.*

Se dice en todas partes que este artículo (y los equivalentes de las otras lenguas indoeuropeas) es determinante: "Juntando el artículo definido a un sustantivo damos a entender que el objeto es determinado, esto es, consabido de la persona a quien hablamos" (Bello); "El artículo definido sirve sólo para indicar que el sustantivo al cual acompaña es conocido del que habla y del que oye" (Lenz).

Pero ¿de qué *tarde* determinada se trata, cuando dice la copla: la tarde era triste . . . ; ¿de qué *nieve*, de qué tierra consabida?

Se puede objetar que por lo menos en algunos ejemplos es segura la significación determinante del artículo. Estoy comiendo y se me cae un cubierto y le pido al camarero: "Alcánzame *el* tenedor"; Un consejero dice a su soberana: "Tú eres *la* reina".

Tanto el hablante como el oyente saben qué tenedor se pide, qué reina es entre las reinas posibles.

Si no hubiera otros ejemplos que éstos, tendrían razón los gramáticos; pero es fácil demostrar que el artículo no es

signo constante sino indicio ocasional de determinación: Por una parte, si el consejero hubiera dicho: "Tú eres *una reina*" o "Tú eres *reina*", la determinación (del individuo entre sus congéneres) hubiera existido igual que cuando dijo "Tú eres *la reina*".

Por otro lado, el artículo no tiene la menor pretensión determinante en: "Entre las abejas, *la reina* tiene el cuerpo más grande y el cerebro más chico que las obreras."

¿Y cómo explicar, desde la idea de determinación, nuestro uso del artículo, allí donde otras lenguas emplean el posesivo?: "Sacó *el pie del* estribera, *una* feridal daba" ¿Está determinado cuál de los pies? "Uno extiende *la* mano en ademán mendicante". "Aquel se puso *el* sombrero". "El otro reprendió *al* hijo". Se oye indistintivamente: "Sacó un pie", "extendió una mano".

Importa destacar que el artículo determinante se emplea también en casos en que no hay el menor interés por determinar de cuál de las manos o de los pies se habla y que si el artículo significa a veces determinación eso es enteramente eventual.

Como no es posible manifiestamente reducir la función del artículo a determinación del objeto aludido, tendremos que esforzarnos por precisar qué es lo que queda como sentido lingüístico en este uso si descartamos la idea de determinación.

I. VALORES FORMALES

Si atendemos a la historia del artículo en las lenguas románicas y especialmente en la nuestra, vemos que el uso del artículo se va extendiendo gradualmente.

1º. El artículo señalaba lo que era *sujeto* en la frase. Esto es, destacaba la articulación de la frase en sujeto y predicado.

Más tarde señalaba lo que era *objeto*, esto es, destacaba la articulación de la frase en sujeto, verbo y objeto. La introducción del artículo para destacar el *complemento circunstancial* ha sido tardía, tímida y hoy mismo muy imperfecta.

La extensión gradual del uso del artículo, es manifestación de la extensión paralela del hábito de *acentuar las representaciones autosemánticas*.

Esta *virtud enmarcadora y realzadora de unidades de representación* que tiene el artículo obra en todo nombre que lo lleva.

Cuando digo: "*El día nace*"; "*las tierras están sembradas*"; "*lo cortés no quita lo valiente*", indudablemente *el, las, lo*, son anticipaciones formales de las representaciones que van a seguir.

El que escucha o lee, todavía no conoce la representación de que se trata, y ya tiene a la vista la forma lingüísticamente configurada, que esa representación tendrá. Hay un anticipo de la forma antes de percibir el contenido. Y el que habla se demora un instante en ese elemento formal, de manera que en la obligada sucesión temporal de nuestro pensar idiomático, una instantánea contemplación de la forma que va a tener el contenido representacional precede a la del contenido ya conformado.

Recuérdense los frecuentes casos de vacilación en que el parlante se queda un momento como bailando un *el... el* o bien *el... las...* ¿Qué sucede aquí?

El parlante no tiene todavía seguridad ninguna respecto del objeto intencional de su próxima representación y sin embargo está cierto del papel que esa representación tiene en el desarrollo lineal de su pensamiento. Está cierto de su forma. Dicho con otras palabras: entrevé un complejo de categorías lingüísticas en el cual la representación próxima vacilante (por vacilación de la referencia al objeto, por perplejidad del pensar, etc.) va a corporizarse. Concretamente, me refiero a la *categoría del género* y a la *del número*, que pueden corregirse en tales momentos de vacilación. Además ve otras categorías lingüísticas: las de *sujeto, objeto, o complemento* (según los casos) y siempre la *categoría de sustantivo*, la de independencia mental de la representación que va a seguir. En "*el día nace*" "*día*" es seguramente de por sí una representación con la forma mental de la independencia; no es pues, que el artículo la *haga* independiente, que la sustantive; pero al anticipar que se trata de una representación independiente, realza y destaca esa independencia de forma.

Los casos en que el artículo se acopla a una frase entera son especialmente instructivos para cerciorarse de este papel configurador del artículo. Feijóo ha escrito acerca de los rabinos españoles:

El (que errasen en la creencia) no es culpa del clima, pues el acertar en esta parte depende enteramente de la gracia divina. *El* (que fuesen dotados de un talento singularísimo para explicar a su modo la Sagrada Escritura) redundaba en aplauso de la patria. (Clás. Cast. 53, 265) *El* pone aquí un marco todo alrededor de la frase entre corchetes, resaltando así la íntima interdependencia con que sus elementos forman una unidad mental superior, una representación multimembre independiente, con la independencia y soltura de movimientos propia de su función sustantiva en la articulación idiomática del pensamiento. No se trata de sustantivar la frase a que acompaña. Si Feijóo hubiera escrito: “*que errasen en la creencia no es...*” “*que fuesen dotados de un talento singularísimo para explicar a su modo la Sagrada Escritura redundaba*”... ambas frases serían también sustantivas, como que son sujetos de “no es culpa del clima” y de “redunda en aplauso de la patria” respectivamente; pero sin el artículo la unidad superior formada por la interdependencia de sus significaciones en sucesión, no resulta para nuestro sentido del idioma tan formalmente acusada.

Nadie puede negar la corrección de las frases:

“Mas lo que más le fatigaba era no verse armado caballero”.

“Siempre, Sancho, lo he oído decir, que hacer bien a villanos es echar agua en la mar”.

Pero Cervantes lo dijo de esta otra manera:

(Don Quij. I, 1) Mas lo que más le fatigaba era *el* no verse armado caballero

(id. 23) Siempre, Sancho, lo he oído decir que *el* hacer bien a villano es echar agua en la mar.

El artículo es aquí un elemento preformador y configurador de sentido, es el hilo que enhebra en un solo collar todas las significaciones que componen las frases respectivas.

II. VALORES EXPRESIVOS

Con esta función configuradora del artículo se relaciona directamente la libertad estilística (ejercitada diferentemente en diferentes épocas) por la que en enumeraciones de sustantivos sólo se emplea el artículo con el primero o se repite en cada uno. Cervantes dice:

(Quij. I, 4). Tal embarazo le causaban *la* lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas.

(Quij. VI, 22) *Las* cuchilladas, estocadas, altibajos, reverses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número.

Con un solo artículo para toda la enumeración las sucesivas representaciones resultan más eslabonadas que juxtapuestas: un sentido unitario guía toda la serie. Este tratamiento es singularmente propicio cuando el pensamiento procede en estas enumeraciones, no avanzando un paso con cada nuevo miembro, sino insistiendo o definiendo o glosando la idea ya mentada con el primero de la enumeración:

Ejemplo de Feijóo (Clás. Cast. 53,5): "*Los* juguetes, chocarrerías y travesuras que se cuentan de los duendes".

En cambio, cuando una especial intención valorativa u otra peculiaridad estilística cualquiera, destaca y deslinda las representaciones entre sí, Cervantes dice:

(Quij. I, 13). "*El* buen paso, *el* regalo y *el* reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas *el* trabajo, *la* inquietud y *las* armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos".

Hay que insistir en que la conducta varia del artículo en las enumeraciones obedece enteramente a motivos estilísticos y no lógicos de modo que es indiferente en sí que los conceptos enumerados se comprendan o no parcialmente unos en otros, siendo lo decisivo que *motivos de expresividad* inciten al parlante o escritor a deslindar o englobar las representaciones enumeradas.

(Cerv. I, 9): "... aunque bien sé que *si el* cielo, *el* caso y *la* fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falta y sin *el* pasatiempo y gusto que, bien casi dos horas, podrá tener el que con atención leyere".

Han sido deslindados aquí *el* cielo, *el* caso y *la* fortuna con evidente valor enfático y no *el* pasatiempo y gusto.

En términos generales, podemos comprobar que hasta la época clásica la repetición del artículo en las enumeraciones, supone la intromisión de un elemento de realce expresivo: encarecimiento, valoración, énfasis.

Por ejemplo, Cervantes repite el artículo siempre que quie-

re encarecer que una serie de actos, resumidos luego con un *todo* se suceden tan rápidamente que parecen simultáneos.

(Quij. I, 8) "El decir ésto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo"

(id. I, A) " y el acabar de decir ésto y el comenzar a beber, todo fué uno".

Este valor expresivo es posible gracias a su carácter de innovación: pues, como el artículo destacaba la articulación de la frase en sujeto y predicado y luego en sujeto, verbo y objeto, un nuevo deslinde dentro de estos elementos deslindados supuso un acto de estilo. Más tarde, como es también ley general, el valor expresivo se fué esfumando a medida que se trivializaba su uso, haciéndose gramática y convención. Y hoy, en cuanto al valor expresivo, la repetición o uso del artículo en las enumeraciones representa papeles trocados. Actualmente se ha convencionalizado y gramaticalizado tanto la repetición, que cuando falta ésta, o se interprete como un valor particularmente expresivo (giros de la lengua literaria) o bien como un acto aceptable de economía.

III. VALOR SIGNIFICATIVO

Decir de este artículo que es determinante vale tanto como conferirle una significación, pues con ello se dice que el concepto concomitante de la determinación tiene por signo y expresión idiomática al artículo.

La significación de una expresión es su referencia intencional al objeto. La significación de la palabra "casa" es su referencia al objeto "casa" o a la clase de objetos "casa". La significación de la palabra "aquella" en "aquella casa" es su referencia objetiva a que la casa está "allí"; como en "esa casa", "esa" se refiere a que la casa está "ahí"; y en "esta casa", "esta" significa que la casa está "aquí".

Esos pronombres demostrativos son ciertamente elementos determinantes, son ademanes que hacemos hacia una zona de nuestra esfera presente de atención, ademanes con los que guiamos la vista o la atención del oyente o lector hacia el objeto mismo mentado por nosotros. Pues nosotros sabemos distinguir con Husserl, en una expresión pronominal, lo *indicativo* de su sig-

nificación — alusión a la esfera intuicional o mental en que está viviendo el parlante, — *y lo indicado de su significación* — referencia concreta a una zona de esa esfera, en donde estriba propiamente su significación. Ahí está su valor determinativo: en la confinación del objeto correspondiente en una zona de nuestra esfera presente de atención con exclusión implícita de las otras dos. Esto se realiza por lo que de Saussure ha llamado juego de asociaciones "*in absentia*": cada vez que comprendemos la palabra esto es gracias a una obligada asociación implícita con *eso* y *aquello*. Es su fecunda teoría de los valores: la significación de un elemento idiomático está condicionada y determinada por la de los otros elementos con los que forma sistema.

Y ahora apliquemos nuestras ideas al artículo llamado determinante. El artículo en cada lengua es un antiguo demostrativo reducido en su cuerpo fonético, desposeído de su originario acento de intensidad y de cuyo funcionamiento se ha borrado y desvanecido toda asociación implícita con sus antiguos compañeros de sistema. Por falta de ese juego de asociaciones *in absentia* ya no puede determinar en qué zona de nuestra esfera intuicional o mental está el objeto mentado, sino, cuando más, que el objeto mentado se halla incluido en dicha esfera, lo cual es en sí una determinación tan mínima que, comparándola con la de los pronombres de que el artículo procede, bien podríamos llamarla indeterminación.

Cierto que el artículo, desorbitado de su antiguo sistema pronominal, ha podido formar con otros elementos un nuevo sistema. ¿Ha hallado el artículo un nuevo modo de determinación en un nuevo sistema que obedece a intereses desconocidos del antiguo?

De hecho estos nuevos intereses están precisados en las gramáticas y se refieren a si el objeto mentado es o no consabido del oyente, si es individualizable y reconocible para oyente y hablante de entre los innúmeros objetos a que la palabra puede aludir.

Según esto podríamos hacer valer para la eficacia determinante del artículo, de su abolengo pronominal, su residuo de ademán indicador hacia nuestra esfera intuicional o mental, pues ya no se refiere a qué zona ocupa el objeto, sino a si el objeto estaba *ya* o no dado en la situación.

Con esto el nuevo sistema es sólo bilateral y sus signos idiomáticos correspondientes son: el artículo determinante y el indeterminante (o determinado e indeterminado); es español *el, la*, frente a *un, una*.

Nadie puede negar la posibilidad de este ni de otro cualquier sistema; pero es de raíz anticientífico suponerle un valor general, como se hace aún en los lugares más inesperados. El que el inglés o el francés lleguen a tal construcción bilateral, no presupone de modo alguno que los mismos valores funcionen en español o en guaraní o en cualquier lengua donde se compruebe la existencia de un pronombre gramaticalizado. Nebrija no tenía la menor sospecha de un artículo indeterminado. Por de pronto, ya sabemos que en muchas lenguas no existe más que el artículo que se llama determinante y que en las lenguas donde la pareja es completa la aparición del indeterminante es más reciente.

Opongamos:

- a) El hombre parecía fatigado.
- b) El hombre es mortal.

En a) *hombre* se refiere a un individuo del género humano. En b) al género mismo, entendiendo por género aquí la suma de individuos que componen la humanidad.

Las gramáticas registran esta alternativa con los nombres de artículo *determinante* y artículo *genérico*. A este artículo, mejor que genérico, le llamaríamos *omnial*.

Pero una cosa hay que observar: a pesar de la dispar referencia del nombre a su objeto, que en un caso es un individuo y en otro la suma de todos los congéneres, todos los de habla española tenemos un sentimiento de identidad para ambos casos de *el*. No vemos ahí una homonimia, sino una y la misma entidad idiomática. ¿En qué se basa tal sentimiento de identidad? Clasificando los conceptos y los juicios por su forma mental y no por el objeto referido vemos que la identidad de ambos *él* reposa, indiferente a la diversa extensión del concepto, en la forma singular del juicio (Véase Pfänder "Lógica"). Para la lengua aquí no hay diferencia alguna entre el individuo y el género, sino entre la forma singular y la plural del juicio.

Si comprendemos sin ambigüedad cuándo *el* se refiere a

un individuo y cuándo al género, esto sucede extralingüísticamente: por la situación o por el contexto.

Por ejemplo, puedo decir: *¡El hombre es alegre!* para referirme a un individuo que da muestras de jovialidad. En otra ocasión, del hombre en general.

Aquí también los valores seguros y firmes del artículo siguen siendo formales: con ellos *acusa que la referencia del pensamiento a su objeto se cumple por un hilo singular*. El artículo genérico y el determinante ni significan ni representan, de algún modo, valores distintos.

Hablar de artículo determinante aún en aquellas lenguas donde vive solitario, es suponer que el artículo funciona en aquellas mentes, asociado con un futuro y problemático artículo indeterminante. Si vive solo, su valor no se deducirá de un juego asociativo con otro que todavía no existe, sino de la comparación de *su presencia con su ausencia*. Y éste es el rumbo que debemos dar a nuestro análisis en español, porque en cuanto al supuesto artículo indeterminante, como veremos luego, tenía razón Nebrija en su olvido y no las actuales gramáticas en su eslabonado sometimiento a gramáticas de otras lenguas.

IV. PRESENCIA Y AUSENCIA DE ARTICULO

A. — Con nombres de conceptos que tienen extensión variable.

Veamos un caso donde la aparición o la ausencia de artículo no altera en nada ni el pensamiento conceptual ni la corrección de la frase:

“Yo salí de mi tierra, y dejé *los hijos y la mujer* por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos”.

Pero Cervantes lo dijo de esta otra manera:

(Quij. I. 20) “Yo salí de mi tierra, y *dejé hijos y mujer* por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos”.

Pudo también Sancho decir muy bien “mis hijos y mi mujer” y en los tres casos entenderíamos que se refería a los mismos hijos y a la misma mujer, a los propios y no a los ajenos. La diferencia, pues, no puede consistir en una diversidad del objeto visto, sino de la visión del objeto. No objetiva sino subjetiva. Si Sancho prefiriere decir “y dejé hijos y mujer” es

porque al hablar así enfatiza la calidad de lo dejado. Con la supresión del artículo Sancho añade a la referencia objetiva una enfática valoración del objeto. Ello denuncia una descarga emotiva.

Opongamos:

- a) El hombre parecía fatigado.
- b) El hombre es mortal.
- c) No es hombre quien se porta así.

En c) *hombre* no alude a un individuo (a), ni tampoco al género cuantitativo (b), sino al rango categorial, al orden, a la clase, considerada *cualitativamente* y no cuantitativamente. Echando mano de la pareja de conceptos fenomenológicos *esencia-existencia*, diremos que el nombre con artículo se refiere a objetos existenciales y sin él a objetos esenciales. Con artículo a las cosas, sin él a nuestras valoraciones subjetivas de las cosas.

Cervantes hace decir a su héroe:

(Quij. I, 17) "... y quizá tú lleves *daga* para acreditarte, yo llevo *espada* para defenderte con ella",

lo cual es una categorización de las armas respectivas. Es como si dijera: *tu arma es daga, mi arma es espada*. Es una operación mental voluntaria y aperceptiva, de ordenación consciente de un objeto según el sistema de categorías conceptuales en que nos movemos. Nuestra vista interior se bifurca dirigiéndose hacia el objeto real (fenómeno) y hacia un objeto ideal (nuestro sistema de categorías) entre una de las cuales y aquel objeto real reconocemos adecuación.

Esta operación adecuadora es favorablemente visible en las proposiciones sustantivas del tipo *tu arma es daga*, donde sometemos a desarrollo el contenido de *tú llevas daga*. Tanto al decir como al oír *tú llevas daga*, se está bien seguro de que el objeto nombrado es uno real. Tú no puedes llevar una categoría "daga", sino una daga real. Pero lo que está aludido en nuestro giro mental no es la existencia de aquella daga, sino su esencialidad o clase, valorativamente considerada.

Y para que no parezca que esto tiene valor sólo para los ejemplos literarios del tipo de los citados, veamos una expresión de la lengua corriente actual. Hablando de un amigo común, digo a mi interlocutor con alegría:

"¿Sabes que N. ha comprado automóvil?"

Cierto que he podido elegir otro giro y decir: “¿Sabes que N. ha comprado un automóvil?” y aún en determinados casos “el automóvil”. Pero si mi frase ha sido la primera, todo hispanohablante percibe con seguridad que un énfasis, una descarga emotiva es lo que me ha hecho elegir la forma sin artículo, porque en mi pensamiento está presente la categoría a que el objeto comprado pertenece, y con ello la introducción de mi amigo en un nuevo plano de vida.

La novedad está no en que compra este, ese o cualquier otro auto, sino precisamente en la clase “auto” que aparece ahora en su vida. De tal manera que ni luego, ni muchos años después, en las sucesivas compras de autos que N. haga, nunca podré volver a decir que *ha comprado auto*, sino *un auto*, *otro auto*, etc., porque *automóvil* ya tenía.

Es más: es posible que N. vuelva a su antigua modesta posición sin auto, y que luego le soplen de nuevo vientos favorables, de modo que pueda comprar otro automóvil y entonces diré que *N. ha vuelto a comprar automóvil*. Este *ha vuelto (a comprar)* asegura que el objeto intencional mentado por la palabra “automóvil” no es un objeto real — pues no ha vuelto a comprar el automóvil real que antes compró — sino un objeto mental, una clase valorativamente considerada.

La ausencia de artículo corresponde al carácter puramente cualitativo con que el objeto es nombrado; denuncia una referencia al “*quid*” o esencia del objeto, no definiéndola sino solo aludiendo al tramo que esa clase de objetos ocupa en la escala categorial con que nuestro intelecto ordena a su manera el mundo interno y el externo.

El artículo realiza ese tramo categorial, aludiendo directamente a la existencia del objeto nombrado e introduciendo con ello un carácter cuantitativo.

Esta doble interpretación *cuantitativa-cualitativa* y *designativa-valorativa* para la presencia y la ausencia del artículo es la que nos permite llegar al pleno goce de la intención estilística que ocasionó el empleo de uno u otro giro:

Nunca fuera caballero
de *damas* tan bien servido
como fuera Lanzarote
cuando de Bretaña vino.

Que *dueñas* curaban dél
doncellas de su rocino.

O como parafraseó D. Quijote:

como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél.
princesas de su rocino.

Al decir *damas*, *doncellas*, *princesas*, *dueñas*, el pensamiento del poeta va hacia los correspondientes objetos reales por él imaginados, pero *lo efectivamente mentado* es la calidad respectiva: todo el interés se concentra en que las que servían y cuidaban al caballero y a su caballo eran *damas*, *doncellas*, *princesas*, *dueñas*; en la complacencia de ver la adecuación de las personas a las citadas categorías.

Hay pues, no sólo una referencia al objeto, en lo cual consiste su nominación, sino a la vez un momento de emoción y de valoración. Esta valoración afectiva del objeto nombrado implica una inversión, por cierto nada equívoca, entre las categorías lingüísticas de sujeto y predicado utilizados y las vivencias psicológicas correspondientes. Recordemos que sujeto psicológico es *aquello de que queremos decir algo*; predicado psicológico es lo que decimos del sujeto. Pues bien: las vivencias psicológicas que dieron nacimiento a estos versos no querían decir de las *dueñas*, *doncellas*, y *princesas* (sujeto) que ellas cuidaban a Lanzarote o a Don Quijote (predicado), sino justamente al revés: que quienes cuidaban del caballero y de su caballo (sujeto) eran *dueñas*, *doncellas*, *princesas*. (predicado).

Esta inversión de sujeto y predicado gramatical y psicológico se cumple cada vez que el nombre sin artículo aparece como sujeto gramatical (excepto con el verbo ser y equivalentes) y obra con especial eficacia estética sobre la sensibilidad del lector porque la apoyatura emocional que acompaña siempre a la inversión es captada intuicionalmente, es decir, inmediatamente, a pesar de la contradicción entre el signo lingüístico y lo mentado.

En el romance de la *Jura de Santa Gadea*, el Cid hace desfilar una cohorte de categorías ideales. Los nombres co-

respondientes unos son sujetos gramaticales y otros no; pero todos se mientan como predicados psicológicos.

—*Villanos te maten, rey,
villanos, que non hidalgos;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazo;
traigan capas aguaderas,
no capuces ni tabardos;
con camisones de estopa,
no de Holanda ni labrados;
cabalguen en sendas burras,
que no en mulas ni en caballos;
las riendas traigan de cuerda,
no de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
no en camino ni en poblado;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;*

Menéndez Pidal (*Flor Nueva*, 203)

Tan persistente oposición bilateral no juere decir “que unos villanos (algunos de los villanos) te maten y que los hidalgos no te maten”, etc., sino “que los que te maten *sean* villanos, *no sean* hidalgos”; pertenezcan a la categoría “villano” y no al rango “hidalgo”; “que su calzado *sea* abarcas y no zapatos”; “que su abrigo *sea* capas rústicas y no tabardos señoriales”; “que sus cabalgaduras *sean* burras y no caballos”; “que las armas asesinas *sean* cuchillos y no puñales”. Y el verbo *ser* en frases de este tipo ¿qué otra cosa significa que apuntar hacia el *quid* del sujeto, hacia su clase, hacia su orden en la escala de categorías con que funciona nuestro pensamiento? Lo nombrado con “villanos” etc. es sin duda un posible objeto real, único que puede matar; pero lo *mentado psicológicamente* — como diría Vossler — es derechamente la clase como un complejo de valores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

Todavía un ejemplo de autor contemporáneo para consignar la plena vitalidad de este carácter calificador en el funcionamiento actual de la lengua:

“Que no se vea el humo aunque se arda la casa. Limpia-

te esos ojos, *sangre* tenían que haber llorado. ¡Bebe una poca de agua! ¡Veneno había de ser! No bebas tan aprisa, que estás too sudao. ¡Mira cómo vienes, arañao de las zarzas! ¡Cuchillos habían de haber sío! ¡Trae aquí que te lave, que da miedo de verte!” (Jacinto Benavente, *La Malquerida* III, 9).

Sangre, veneno, cuchillos; categorización o referencia al “*qué*” del objeto; valorización y descarga afectiva; predicados psicológicos (y, esta vez, también gramaticales).

La operación de *categorizar* se puede cumplir no sólo sobre un objeto real, sino a su vez *mental*.

Patria es Humanidad, dijo José Martí, identificando valorativa y emocionalmente dos órdenes categoriales.

Refalada no es caída, dice zumbonamente el gaucho argentino recalcando lindes entre dos conceptos.

Por hacer también referencia a una categoría dentro del sistema de categorías, se usa el nombre sin artículo en frases que significan *rectificación en la clasificación categorial de un objeto* o bien un cambio tal en el modo de ser del objeto que impone una *nueva clasificación*:

La vaca le salió toro. Las cañas se tornan lanzas. El oro resultó oropel. El vino se volvió agua. El ferreruelo tenía hecho turbante sobre la cabeza. (Espinel, *M. de Oregón*).

De todo este minucioso análisis se desprende:

1º. que el valor *básico* del artículo, en el funcionamiento actual de la lengua española, no es el de determinar un individuo (o varios) entre sus congéneres. (La determinación se infiere a veces de su constante valor de indicador de existencias).

2º. que la presencia y ausencia de artículo con un nombre opone en los giros estudiados un objeto real o existencial a uno mental, (esencial, valorativo o conceptual).

B. — Con nombres de objetos individuales.

Lo mismo que ha quedado probado para nombres de conceptos que tienen extensión variable, se comprueba también con los nombres de objetos individuales que admiten artículo. Leemos en Cervantes:

(Quij. I, 25) : — ¿Purgatorio lo llamas Sancho?, dijo don Quijote: mejor hicieras en llamarlo *infierno*.

Y en la réplica dice Sancho:

“... y sacaré a vuestra merced deste purgatorio que parece *infierno* y no lo es, pues hay esperanzas de salir dél, la cual como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en *el infierno*”.

En boca de D. Quijote, *purgatorio* e *infierno*, nombres que aplican Sancho y él a aquel áspero paraje de Sierra Morena donde D. Quijote se puso a hacer su extravagante penitencia, se refieren al orden categorial en que hay que encasillar el objeto, a la valoración de *infierno* y *purgatorio*. Bien saben Sancho y D. Quijote que *infierno* y *purgatorio* no hay más que uno. No se trata, por tanto, de un juicio de conocimiento, sino de aplicar a aquel objeto la valoración subjetiva “*infierno*” o “*purgatorio*”. Otra vez valoración y descarga emotiva. Sin saber nada de artículo determinante ni de otras teorías gramaticales y sin embargo con la entera seguridad que le da el sentimiento de la lengua, Sancho dice a D. Quijote que le sacará de este purgatorio que *parece infierno* y en seguida habla de los *que están en el infierno*.

Vemos como falla el intento de contrastar el valor del artículo atendiendo al doble juego de *determinación* — *indeterminación*. No es posible la intención de determinar a cuál de los infiernos que componen un género “*infierno*” nos referimos, puesto que no hay tal género ni tales individuos. En cambio, siempre es posible referirse ya a una cosa, ya a la valoración que nos merece, a la idea valorativa que de ella tenemos.

C— Con nombres abstractos

No tiene sentido ninguno atribuir al artículo un valor determinante o genérico cuando acompaña a nombres abstractos. Y sin embargo, en español los abstractos admiten el artículo exactamente lo mismo que los nombres de los objetos sensibles y contables, prueba segura de que en español la significación fundamental del artículo no es la determinación. *Valor, arte, sabiduría, caridad, semejanza*, admiten la ausencia y presencia de artículo en condiciones análogas y con la misma significación que *reina, infierno, espada*, etc.

Si decimos uno de esos nombres *con artículo*, mentamos la existencia del objeto en alguna parte o su eficacia condicionada o general, y por cierto, con la misma doble diferencia posible individual y genérica que hemos visto en los otros casos:

En Salomón *la sabiduría* fué un don divino.

La Escuela de *la Sabiduría*.

La sabiduría conduce a la virtud.

Siempre es la sabiduría un objeto real, y por lo mismo un *quantum*. Aún cuando, como vimos en los nombres concretos, el alcance de ese *quantum* esté determinado por el contexto y no por el artículo.

En esto se descubre la naturaleza pronominal del artículo: el concepto general del artículo o *lo indicativo de su significación* es su *referencia a una existencia y, por lo tanto, a un quantum*; pero *lo indicado de su significación*, su significación verdadera, que es en cada momento *la existencia que entonces se miente y el alcance de su quantum*, eso lo determina en cada caso el contexto.

Sin artículo estos nombres apuntan hacia el *qué* del objeto nombrado, hacia su esencia, hacia la idea valorativa que tenemos de *qué* es propiamente *sabiduría, virtud, semejanza, etc.*:

Sabiduría no es mera *erudición*.

El arte practicado con fines impuros no es *arte*.

*D—Lenguaje de la razón,
Lenguaje de la emoción,
Lenguaje de la acción.*

Según se puede observar en todos los ejemplos anteriores, siempre que la lengua admite la alternancia de presencia y ausencia de artículo, *el artículo destaca la referencia lógica al objeto real* y también otros valores de carácter intelectual, como son los formales. *La ausencia de artículo*, en cambio, va acompañada de un pujo de la *emoción* y de la *voluntad* por hacer descollar sus intereses por sobre la organización racional de la expresión. La explicación de esta resonancia afectiva radica precisamente en que el nombre sin artículo o bien apunta directamente a una esencia genérica, con objeto exclusivamen-

te mental (*Patria es Humanidad*) o bien si hay un objeto real aludido, de él nos interesa su esencia y valoración (. . . *yo dejé hijos y mujer*). El nombre sin artículo apunta con intención exclusiva o especializada hacia ese aporte subjetivo que mezclamos en la percepción de lo real. Aquí la valoración subjetiva del objeto, las reacciones emocionales y la actitud actuante que nos provoque, no se mezclan subrepticamente al conocimiento inmediato del objeto, sino que se ven intuitivamente aparte del objeto, destacadas, vividas en sí, aludidas como cosa distinta: *villanos te maten, rey...* Pertenece este giro, por lo tanto, al lenguaje de la emoción y de la voluntad, así como el artículo debe su aparición y su extensión a las crecientes exigencias del pensamiento y de la comunicación racionales.

Hay dos series abundantes de frases, en las que el nombre, sujeto u objeto gramatical, aparece sin artículo, que comprueban de modo especial estos caracteres intuicionales aducidos:

1ª. El nombre mismo se refiere a un *objeto virtual* y va seguido de una comparación agudamente emocional (tan, más mayor, etc.) con un objeto *real* del mismo género:

Moça *tan* hermosa
non vi en la frontera
como la vaquera
de la Finojosa (Santillana).

“Conciencia *tan* escrupulosa más es de religioso que de soldado” (Cerv. *Licen. Vidriera*, 18).

Desde la primera época literaria este giro no ha perdido vitalidad y hoy es corriente en la lengua hablada:

Casa tan barata no la encuentras ya fácilmente. No he visto disparate mayor. Hombres así no debieran existir. Hombre más pacífico no le hay en el mundo.

El pensamiento arranca del conocimiento de un objeto real, pero el nombre se refiere a un objeto virtual (no a una existencia dada sino a una existencia dable) que se compara con el real. Es, en efecto, un objeto mental, porque se sorprende siempre el intento de crear un tipo de objetos en atención al prototipo de que arranca el pensamiento. El particularismo de

aquel objeto alrededor del cual gira la frase es elevado efímeramente a categorías. Mozas, sí vi, existencias de la esencia "moza", sí hay; pero de este nuevo tipo de "moza", con *tan* subido grado de hermosura, de éste no he visto ningún ejemplar.

2º. La segunda serie, tan abundante como la anterior, repite lo de *crear una categoría ocasional inscrita en otra general*; pero en vez de hacerlo en base a una comparación enfatizadora con un objeto real, como en el caso precedente, ahora se cumple *en base a una delimitación y determinación circunstancial objetiva*:

*Casa con dos puertas mala es de guardar.
Sarna con gusto, no pica.
Al pasar la barca
me dijo el barquero:
Moza bonita
no paga dinero.*

Se trata siempre de crear un nuevo *tipo* de objetos que al actualizarse será un nuevo *género* circunstancialmente determinado, para hacer sobre sus individuos una afirmación que pretende validez general.

Lo que se mienta con este giro sin artículo es un tipo de objetos actualizable, pero no la actualización del tipo. Por lo tanto, un objeto ideal.

Todos los ejemplos aducidos pueden modificarse, sin que se altere objetivamente la situación, con cualquiera de los artículos:

la (s) casa (s) con dos puertas, una casa con dos puertas mala es de guardar.

Si artículo determinante, artículo indeterminante y ausencia de artículo pueden alternarse en una expresión sin que varíe la situación objetiva, es cosa evidente que el empleo de uno u otro o de ningún artículo no depende aquí del objeto captado, sino del modo mental de captar el objeto, es decir del sujeto. Absolutamente cuestión de estilo.

a) *Sin artículo* se mienta un tipo, una abstracción mental, una regla.

b) *Con el, la*, el género como suma de todas las posibles existencias de ese tipo. (Es decir, la aplicación general de esa regla).

Con *los, las*, un número indefinido de objetos reales (casas) sujetos a una misma condición (*con dos puertas*); es la forma más objetiva.

c) Con *un, una*, un individuo representante del género en el que se cumple ese tipo.

a) La ventaja estilística de mentar el tipo (*casa con dos puertas*) es que se amolda perfectamente a la pretensión de validez general que se tiene para el juicio (*mala es de guardar*). ¡Como que el tipo ha sido creado *a posteriori* y a la medida del juicio que sigue! El giro es, pues, de carácter subjetivo. Labor valorativa.

Sólo que en *moza tan hermosa* la valoración está incluida en la formulación misma del tipo y es de tinte *emocional*, mientras que en *casa con dos puertas* la valoración se enuncia como predicado y el todo tiene las pretensiones de una verdad objetiva. Ahora bien: la valoración predicativa es lo que nos ha inducido a la creación de un nuevo tipo de objetos. Y la gran fuerza afectiva de este giro procede de su pretensión de objetividad. Marcos de Obregón quiere corregir a la mujer del Doctor Sagredo un defecto de carácter, que es su descortesía al contestar a los piropeadores, y le dice: "Hermosura con mala condición es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora" (*Espinel, Marcos de Obregón* tomo I, 57, ed. "La Lectura"). Marcos había empezado la reprimenda refiriéndose derechamente a lo personal: "Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo". Es claro que podía haber seguido también: "Vuesa hermosura, por esa mala condición de la vanidad, es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora". ¿Por qué no lo hace? Por razones de estrategia: Marcos se remonta a lo general en procura de una mayor eficacia para sus consejos. "Hermosura con mala condición..." Con ello el caso particular de la hermosura de Doña Mergelina queda absorbido en lo general, inscrito en un tipo creado intencionalmente y a la medida, y el juicio predicativo que sigue, como — por referirse a un tipo actualizable — tiene necesariamente pretensión de ley objetiva a base de experiencia, se convierte en un fallo de imposible apelación. Hay aquí, una vez más, un énfasis, un alza de la emoción. Pero ese énfasis está aquí dirigido hacia una más eficaz presión sobre la aconsejada. Es lenguaje activo.

b) El matiz estilístico de mentar el género como suma de individuos (*la casa con dos puertas...*) consiste en el mayor realismo y energía con que están aludidos los diferentes objetos reales (existencias) que se ajusten a la limitación circunstancial consignada. Con lo cual se comprueba una vez más la capitalidad de los valores formales del artículo. *Casa con dos puertas* es un nuevo orden, un nuevo rango categorial, un concepto unitario. *La casa con dos puertas* es, en cambio, *la casa* (rango categorial conocido) *con dos puertas* (modificado por una circunstancia).

c) Por último, el giro *una casa con dos puertas* tiene el valor estilístico de la dramatización. Opóngase: *Mujer que no resista la mirada de Nuestro Padre es mujer pecadora* (G. Miró); *La mujer...* y por último *Una mujer que no resista...* Ya no es el tipo, ni siquiera el género; ahora es el individuo el que soporta nuestro juicio. Y si este sigue manteniendo pretensiones de validez general, eso se debe a las referencias implícitas que desde ese individuo ascienden hacia el género y hacia el tipo, ya que el individuo está mentado como representante de todo el género.

Aunque lo afirmado valga para el género todo, lo que tengo delante de mi espíritu y pongo ante el espíritu de mi oyente o lector es un individuo. En nuestra lengua hablada de hoy esta tercera construcción, *una casa con dos puertas*, es con mucho la preferida. Gusto colectivo por la personalización, triunfo de los intereses afectivos, aún en la enunciación de pretendidas verdades generales.

La construcción sin artículo es frecuente más que nada en la literatura, pero se oye también en la conversación, especialmente (aparte refranes) cuando la determinación circunstancial se expresa por medio de una frase relativa: *casa donde no se madruga es difícil que prospere. Mujer que no resista...* Como es cuestión de estilo, de forma expresiva, y no de diferencias objetivas, cualquiera de los tres giros puede aparecer tanto en la lengua literaria como en la conversacional para captar una misma situación objetiva. Se alternan dos de ellos en los versos de Espronceda (El estudiante:

Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son.
Las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón.

El poeta quiere comunicar su melancólico pensamiento sobre *las ilusiones perdidas* (verso eje de la estrofa) y su interés no va hacia un tipo, un objeto mental, sino derechamente hacia las ilusiones mismas, como objeto real, (*las*) y, desde luego, hacia sus ilusiones propias. En cambio, los dos versos iniciales mientan un objeto mental, un tipo, y no existencias. Las hojas, como objetos reales, no son importantes para el pensamiento poético de Espronceda; lo que le interesa es el tipo "hojas del árbol caídas" para la validez general del juicio que sigue ("son juguetes", que más que juicio es un conocimiento emotivo intuicional) y para la inclusión apasionada de las ilusiones perdidas en ese tipo de objetos desdichados. No son, pues, razones de métrica las que decidieron al poeta por una y otra construcción, sino de fidelidad al pensamiento poético. La condición de gran estilo.

El artículo es un modo de acentuar la representación mentalmente independiente que corresponde a la palabra o frase a que se antepone. Originariamente es un acto de estilo. Pero las ocasiones en que esta acentuación se cumple están en cada época y en cada país condicionadas, limitadas, favorecidas, provocadas, exigidas, por factores gramaticales. El estilo se va empederniendo en gramática. La extensión gradual del uso del artículo (con el sujeto, con el caso objeto, con el giro preposicional) es manifestación de la extensión paralela del hábito de acentuar las representaciones autosemánticas; y las condiciones gramaticales que van cortejando a cada uno de los actos de expansión no son más que efectos de una ley de lingüística general: la conversión de un acto de estilo en convención gramatical.

La historia del artículo en las lenguas románicas y también en cualquier otra familia de lenguas, tendrá que ser replanteada con esta nueva visión, como una progresiva gramaticalización o convencionalización de actos de estilo, abandonando como anticientífica y antihistórica la idea de que de

repente y de una vez se introdujo en ciertos pueblos la necesidad mental de determinar un objeto entre sus congéneres y desde entonces usan el artículo. Concepción simplista y externa del problema que está en contradicción con el hecho de que las condiciones gramaticales son variables cronológica y geográficamente, mientras la razón supuesta permanece invariable.

Los valores lingüísticos del artículo no son coincidentes en todas las lenguas (el español dice *el hombre es mortal*, el inglés *man is mortal*), ni constantes en una misma lengua a través de los siglos. Esa igualdad, coincidencia y constancia se dan, en cambio, lamentablemente en todos los Manuales de gramática de nuestra lengua y de las otras. (1)

(1) La presente exposición es un resumen debido a la alumna del Colegio Libre, Sta. Aída Barbagelata, según apuntes tomados en mis clases, ajustados luego con la consulta de mis propias notas. Por mi parte no tengo más que agradecer el inteligentísimo esfuerzo de la Sta. Barbagelata y alabar el tino con que ha sabido reducir a sus rasgos esenciales, y con vigor de pensamiento, una serie de ideas de naturaleza poco frecuentada por la mayoría de nuestros escolares. En el presente año de 1933 publicaré mi investigación sobre este tema formando el tomo III de la *Colección de Estudios Estilísticos* (Instituto de F. lología). — Amado Alonso.

El problema de la población

Por JOSE GONZALEZ GALE

X

EL MOMENTO PRESENTE

I

Las dos corrientes de pensamiento que, desde que se consideró seriamente el problema de la población, pretenden plantearlo con mayor precisión y, por lo tanto, hallarse más cerca de la solución verdadera: la que sólo considera el peligro de la superpoblación, y la que teme que llegue un día a plantearse, en determinado lugar, el problema contrario: la escasez de habitantes que Polibio llamó "oligantropía", siguen luchando en pleno siglo XX, en el libro, en la revista, en la cátedra, en los congresos internacionales.

Considerando el mundo como una unidad, es decir, prescindiendo de las mil y una diferencias que separan a los hombres en grupos, subgrupos y partículas de subgrupos, es evidente que sólo cabe el problema de la superpoblación; el peligro de que, en un llegado momento, la tierra sea incapaz de producir todo lo necesario para sustentar a todos sus hijos.

Pero esa hipótesis no corresponde, ni mucho menos, a la realidad actual. Más aún, hay serios motivos para temer

que no haya de corresponder jamás a la realidad. Cuando, sólo en el mundo occidental, en lo que hemos convenido en reconocer como la más alta expresión de la cultura y del progreso, carecen de pan más de 30 millones de hombres, y simultáneamente, los países productores de trigo: Argentina, Canadá, Estados Unidos, tropiezan con insalvables dificultades para colocar sus cosechas en condiciones que recompensen, siquiera sea mediocrementemente, los afanes de los trabajadores del campo, es difícil que el mundo pueda constituir una unidad.

Sobre nuestro globo viven hombres de distintas razas; en cada raza se cuentan diversas estirpes: y cada una de éstas se subdivide en naciones y pueblos cada vez más diferenciados.

No: no parece posible — por lo menos mientras los sentimientos humanos no sufran una honda transformación, que no se vislumbra — que pueda llegarse a considerar el mundo como una unidad, donde los que tropiecen con dificultades para vivir en una región puedan trasladarse, libremente y sin trabas, a otra cualquiera; donde la palabra *hombre* signifique hermano; donde no se carezca de pan, en un rincón, mientras se pudre el trigo en otro.

Luego, en la hora presente — hora cuya duración no puede precisarse, pero que fundadamente podemos suponer bastante larga — no se puede encarar el problema con tanta sencillez. Hay que tomar en cuenta los diversos factores que lo complican.

Sin embargo, puede ser útil prescindir, por un momento, deliberadamente de toda clase de complicaciones y examinar el problema bajo su aspecto más simple.

Ello nos permitirá llegar a ciertas conclusiones de carácter *previo* — de carácter *extremo*, podríamos decir, en cierto sentido — para ver luego, una vez que dejáramos que la realidad fuera introduciendo diversas complicaciones, cómo esas conclusiones previas se modificaban amoldándose a las nuevas circunstancias.

II.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Consideremos, pues, con carácter provisorio, que el mundo es una unidad.

¿Hasta qué límite puede seguir creciendo su población?

A principios del siglo XIX se estimaba en 700 millones — pongamos 800, como máximo — la población total del globo. A fines del mismo siglo se la apreciaba en 1.500 millones; en 1920, en 1.700 millones; a fines del año pasado, el anuario estadístico de la Sociedad de las Naciones da una cifra muy próxima a los 2.000 millones.

Alguien ha dicho que ese crecimiento vertiginoso es más aparente que real; que buena parte de él se debe a una mejor información, a un más preciso conocimiento del número de gentes que habitan regiones sobre las cuales no se tenían antes sino vagas noticias.

Aún así, es evidente que la especie humana se multiplica hoy día a una tasa muy elevada.

Naturalmente, no hay que tomar en cuenta los movimientos migratorios. Si el mundo es *una* unidad — como suponemos, por ahora — poco importa que un cierto núcleo de población se traslade de una región a otra. Lo que interesa es el crecimiento *total*: el crecimiento que llamamos *vegetativo*, saldo positivo entre los nacimientos y las muertes.

Un profesor norteamericano — Mr. Edward M. East, de la universidad de Harvard — ha publicado hace ya ocho años un libro titulado "Mankind at the crossroads" — "La Humanidad en una encrucijada" — y, en él, hace una serie de consideraciones pesimistas.

Afirma que la ley de Malthus, despojada de toda la hojarasca inútil, es hoy tan actual como lo era a fines del siglo XVIII y que así han debido reconocerlo biólogos y economistas. "Sólo — dice —, si "se pudiese comprobar un decrecimiento progresivo en la fecundidad humana, podría echarse la ley de Malthus al canasto de las teorías en desuso; pero "no hay síntoma alguno que permita hacerlo así".

Lamenta que la imprevisión esté tan en auge y que los hombres llamados dirigentes no vean los peligros que amenazan a la humanidad. "En el ejército — escribe —, el que "avanza sin armas, sin provisiones, sin elementos sanitarios, "sin previsión alguna, es sometido a la corte marcial; en la "vida civil le llamamos *optimista* y le confiamos el mando".

La época presente es, en todo, la de la velocidad. En medio millón de años la humanidad sólo llegó a contar 800 mi-

llones; en los 100 años del siglo XIX alcanzó a duplicar ese número con exceso.

La tasa actual de crecimiento no podrá, pues, mantenerse indefinidamente. Un famoso estadígrafo australiano, G. H. Knibbs, en un libro sustancioso y sugestivo. "The shadow of the World's future" (La sombra del porvenir del mundo), se ocupa del mismo tema con acopio de datos concretos. Admite que la tasa actual de crecimiento es tal que la población del mundo se duplica cada 80,50 años, y partiendo de una población de 1.950 millones en 1928 — año en que él escribe, — establece las siguientes cifras:

Años	Millones de habitantes
1928	1.950
2008	3.900
2089	7.800
2169	15.600
2250	31.200
2330	62.400

Knibbs considera imposible que en la tierra pueda haber lugar para *quince mil millones de habitantes*, y se pregunta de qué modo se detendrá la reproducción de la especie humana, sin llegar a darse una respuesta enteramente satisfactoria.

Un minucioso análisis — que no podemos seguir en detalle — de los recursos naturales del globo y de las necesidades del hombre, va confirmando sus puntos de vista con respecto a la limitación de los recursos que la tierra ofrece a la humanidad y que traban, por consiguiente, su capacidad de reproducción, y llega, así, a obtener — por distintos métodos de análisis — como población *máxima* de la tierra, cifras que varían entre sí considerablemente. La media entre los siete resultados obtenidos es de 6.482 millones de habitantes. Pero Knibbs — que sabe cuán aventurado es hacer profecías en estas materias — se abstiene de asegurar que esos 6.500 millones constituyen un límite infranqueable.

Dejando de lado las vicisitudes de la naturaleza, la máxima población posible es función de hechos y circunstancias muy variadas, como ser:

- a) la eficiencia de la organización humana.

- b) la distribución apropiada de los hombres sobre la tierra.
- c) el standard — nivel medio — de vida.
- d) el grado de libertad alcanzado con respecto a los movimientos migratorios.

III

Hemos considerado la cuestión desde un punto de vista demasiado amplio. Restrinjámonos.

El mundo no es una unidad — ¿lo será algún día? — Los movimientos migratorios están contenidos por mil y una disposiciones contradictorias de estados que sólo tienen en vista lo que consideran su interés particular. Múltiples cuestiones dividen a los hombres. Tratemos de ver un poco claro en medio de tantos y tan complejos elementos.

Desde luego, eliminada la hipótesis de que la tierra sea una unidad, cabe ya considerar que — en un lugar determinado de ella — sea un peligro la *oligantropía*; la insuficiencia de hombres. En nuestro país, sin ir más lejos. Y aquí nos sale al paso un concepto moderno, que presenta gran interés: el de la *población óptima*: óptima, en este caso, se refiere, no a la calidad, sino a la cantidad. En realidad fuera mejor decir: *densidad óptima*.

¿Cuándo es óptima la densidad de un país? Depende, naturalmente, de los recursos que este país posea, entendiendo por *recursos*, no los que posea ocultos e inexplorados, sino los que explota en realidad. Los recursos de Inglaterra en el siglo XV no eran iguales, ni mucho menos, a los de la misma Inglaterra durante el siglo XIX.

El profesor H. P. Fairchild, de la Universidad de Nueva York, sentó, en la conferencia sobre la Población Mundial celebrada en Ginebra en agosto-setiembre de 1927, una interesante teoría.

Según él, la organización social, en cuanto a su aspecto material, puede considerarse integrada por *cuatro factores*: la tierra, el estado de las artes, la población y el standard de vida.

Y a ellos vincula el concepto de *población óptima*; en el sentido de *densidad* que hemos explicado más arriba.

La palabra *tierra* incluye, en el caso presente, las cuali-

dades naturales de la porción de territorio que cae dentro del dominio de la sociedad de que se trata.

El *estado de las artes* comprende todos los medios de que dicha sociedad dispone para explotar los recursos naturales de la tierra y hacerlos capaces de satisfacer las necesidades humanas. La *población* — tomada aquí en sentido estrictamente *cuantitativo* — es el número de personas que forman la sociedad. Su cualidad se reputa buena de antemano. No se trata, pues, sino de contar.

En cuanto al *standard de vida*, o *nivel medio de vida*, es mucho más difícil de definir con precisión, pues, muchos que lo mencionan a menudo, no tienen sino un concepto sumamente vago acerca de él. Las múltiples definiciones que se dan oscilan entre dos concepciones opuestas: la que lo considera como un *ideal* y la que lo reputa un *promedio*.

Según la primera concepción, el *standard de vida* es ese *nivel de confort que todos esperan tener, o desean tener, o piensan que deberían tener*.

De acuerdo con la segunda — única aceptable científicamente, puesto que nos hemos de atener a lo real, evidentemente: a lo que satisface, sobre todo, necesidades de carácter material — el *standard de vida* es, sencillamente, *el nivel medio de confort que incluye todos los bienes materiales, desde los meramente indispensables hasta los más delicados refinamientos, gozados por el pueblo (considerando preferentemente la familia como unidad) de una sociedad dada, en una cierta época*.

Sentada esa definición, y luego de subrayar la importancia que tiene el *standard de vida*, por cuanto de él depende el bienestar humano, el profesor Fairchild aclara sus puntos de vista mediante un sencillo diagrama. Traza un círculo y lo divide en cuatro cuadrantes.

El círculo es la sociedad en un momento dado. Los cuatro cuadrantes son los elementos considerados.

En la parte inferior, están la tierra y el estado de las artes, como base de los recursos de la sociedad. De conformidad con ellos se desarrollan la población y el *standard de vida*.

Si — suponiendo invariables los sectores de la parte inferior — admitimos que uno de los superiores se desarrolla más de prisa que el otro, habrá una *usurpación*. Si el *standard de vida*

es el que invade el campo de la población, ésta gozará un nivel superior, que será pronto compensado por un crecimiento de la población.

Por el contrario, si es la población la que invade el sector del standard de vida, habrá *sobre-población*: desequilibrio que sólo la disminución de la población podrá corregir.

Pero puede ocurrir, también, que los sectores superiores no se desarrollen totalmente. En el semicírculo superior queda un *hueco*. En tal caso habrá *oligantropía*: falta de hombres, y ello dañará al standard de vida, que no podrá alcanzar el debido nivel por falta de gentes que saquen del suelo y del estado de las artes todo el provecho posible.

Es — permítaseme un paréntesis — en cierto modo, la situación de la Argentina.

Si el estado de las artes progresa, se formará en el círculo una *comba*. Eso implica que el círculo, en realidad, se *agranda*. E importa un posible crecimiento de la población, del standard de vida, o de ambos a la vez.

IV

Esta teoría no ha sido unánimemente aceptada, ni mucho menos. Lo primero que se objeta es que, si bien puede discernirse fácilmente cuando hay defecto y cuando hay exceso de población, no por ello es lícito deducir que, entre una y otra posición, hay necesariamente un *punto* — o, si se prefiere una *posición* — correspondiente a la población que se ha llamado *óptima*.

Se pretende que todo el aparato científico que viste esa teoría, no tiene más objeto que el de *consolidar* la posición actual de los pueblos del globo, con evidente ventaja para los anglo-sajones — inventores de la teoría — y cuya fuerza *expansiva* se ha agotado antes que la de otros pueblos más jóvenes o menos gastados.

A la cabeza de esta escuela *opositora* marchan los demógrafos italianos. Corrado Gini, Director del Instituto Central de Estadística de Roma y estadígrafo de fama mundial, acaba de publicar un libro "*Le basi scientifiche della politica della popolazione*" — Roma 1931 — en el que insiste sobre estos hechos,

apenas esbozados por nosotros, y, a la vez, sobre otros basados en consideraciones de carácter político — sobre todo.

Las preocupaciones de índole particular y política — que vestidas con el severo ropaje de la ciencia — aparecen en el libro de Gini, se hallan más crudamente expresadas en un libro de pequeño volumen, pero altamente sugestivo, titulado “*Regresso delle nascite: morte dei popoli*” del escritor bávaro Ricardo Korherr, publicado en italiano en 1928 por la “*libreria del Littorio*” con prólogo del propio Mussolini.

El título de la obra dice ya cuál es la angustia que mueve la pluma del autor. Los pueblos de raza blanca — y, entre ellos, la propia Alemania, otrora tan prolífica — ven disminuir rápidamente su natalidad. Que ello sea debido a causas que escapan al control humano, o que sea este control el responsable de ello, el hecho no es menos cierto ni menos doloroso. La raza blanca está seriamente amenazada: corre el riesgo de desaparecer, ahogada por otras razas cuyas reservas vitales son, aún, prácticamente inagotables.

Combatiendo la doctrina de Malthus, dice, en el Prólogo, Mussolini: “Se ha demostrado que partiendo de la población que sobre la tierra existía en tiempos de Malthus y retrogradando en el tiempo, se llegaría a esta maravillosa y a la vez grotesca conclusión: que en tiempos del imperio romano la tierra no tenía habitantes.” . . . “Falsa es la tesis de que la calidad pueda sustituir a la cantidad” . . . “falsa e imbécil la tesis de que la menor población significa mayor bienestar: el nivel de vida de los actuales 42 millones de italianos es muy superior al nivel de vida de los 27 millones de 1871 o de los 18 de 1816”.

No nos alarmemos demasiado, sin embargo. En el cuerpo del libro hallamos exageraciones que nos confortan un tanto; cuando se recurre a exageraciones tan visibles, hay derecho a pensar no son excesivos los argumentos inatacables. Hablando de las razas extranjeras dice Korherr: “En los *docks* y navíos ingleses trabajan más de 60.000 chinos y austrianos, y su número crece en unos 7.000 año tras año.” “Más peligrosa aún es la infiltración de sangre negra en Europa. Los negros — el que subraya es el propio autor — penetran continuamente en la Italia meridional, en Sicilia y en la Península Ibérica. En España las clases inferio-

“res tienen ya demasiada sangre negra en las venas; los portugueses están completamente saturados. Una tercera parte de Lisboa es negra”.

Todo ésto no son más que vanas declamaciones. El mismo Kohrerr, que lo afirma, debe saber que su aserto es falso. Piensa, forzando la nota, impresionar a sus lectores, pero no consigue sino amenguar la eficacia de los argumentos que — con visos de seriedad — pueden hacerse contra la *regulación de los nacimientos*.

Introducción a la psicología de la persona (*)

Por ANIBAL PONCE

I

LA UNIDAD EN PSICOLOGIA

El concepto de la unidad funcional, que tuvo en Hipócrates su primer expositor, — *consensus, unus, conspiratio una* — ha experimentado en la historia de las ciencias biológicas una marcha en zigzag, con avances y retrocesos. Ciertamente es que el estudio más elemental de los seres vivientes muestra que no es posible la vida sin una absoluta solidaridad entre los órganos. Pero no es menos cierto también que en cuanto se inicia un estudio más preciso, la necesidad del mismo análisis predispone a olvidar un poco esa unidad del conjunto, y a sobrevalorar por consiguiente la particular función de cada órgano.

El anatomista, que sirve generalmente de introductor al conocimiento del organismo vivo mediante el estudio del organismo muerto, reforzó esa tendencia — bien explicable en él — a considerar los seres vivos como agregados de órganos, como muñecos articulados, como máquinas cuyas piezas podían desmontarse una por una. El florecimiento de la Anatomía duran-

(*) Resumen de un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario en agosto de 1932

te el Renacimiento se acompañó por eso de una actitud un poco despectiva por la fisiología, entendida entonces como una simple anatomía en movimiento. Durante tres siglos, la Fisiología sufrió la influencia del criterio anatómico: fué entonces, y esencialmente, *una fisiología de las partes*, es decir, de las funciones aisladas. Claro está que durante todo ese tiempo, los médicos — que frecuentaban enfermos y no cadáveres — estaban obligados a mantener siempre viva la tradición hipocrática. Para ellos, sus clientes no enfermaban por partes; y si de acuerdo a las doctrinas de la época no podían menos que admitir en cada órgano algo que tenía vida propia, fuerza les era reconocer también que cada órgano contribuía a la vida de los otros, y recibía de ellos una influencia innegable. El síntoma no fué nunca para los médicos el revelador significativo de la perturbación de un órgano aisladamente considerado; se les impuso siempre, a pesar de las doctrinas, como la expresión de una unidad más vasta y más compleja. Por eso, aun en la época de mayor auge del criterio anatómico en fisiología, los clínicos fueron siempre hipocráticos: es decir, no perdieron de vista la solidaridad y el *consensus* de las partes como rasgo esencial del organismo vivo.

Pero los descubrimientos ruidosos de la fisiología experimental en la segunda mitad del siglo XIX lejos de aclarar, empañaron aún más entre los fisiólogos la noción fundamental de la unidad en el ser vivo. Durante cincuenta años, en efecto, y casi a diario, la fisiología experimental reveló tantos secretos de los órganos y los tejidos, analizó tan prolijamente funciones hasta entonces muy oscuras, descubrió tantas otras apenas sospechadas, acumuló, en fin, un caudal de hechos tan variados y tan ricos, que nada tiene de asombroso que el fisiólogo se preocupara de examinarlos en sí mismos, sin tener en cuenta para nada sus complejas relaciones.

Ese punto de vista, justificable durante cierto tiempo, resultó a la larga insostenible. Multitud de fenómenos quedaban sin explicar, y aun en las funciones que parecían más finamente analizadas subsistía siempre una porción irreducible. Poco a poco se vió que en el organismo nada ocurría en forma aislada, y que por encima de las funciones elementales y locales quedaban aún por conocer los mecanismos que realizaban las síntesis y que aseguraban, por decirlo así, las grandes leyes de

la federación orgánica. El concepto del *sistema nervioso* como aparato integrador, primero; el descubrimiento de las *secreciones internas* después, como sistema también integrador, llevaron a la fisiología al gran camino desde hacía tanto tiempo abandonado. Fenómenos de un carácter mixto además, como el reflejo pilórico, por ejemplo, — que consiste, según es sabido, en el cierre del píloro cuantas veces aparecen materias ácidas en el duodeno — demostraron la sutil relación entre las influencias nerviosas y las químicas. El *sistema retículo - endotelial*, por fin, — entendiéndolo por tal según la concepción de Aschoff, Askanazy y Ferrata, los endotelios de los vasos, los elementos reticulares del bazo y las glándulas linfáticas, con algunos otros de la médula ósea, del hígado y del estroma — demostró la existencia de una nueva y vasta red difusora que penetra la totalidad del organismo.

Sistema nervioso, sistema endócrino, sistema retículo - endotelial: he ahí el poderoso mecanismo que asegura a los seres vivos una unidad funcional tanto más apretada cuanto más alto sea el sitio de la escala zoológica que ocupan. Por ellos, el cuerpo se comporta como un solo órgano y la vida como una sola función. “*En el organismo vivo* — afirmó Le Dantec — *no hay más que reacciones de conjunto*”.

*

*

*

Obedeciendo a un determinismo parecido, la psicología pasó por etapas semejantes. Después de considerar durante siglos a las diversas “*facultades*” del alma como a otras tantas entidades u órganos que tenían vida propia, el análisis del asociacionismo primero, de la psicofísica y de la psicofisiología más tarde, fragmentó aun más la vida espiritual en una multitud de “*elementos*” o de átomos: imágenes, para unos, “*reflejos simples*” para otros. Combinando aquellas imágenes, engranando entre sí estos reflejos, se llegaba poco a poco a reconstituir los más elevados procesos del espíritu. Para Taine, el espíritu era un polípero de imágenes; para Bechterew, una cadena de reflejos. Las investigaciones de detalle adquirieron entonces, bajo la influencia sobre todo de Wundt y de su escuela, una importancia desmesurada. *Más que la unidad de la vida psíquica, in-*

terresaban los fenómenos aislados, los estados de conciencia más sencillos. Los cuarenta y cinco trabajos realizados en el laboratorio de Leipzig desde 1878 hasta 1892 se relacionaban en su casi totalidad con la medida de la duración de los actos psíquicos o con la medida del excitante que provoca esta o aquella sensación. En igual sentido también, el *Tratado* famoso de Wundt, que en la cuarta edición tenía 1350 páginas, dedicaba 600 a las sensaciones y nada más que 11 a la memoria.

Persiguiendo una exactitud en gran parte ilusoria, los psicólogos vivían al pie del cronoscopio: se preocupaban más de los procesos restringidos y locales que de la persona que siente, que quiere conocer, que reflexiona y que obra. Excelente en su hora como disciplina y como introducción, el wundtismo pasaba sin embargo al costado de los problemas esenciales. *En la psicología como en fisiología, fué el concepto de la unidad funcional lo que trajo las cosas a su quicio.* Ya en 1894, Binet afirmaba en la *Introducción a la psicología experimental* que "detrás de toda sensación está siempre la inteligencia, así como detrás del movimiento está siempre la voluntad". Y algunas páginas más adelante, afirmaba que la psicología no debía limitarse a experimentos casi por completo artificiales, "sino acercarse lo más posible a la viva realidad" (1).

Esa aproximación de la psicología a la "viva realidad", que dá carácter al presente, encontró manifestaciones muy variadas: desde la psicología de la "conducta" de Pieron y Janet hasta las "formas vitales" — *lebensformen* — de Spranger; desde el psicoanálisis de Freud hasta el personalismo de Stern; desde la psicología individual de Adler hasta el "behaviorismo no fisiológico" de Kantor; desde la fenomenología de Müller hasta la psicotécnica de Münsterberg. Tendencias todas estas que afirman, de manera desigual pero con orientación común, un hecho básico en la psicología contemporánea: *rechazar la comprensión de lo psíquico como una suma de elementos aislados.* Para concebirlo e indagarlo, es menester partir de la persona como sistema de referencias. Esa manera de encarar el individuo psíquico como una totalidad no implica sin embargo, como creen algunos, rechazar el análisis elemental. Pero obliga a manejarlo de otro modo: a no perder de vista jamás

(1) Binet: *Introducción a la psicología experimental*, traducción española de Angel Do Rigo, editor Jorro, Madrid, pág. 43 y 96.

que todos los hechos psíquicos y todas las formas de conducta que los expresa implican siempre la totalidad del hombre.

Para la psicología, como para la fisiología, no existen, no pueden existir, más que "reacciones de conjunto".

* * *

*

Esa concepción del individuo considerado como un todo — *as a whole* — con haber encontrado ya manifestaciones tan variadas, tiene desde hace años en Ludwig Klages un defensor estrepitoso, y que por haber alcanzado cierto auge en los medios literarios vale la pena de detenernos un instante. Su obra fundamental, *Prinzipien der Charakterologie*, tuvo su origen en una serie de conferencias dictadas por su autor en Munich en el curso de los años 1905-1907. Reunidas en volumen en 1910, lograron un éxito insospechado. (1) La palabra "caracterología" no dejaba entonces de causar asombro, como ocurrió con "sociología" un siglo atrás. No estoy muy seguro que haya dejado de causarlo hoy; conserva en efecto un cierto sabor de pedantería y de jerga profesional que me hizo cavilar no poco antes de ponerla como título del breve curso que iniciamos hoy. Ese libro de Klages, confuso y presuntuoso, pero desbordante de talento, tiene un valor casi histórico. Con una petulancia muy común en las gentes que no han pasado por los laboratorios, — la más saludable escuela de modestia —, Klages echaba por la borda a toda la psicología: despreciaba a sus rivales, ignoraba sus antecesores. El libro comienza, en efecto, con una verdadera matanza de psicólogos de la que apenas se libró, aunque maltrecho, Teodoro Lipps, como un "precursor y un pionner del estudio fenomenológico que ha vuelto a ser posible hoy".

Inspirado directamente por Nietzsche, el tumultuoso torrente que fecunda aún casi todo el pensamiento alemán, Klages hacía el proceso de la psicología orientada hacia el wundtismo, con un ímpetu dionisiaco que le venía en gran parte del maestro. Casi todo ese aspecto crítico es de un valor innegable:

(1) En 1930 se publicó una traducción francesa de W. Real, editor Alcan, de acuerdo a la quinta y sexta edición alemana, con el título *Les Principes de la caractérologie*.

la unidad de la persona — afirma Klages — no puede ser reconstituída a partir de sus *disiecta membra*, de sus miembros dispersos. Paso por alto algunos de los reproches absurdos que dirige a la psicología en nombre de la caracterología, pues un polemista en esa tesitura no está en condiciones de administrar justicia. Pero cuando después de consultar a Kraepelin sobre el carácter de Diocleciano o Gregorio VII, Klages se encontró con que el psiquiatra le recomendaba analizar en ellos la "excitabilidad" y la "resistencia a la fatiga", fuerza es reconocer que tiene derecho absoluto a su risa burlona. Si en alguna parte en efecto, puede medirse la insuficiencia de la psicología del siglo XIX, es precisamente en su torpeza frente al individuo. Pero si la psicología, según Klages, encuentra su verdadero objeto en "la comprensión de toda la riqueza de las formas de la vida del alma", cabe ahora preguntar: ¿cómo es posible conocer la vida moral y el carácter de los hombres? La vida interior, cierto es, se exterioriza siempre: pero los signos en los cuales se manifiesta deben ser interpretados. Apoyarse en esos signos para sorprender el alma que pulsa tras de ellos. hacer de la psicología una simbólica de la figura humana: he ahí para Klages el norte de la ciencia psicológica. ¿Cuál debe ser su método? Uno, ante todo, y fundamental: la simpatía. Comunicamos con los otros seres gracias al sentimiento; por sentimiento también les debemos comprender. Cada uno de nosotros lleva en sí la totalidad de lo humano. El hombre más virtuoso puede comprender el vicio, afirma Klages, porque hay en él algún germen de vicio, ahogado, sofocado, pero real. Reconstituimos la vida interior de los demás por una especie de deducción cuyas premisas son la observación de la conducta ajena y nuestra experiencia íntima generalizada. No de otro modo el hombre práctico aprende a conocer los hombres; no de otro modo tampoco el caracterólogo debe enfrentar su objeto de una manera desinteresada y general.

Pero si hasta aquí, más o menos nos entendemos, es necesario advertir que en Klages muy pronto las cosas se complican. Un caracterólogo alemán, por más caracterólogo que sea, no puede menos que dar de bruces en la metafísica. Y tenemos ahora a Klages que después de habernos llevado a través de complicados análisis sobre la estructura del carácter, nos trae el descubrimiento singular de que el psiquismo humano resulta de

la unión de dos factores: la vida y el espíritu. Por vida entiende Klages, cuerpo y alma; por espíritu, un nuevo principio que agregándose a la vida nos dá el Yo...

Emparentado con los románticos alemanes; a mil leguas de la psicología de laboratorio, Klages reivindica para el caracterólogo — entre las nubes de una jerga escolástica —, el don personal de la intuición. De espaldas a Wundt, del brazo de Teofrasto, Klages afirma que la psicología no es una ciencia en construcción sino que está hecha ya en el idioma y en la literatura de los pueblos cultos, y que basta analizarlos con finura para llegar hasta la intimidad de las almas mediante la simpatía fundada en la experiencia íntima.

Punto culminante y quizá extremo de una reacción contra la psicología no sólo experimentalista sino científica en su acepción más amplia, la caracterología de Klages indica a donde lleva fatalmente la *verstehende psychologie*; es decir, una psicología que por alejarse deliberadamente de las ciencias naturales, en un deseo plausible de captar lo más típico del hecho psíquico, se empantana a su vez en la mitología y el hermetismo.

*

*

*

Ya habremos de ver más tarde, cómo ese conflicto entre la psicología que aspira a explicar — *erklärende Psychologie* — y la psicología que se reduce a comprender — *verstehende Psychologie* — que tanto ruido armó en el congreso de psicología realizado en Groninga el año 1926, tiende a atenuarse hoy en una síntesis que lo supera. Pero la reacción representada por Klages, con no ser más que un exponente del eterno reproche de la *práctica* al *saber*, de las urgencias de la vida diaria frente a la calma de la investigación científica, tiene dos aspectos que ya señalamos al pasar pero sobre los cuales es necesario insistir para dejar bien trazadas las líneas fundamentales de nuestro pensamiento. El primero, crítico, dijimos ya que era excelente. Subraya la importancia del hombre como unidad primordial, como coordinación anterior a toda separación en elementos. Cuando esa unidad se fragmenta, podremos estudiar la memoria, el razonamiento o la percepción como fenó-

menos psíquicos o estados de conciencia que permanecerán como tales, artificialmente separados, hasta que la unidad fundamental se restablezca. Mas esta concepción de la vida mental no es una consecuencia de la fenomenología como Klages insinúa y como los secuaces de Husserl se complacen en repetir entre nosotros. Es un triunfo del criterio de la unidad funcional — inspirado por la clínica y la fisiología de fines del siglo XIX — que se insinuó en psicología con William James, fisiólogo, se acentuó con Binet, doctor en ciencias naturales, y adquirió su primera expresión vigorosa en el artículo famoso de John Dewey sobre el arco reflejo (1). Lo que constituye la esencia del funcionamiento en el ser vivo — afirmaba el ilustre pedagogo — no es ni la excitación ni la reacción sino la “función”, es decir, la síntesis de las dos, la conducta adaptada. ¿Toda la *functional psychology* en Norte América no reconoce en esas líneas el acta de bautismo de su poderoso movimiento? La introducción del punto de vista fenomenológico en psicología ¿en qué consiste con claridad, si no es absurdo tener exigencias de claridad con los filósofos que irrumpen hoy en la psicología de Alemania? Me remito al testimonio de una autoridad insospechable: la de Aloys Müller, *privatdozent* en la Universidad de Bonn, cuyo ensayo de psicología desde el punto de vista fenomenológico pasa por ser lo más cumplido que se haya realizado hasta la fecha. “El método fenomenológico — afirma Müller — es la sencilla contemplación de lo psíquico (*schlichte Beschauen des Psychischen*), en el sentido naturalmente de la observación organizada. Quiere, primero, comprender y describir la cosa psíquica en su propiedad característica, y segundo, analizar los complejos fenómenos psíquicos tal como aparecen. El método fenomenológico supone la capacidad de observarse a sí mismo, la mirada alerta para las cualidades y las diferencias, la precisa agilidad de lenguaje para la descripción. Todo esto, naturalmente, puede intensificarse con el ejercicio. Pero exige ante todo el acercarse a las cosas sin prejuicios, la sencilla voluntad de ver (*den schlichten Willen zu sehen*)” (2).

(1) Dewey. *The reflex arc concept in psychology*, en *Psychological*

Review, 1986.

(2) Müller, *Psychologie* p. 30, editor Dümmlers, Berlín y Bonn, 1927.

Y vale la pena preguntar ahora: ¿en qué esos consejos de buen método, en qué esas sanas advertencias de investigador pueden representar una revolución para la psicología, cuando ya "la sencilla contemplación de lo psíquico" y la "sencilla voluntad de ver" había impuesto a los psicólogos el criterio triunfante entre los clínicos?

Pero si esto puede valer como respuesta para el primero de los dos aspectos encarnado por Klages, nos queda aún por decir algo más respecto del segundo: la necesidad de convertir a la simpatía en método fundamental de la caracterología. Sería cargoso repetir ahora cuanto se ha dicho de esencial sobre la simpatía y la intuición. De aceptar la afirmación de Klages, el conocimiento en psicología quedaría reducido a los azares del impulso afectivo, a las ilusiones de los deslumbramientos del ánimo: sucesos ambos, más propios del arte que de la ciencia y que harían de la psicología un juego superior *ad usum* de filósofos.

Tan lo entiende así el propio Klages que nos quita de entrada la esperanza de toda investigación: la psicología de la persona ya está hecha por la observación empírica recogida en el lenguaje y encarnada en las grandes obras del teatro y la novela. Nada pues de investigar en la serenidad y la prudencia; decidámonos, en cambio, a descubrir en la cordialidad y la exaltación. Peligrosa concepción que hace de Shakespeare y de la etimología, las fuentes en que deben los psicólogos llenar sus cántaros. Doblemente peligrosa aún porque el rey Lear o Hamlet tientan mucho más que el laboratorio o que la clínica. Pero ya hemos de ver la clase próxima, cómo sin desdeñar ningún material, un grupo de psicólogos poco sensibles a los ruidos de la moda buscan pacientemente la solución por otras sendas.